

BIBLIOTECA NACIONAL



0441136



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra.....	1
Sala en que se encuentra...	11
Tabla en que se halla.....	1121
Orden que en ella tiene.....	10

PEDRO N. CRUZ



FLOR DEL CAMPO

NOVELA DE COSTUMBRES

PUBLICADA EN LA "REVISTA DE ARTES Y LETRAS"

*Sea para la teca
Huelmo
29 abril 1923*



SANTIAGO
IMPRENTA CERVANTES

CALLE DE LA BANDERA, NÚM. 73

1887

1169



PEDRO N. CRUZ

ELOR DEL CAMPO

NOVELA DE LOS TUMBRES

PUBLICADA EN LA REVISTA ARTES Y OFICIOS



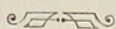
SANTIAGO

IMPRENTA CRIVATIER

CALLE DE LA BANDERA N.º 13

1927

DEDICATORIA

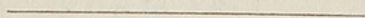


A mi querido amigo

José Ramón Gutiérrez M.

Su afectísimo

P. N. CRUZ.





FLOR DEL CAMPO

I

Facundo Illanes, sentado en el corredor de su casita de campo, estaba gozando, al parecer, del espectáculo de una noche serena. Las estrellas despedían vivos fulgores á través de la atmósfera diáfana y de un azul oscuro que emblanquecía hacia el poniente, donde la luna, en su primer cuarto, ya se trasponía. Un vientecillo cargado de fragancias primaverales doblaba apenas los tiernos retoños, y ora acercaba, ora alejaba el murmurio del Claro, que corría á poca distancia de la casita. Ningún ruido desapacible interrumpía el silencio; ninguna luz artificial hería la vista y la distraía del cielo, cuya tenue claridad sólo dejaba ver en la tierra sombras confusas. En noches como esa, de luz misteriosa y de rumores tranquilos, se deleita el místico: su alma se desliga de la materia, olvida los cuidados mundanos y vuela al cielo á tomar parte en la eterna armonía de la crea-

ción. Era una de esas noches cuyo espectáculo enciende en el poeta la sed de lo infinito, el deseo de saber lo que hay más allá de ese cielo y las leyes ciertas que rigen el universo.

Facundo no pensaba en armonías eternas ni en leyes universales: era puramente un buen campesino y, por entonces, lo ocupaban sus bueyes gordos. Á la suave luz de las estrellas y en el silencio de esa noche apacible, calculaba si más le convendría llevar los bueyes al matadero por cuenta propia, ó bien venderlos vivos ó en pie, como dicen, luego que con algunos días de sol y primavera hubiesen recobrado la gordura perdida en el invierno.

De cuando en cuando paseaba la mirada por la bóveda celeste con tanta indiferencia como si aquello fuese la pared de un huerto. En su vida había mirado determinadamente al cielo más que para calcular la hora. Tenía, sin embargo, un reloj de oro con su cadena de lo mismo, muy gruesa y muy historiada; pero el reloj siempre estaba parado. Facundo, después de muchos preparativos, vacilaciones y consultas, había comprado casi de balde dichos objetos á un amigo suyo que se encontraba necesitado de dinero; los conservaba como prendas de que echar mano en caso de apuro, y sólo se tomaba la libertad de usarlos en ocasiones solemnes.

Pasadas las ocho de la noche, Facundo era juguete del sueño. Cogióle éste antes de acabar las cuentas, lo cual no quiere decir que le interesaran poco. Al contrario, le interesaban de tal modo, que no menos de seis veces al día se sacaba las mismas cuentas.

Un cabeceo torcido y violento lo despertó. Miró en torno suyo y, aunque insensible á la belleza de la noche, se dejó cautivar un instante por la tranquilidad que lo rodeaba y su propio bienestar. Recordó con gran complacencia su niñez desamparada, los trabajos y penurias que había padecido cuando mozo, y vino á parar en hacer mentalmente un inventario y tasación de sus bienes. En dicho inventario hubieron de entrar los bueyes gordos, y Facundo se entregó con nuevo ardor á los cálculos de poco antes.

Dicho se está que Facundo no siempre había sido poseedor de la casita en que lo encontramos, ni tampoco de las cincuenta cuadras de buena tierra que la rodeaban, de los animales que las poblaban y de cierta suma de dinero que había en el banco de la ciudad vecina á la orden de *don* Facundo Illanes. Acerca del monto de esta suma, corrían entre los compañeros de Facundo versiones más ó menos fabulosas que no hay para qué tomar en cuenta. Baste saber que hacía más de siete años que nuestro hombre acarreaba constantemente dinero al banco, sin que nunca hubiese girado un talón. Facundo de buena gana habría guardado el dinero en casa, porque desconfiaba de todos esos establecimientos bancarios, de tal suerte que si hubiese caído en quiebra el banco, habría exclamado: «¡Ya lo decía yo!»; pero tener dinero en casa era exponerse á un robo, y Facundo veía un ladrón en cada cara desconocida de hombre del pueblo.

Facundo pasó los primeros años de su infancia al lado de sus padres, infelices rústicos que vegetaban

en la última miseria. Cansado el muchacho de que sus padres tomasen para sí lo que él ganaba, sin darle de ordinario en cambio más que palos y azotes, fugóse del rancho paterno y se fué á vagar tierras. Andando de aquí para allí, trabajando por días, durmiendo á cielo raso ó en algún pajar, como lo deparaba la suerte, Facundo llegó á ser hombre, y hombre juicioso. No bebía, ni jugaba, ni gastaba su dinero en jaranas; pero en cierta parte dió con una mujer que le sorbió los sesos, y lo que era peor y él más echaba de ver, le consumía sus ahorros, por más que procuraba ocultarlos. Facundo quiso sacudir el yugo y se apartó de aquel lugar; pero poco le duró el ánimo y volvió. Traía, empero, una resolución: como no podía pasar sin Josefa (así se llamaba la mujer), juzgó que la manera más económica de tenerla siempre á su lado era casarse con ella, y así, no bien la hubo visto, le dijo:

—Mira, Josefa. He pensado una cosa: ¿quieres casarte conmigo?

—¿De veras lo dices?—preguntó Josefa con desconfianza.

—De veras. Te lo juro por ésta—replicó Facundo besando la cruz.

—Déjame pensarlo. Mañana te contestaré—dijo Josefa tranquilamente.

Al otro día, Facundo se presentó muy temprano á saber la determinación de Josefa, y ésta le dijo:

—Ya lo he pensado. Casémonos; pero ha de ser con una condición: que Menita se quede siempre con nosotros.

—Por cierto. Se quedará con nosotros. Me gusta la chicuela—contestó Facundo.

Filomena, ó Menita como la llamaban, era hija única de Josefa y de un marido que ésta tuvo en su primera juventud y que falleció en el mismo año del matrimonio. Por lo menos, tal era la historia que refería Josefa con cierta emoción. Casi nadie se la creía; pero sin motivo, porque Josefa no había nacido en el lugar donde Facundo la conoció sino en otro distante, y desde el principio se presentó como viuda y nunca dejó de decir que lo era.

Como ambos eran mayores de edad y libres administradores de sus bienes, no hubo inconveniente en las diligencias matrimoniales. El día de las bendiciones, Facundo con camisa limpia y Josefa con vestido de percal bien almidonado, fueron á la parroquia acompañados por un numeroso cortejo. Á decir verdad, los del cortejo no iban propiamente á celebrar el casamiento de Facundo con Josefa, sino el casamiento en sí mismo, haciendo abstracción de los novios, pues poco les importaba quiénes éstos eran.

De vuelta pasaron á celebrar las bodas en una casa amiga. Hubo borrachera general con los caballazos, puñetazos y pendencias de costumbre. Uno de los del cortejo se entusiasmó más de lo debido, y se encaprichó en entrar á caballo al cuarto donde bailaban, y lo hiciera si en el dintel no da una topetada que lo derribó sin sentido. Otro, que tenía muy mala borrachera, sacó cuchillo para envainarlo donde cayese; pero fué visto á tiempo y lo desarmaron. No hubo muerto y, por consiguiente, todo pasó en orden.

Mientras corrían las amonestaciones, había conseguido Facundo que lo admitieran de inquilino en una hacienda, y ya tenía dispuesta una miserable choza para vivir con su mujer. Al día siguiente del matrimonio trasladáronse allá. El techo era de carrizo, el suelo húmedo y desigual; varas cubiertas de barro por fuera hacían de paredes, no había ventanas y las puertas parecían agujeros. El rancho se componía de un solo cuarto. Al lado, otro techo de paja ennegrecido y lleno de aberturas, sostenido con algunos horcones, servía de cocina.

Facundo deseaba tener una habitación más decente que ofrecer á su esposa; pero el patrón se negó á ayudarlo. Le daba el carrizo y la madera ¿qué más quería? ¿Dónde había visto que un inquilino tuviese más comodidades? Si Facundo quería tener casa de teja y adobe, nadie le estorbaría edificarla; pero la obra quedaría á beneficio de la hacienda. Facundo tuvo que resignarse.

Es de notar que su patrón era hombre que se lamentaba mucho de la inmoralidad de los trabajadores; pero no por celo del bien de esas almas, sino por celo del buen servicio del fundo. Para él, moralizar al pobre consistía principalmente en inculcarle que debía contentarse con lo que le pagaran, trabajar por su patrón hasta reventar y no robarle nunca una hilacha. Al que así obraba lo tenía por excelente sujeto, aun cuando fuese por lo demás desalmado y vicioso, y con tal que sólo en los días de fiesta se entregara á sus vicios y bellaquerías.

El patrón, cada dos ó tres años, traía misioneros. Los campesinos se confesaban, oían muy contritos y realmente conmovidos las palabras del sacerdote, aun se azota-

ban sin compasión, y después volvían tranquilamente á sus vicios. El patrón conversaba de esto con el cura y el cura le decía:

—Mire, amigo, usted no tiene de qué asustarse. No se imagine que estos infelices cambiarán de conducta y se volverán otros con una confesión y dos sermones. Mientras usted no les cultive algo la inteligencia, no los haga estimarse más á sí propios, y no los trate como debe, nunca serán capaces de comprender sus obligaciones. ¿Qué puede la palabra del sacerdote en almas embrutecidas, endurecidas en la ignorancia y en el olvido completo de toda ley moral; qué puede en hombres que han de olvidar mañana lo que hoy se les enseña, porque nadie ha de recordárselo, ni nadie ha de ayudarlos á mantener sus buenas resoluciones? Usted es el único que puede preparar esas almas para que fructifique en ellas la buena semilla. Usted es el padre ó la nodriza de estos hombres—niños. Y ¿qué hace por ellos? ¿Cómo los considera? ¿Cómo los trata? Lástima me da ver esos ranchos en que viven. Ahí se amontonan en un solo cuarto los padres, los hijos, los alojados y cuanta gente llega; sexos y edades revueltos. Así no hay familia, no hay hogar, los lazos de la sangre se cortan, no hay respeto mutuo. Los padres miran por sí únicamente y otro tanto hacen los hijos. Sin que se les ocurra que pueden salir alguna vez de la miseria en que se ven, trabajan para tener que comer y, en comiendo, lo demás no les importa. Haga usted, amigo, un pequeño gasto y procure entrarles la moral por la vista. Levánteles una casita decente y sana, no los estruje mucho y déjelos que ganen lo suficiente

para vestirse y mudarse los domingos. Ponga una escuela donde se les enseñe, junto con las primeras letras, los fundamentos de la moral. Proporciónelos diversiones inocentes. Entonces sí que visitaría á menudo y con gusto su hacienda, porque tendría la seguridad de ser comprendido y de llevar por el buen camino esas almas que son de ordinario buenas y sencillas en el fondo. Vamos, amigo, haga esta obra de caridad. Tiene cómo hacerla. Le he oído que piensa comprar un potro de valor de dos mil pesos. Compre uno de mil quinientos ó de mil y...

Aquí replicaba el patrón:

—Dispense, cura. Usted comprende que en el estado de adelanto en que nos encontramos, el primer cuidado del agricultor es mejorar las razas.

—Eso es, primero los animales, y después...

—No digo eso, cura, no digo eso. En fin, le prometo que apenas tenga desocupado algún dinerillo, lo emplearé en hacer lo que usted dice.

Pero el tal dinerillo nunca llegaba. Si había fondos sobrantes estaban en el banco ocupadísimos en ganar intereses.

Facundo no tardó en distinguirse por su aplicación al trabajo, falta de vicios y costumbres económicas. El patrón lo ascendió á mayordomo de peones, y luego lo puso de llavero.

En este puesto Facundo comenzó á prosperar. Como corrían á su cargo los graneros, los aperos é instrumentos de labranza y la manutención de los peones, se encontraba con multitud de desperdicios que él utilizaba de

mil modos; pero tenía cuidado en separar lo más inútil de los desperdicios y, cada vez que se ofrecía, preguntaba á su patrón qué hacía con eso. El patrón, que era muy pródigo en dar las cosas que no servían, y contentísimo al mismo tiempo por la honradez de su sirviente, regalaba todo aquello á Facundo, y éste agradecía el regalo como si le hiciesen una gran merced.

No tardó Facundo en ganarse enteramente la confianza del patrón, fingiendo extraordinario interés por que el patrón ganase, sugiriéndole medidas para utilizarlo todo (excepto lo que él podía aprovechar), manifestándole con reticencias y como con repugnancia que los otros sirvientes no servían como debían, fuera de tal ó cual. El patrón, tomando en cuenta la honradez y abnegación de Facundo, no creyó necesaria una vigilancia muy severa en lo que le había encomendado. Facundo no robó; pero hizo otra cosa mejor. Sacaba secretamente trigo ó fréjoles del granero, en poca cantidad, de modo que no se notara, y los trasladaba á su rancho. Aseguraba que había comprado esos granos, y los prestaba á los inquilinos necesitados, al interés corriente, que allá era de una fanega por una. Facundo se mostraba inexorable en el cobro, y, si no le pagaban después de la cosecha, demandaba á los morosos ó á sus fiadores ante el juez, y allí, ó le pagaban ó pedía mandamiento de embargo. Devolvía al granero lo que le había tomado, y se quedaba con otras tantas fanegas. Á veces se llevaba los aperos de que su patrón no había menester; si éste preguntaba por ellos, Facundo los presentaba inmediatamente; si no, esperaba algún tiempo y los vendía á forasteros.

Ello es que Facundo inventaba cada día diversos modos de ganar á costa del patrón, sin que éste lo echara de ver y sin perjudicarlo en nada. Invirtió sus ganancias en animales, que fueron aumentando y multiplicándose poco á poco, y en comprar trigo en hierba y en terrón. El hacendado comenzó á notar que Facundo se enriquecía con sobrada rapidez. Observó más vigilancia y no descubrió robo alguno. Pensó, sin embargo, que un llavero tan negociante no le convenía, y manifestó á Facundo que no podía mantenerle tantos animales. Facundo, que deseaba dar más vuelo á sus negocios, aprovechó esta ocasión de retirarse sin reñir, y arregló cuentas con el patrón.

Vendió inmediatamente parte de su ganado, compró unas cuadras de tierra cerca del Claro, en un lugarejo llamado Mellico, y puso una tiendecita con su despacho.

En el campo no acuden compradores á parte donde no hay un tonel de chicha y enramada con un palo rollizo y largo, que llaman *vara*, en el cual los jinetes prueban su destreza y malicia, y los caballos su empuje. Los contendientes colocan los caballos de pechos contra la vara y al sesgo, de modo que se estorben el paso mutuamente, y el que aparta al otro es el vencedor.

Más adentro, en la enramada, se levantaba un tablado, cosa no menos indispensable que la chicha y la vara. De ahí, en los días de fiesta, brotaban sin descanso zamacuecas y tonadas. En boca de un artista de buena voz, estas canciones parecerían insípidas y monótonas; pero cada músico compone para su instrumento.

Nada ocasiona tanto entusiasmo y franca alegría en

el pueblo como una zamacueca cantada con voz gangosa y cierta expresión inconsciente por mujeres vestidas de verde y rojo y untada la cara con almidón y carmín. Acompañan á la voz el sonido chillón y metálico de una mala guitarra, y el tamboreo en la misma hecho por algún mozo guapo, suelto de lengua y de mirar atrevido. Hacia adelante, la pareja que está bailando es el objeto de todas las miradas, y ¡qué miradas!... manifiestan que á cada espectador le brinca el alma. El bailarín, unas veces con movimientos repentinos y encogimientos nerviosos, como si los ocasionara un deseo irritado, otras veces con meneo sandunguero ó ademán suplicante, procura rendir á su pareja. La moza, empero, no da muestras de ablandarse. Recibe con modo aseñorado y desdeñoso los rendimientos del galán, y, puesta la una mano en la cadera, maneja en la otra un pañuelo con gracia y desenfado, como si ocultara en sus pliegues la dicha que el galán tanto ambiciona.

De pronto estalla el entusiasmo. *¡Aro!* gritó uno. *¡Aro! ¡aro!* gritan todos. Calla el canto. Un enorme vaso de chicha surge en medio de los danzantes: se les exige que beban y descansen. Chillan y palmorean muchachos y mujeres. Los jinetes se apiñan, se atropellan, y forman confusa batahola con los espolazos, sofrenadas y encontrones. Voces enronquecidas parten de distintos puntos. Aquí un jinete, cediendo á ímpetus de arrojo temerario y sin objeto, lanza su caballo á todo correr contra una pared ó cerca y, al llegar á ella, lo revuelve con rapidez y maestría, y torna ufano y provocador como si acabara de vencer á un enemigo. Allí el ebrio iracun-

do, desgredado y con la camisa rota, pugna por aumentar el desorden, lanza alaridos descompasados y desafía á todos á singular pelea. Acullá el ebrio melancólico, deshecho en llanto, se considera el más vil de los hombres; mientras que el ebrio pacífico balbucea á solas reflexiones interminables, se siente poseído por un espíritu de indefinible abnegación, llama «hermanito» al mismo que le da un rudo empujón para hacerlo á un lado, invita á todos á brindar por el olvido de las injurias, por la amistad y por la patria.

Facundo aumentó considerablemente su caudal con la tienda, y este negocio lo conservó toda la vida.

Nuevas cuerdas de tierra se juntaban á las que ya poseía. Facundo las compraba casi de balde. Los pobladores de Mellico eran pobres propietarios de cortos terruños y apenas tenían cómo trabajarlos. Facundo les prestaba generosamente dinero bajo documento. Si no le pagaban al vencimiento (y eso era lo que ordinariamente acontecía), embargaba la propiedad y la sacaba en el remate á precio ínfimo. Rara vez el pobre es previsior: se imagina que el documento nunca ha de vencer y, llegado el plazo, no tiene cómo cancelarlo. Pide nuevo plazo y no hace más que recargar la deuda con intereses usurarios.

En otras ocasiones, aprovechaba Facundo la muerte de algún propietario vecino suyo. La herencia se volvía complicadísimo embrollo. Había hijos de la primera mujer, hijos de la segunda, hijos legítimos, hijos naturales, hijos ajenos criados y considerados como propios, dote de las mujeres, aportes de los cónyuges,

legados hechos por otras personas á ciertos hijos, contratos é inventarios que no se podían hallar, papeles que se hallaban en el fondo de un baúl, envueltos en un trapo sucio, ajados, grasientos, ininteligibles y que resultaban nulos por ser extendidos por personas que carecían de autoridad. El juez, sin comprobante alguno en que apoyarse, no podía entender el caso y decía á los herederos que se acomodaran como pudieran. Tal heredero comenzaba á explicar con cierta claridad el asunto, y á los dos minutos recordaba circunstancias que le hacían variar la relación y comenzaba de nuevo. No había forma de citar y reunir á todos los herederos. Facundo compraba sus derechos á los más necesitados, elegía la parte de tierra que le convenía y pagaba á los otros para que lo dejaran en tranquila posesión.

Un trabajo de ferrocarril que se estableció á no muy larga distancia de Mellico, dió poderoso impulso al caudal de Facundo. En los días de pago, disponía una enramada en el lugar del trabajo, y ofrecía á venta licores, frituras y guisos cuyas tres cuartas partes eran de ají y cebolla. Las empanadas de Facundo adquirieron nombradía, y ninguno de los que se presentaban con el mismo negocio podía hacerle competencia. De este modo, buena parte del salario de los trabajadores venía á parar en sus manos. Una vez, empero, fué á parar en manos de unos ladrones. Desde entonces Facundo se rodeó de tales precauciones, que aquello de robarle era cosa de broma.

Junto con el dinero llegó el *don* á Facundo, y pensó

en hacerse digno de él. Edificó una casita de teja y adobe y entró en negocios de mayor cuantía; pero sin alucinarse y sin precipitarse, con muchísimo tino y prudencia, desconfiando siempre de todos, asegurándose por todos lados, mirando los negocios con atención tan minuciosa, que un especulador la llamaría estupidez. Facundo apenas sabía hacer números; pero sacaba sus cuentas con los dedos, con astillas, de muchos modos ingeniosos, y no erraba jamás. Aunque se hubiese presentado el caso de extraer la raíz cúbica, á Facundo no le habrían embrollado un centavo. Ya había comenzado á llevar dinero al banco, y nunca dejaba de calcular los intereses á su manera: encontraba que en el banco amontonaban números con demasiada ligereza. Sabía firmarse con dificultad, y barruntaba lo que decían impresos y manuscritos.

El exterior de Facundo era el común de la gente de su especie. Sin ser bajo de estatura, lo parecía, porque había engordado mucho y era ancho de espaldas y corto de cuello y piernas. Tenía las piernas arqueadas hacia afuera, sin duda por pasar á caballo lo más del tiempo. En su cara no se veía más que barba, una nariz algo chata y unos ojos que nada decían. Vestía manta ordinaria, chaqueta de brin y pantalones de paño con parches de charol en la partes más expuestas á gastarse.

El trato de Facundo con sus amigos era igual al de todos los campesinos. Siempre la conversación rodaba sobre animales, el tiempo, la siembra, sobre que Fulano compró tal caballo, y el caballo tiene este y aquel defecto, y pertenecía á Zutano, y anduvo un tiempo perdido;

todo esto, alternado con rumores fabulosos de lo que acontecía en otras partes, con algún suceso misterioso y atribuído á las ánimas, con mutuas averiguaciones acerca de quién sería el que robó un animal á un vecino. Solían pedirse pareceres en los negocios que meditaban; pero ninguno confiaba en el desinterés de los consejos que oía.

Delante de algún rico hacendado de los alrededores, Facundo se hacía el humilde, el infeliz; decía: «ustedes los ricos y nosotros los pobres»; todo lo que tenía era chiquito: «mis tierrecitas, mi siembrecita, mis animalitos». Pedía un servicio insignificante y lo llamaba un favor muy grande; y, cuando solicitaba un favor realmente costoso, lo hacía como si se tratara de una bagatela ó poquedad que no se pudiera negar sin mezquindad notoria. Si compraba algo al hacendado, regateaba hasta apurar la paciencia: «al pobre todo le hace falta», decía. Si vendía algo al hacendado, ponderaba la mercancía, le inventaba méritos, hablaba de ofertas extraordinarias, y no rebajaba ni un centavo á un precio exorbitante. Los hacendados le entendían las maulas y le decían claridades: «Don Facundo, usted es muy diablo.» —«Ojalá lo fuera, señor, contestaba humildemente. Tal vez tendría á estas horas mis medicitos, y no necesitaría trabajar como lo hago; pero el pobre ha de trabajar, no tiene remedio; ha de trabajar, esa es la ley.»

En punto á ideas religiosas, Facundo era católico; pero no sabía por qué, ni cómo, ni cuándo. De sus prácticas religiosas sí que sabía dar la razón: así, oía misa los días de precepto porque, de las dos veces que no había oído, en la una se le murió un buey y en la otra se cayó

del caballo. Se confesaba porque podía morir de repente y se lo llevaría el diablo. Rezaba antes de acostarse y tenía su patrona celestial, para ahuyentar las ánimas, las almas en pena y los espíritus malignos. Daba exiguas limosnas, por temor de que Dios lo castigase como al rico avariento.

Facundo tenía ideas muy confusas acerca de la política. Conocía á bulto la división de los partidos; pero se le podía hacer tomar uno por otro sin inconveniente. Lo que él acataba en extremo era «la autoridad», denominación en que reunía confusamente el poder administrativo, el legislativo y el judicial, y tanto consideraba y temía al receptor de su distrito como al Presidente de la República. «No hay que jugarse con la autoridad,» decía Facundo, y, en conformidad con esta máxima, era de opinión que siempre debía apoyarse al Gobierno; pero, si en época de elecciones solicitaba Facundo algún servicio de un hacendado y éste le decía que era preciso trabajar en contra de las candidaturas oficiales, Facundo, sin más averiguación, quedaba convencido en el acto.

Con su familia Facundo no era nada extremoso. Trataba á Josefa como á compañera de trabajo simplemente; pero como á compañera que estaba bajo sus órdenes. Josefa, por su parte, miraba á su marido con respeto casi de sirviente á señor. Ella lo dominaba al principio, sobre todo antes de casarse; pero poco después del matrimonio, su marido le hizo sentir varias veces la superioridad del hombre, y Josefa abdicó todo mando. Es verdad que, como esposa, Josefa era incapaz de mando

alguno. No tuvo más mérito en su vida que ser guapa, tentadora y un tanto desvergonzada cuando moza.

Tenían seis hijos. El mayor había cumplido diez años. Cada uno había sido el predilecto cuando estaba de uno á tres años. Entonces su padre lo tomaba á menudo en brazos y se entretenía en infundirle pavor poniéndole cara fiera, y apenas lo veía hacer pucheros lo hacía llorar más, y esta vez sin quererlo, con sus rudas caricias. Así que crecían y podían manejarse por sí solos, Facundo los descuidaba.

Lo cierto es que nuestro hombre no miraba otro objeto que el aumento de su hacienda, y parecía haber nacido sólo para eso. Facundo era siempre interiormente el peón Facundo, el llavero Facundo. No consideraba sus bienes de fortuna como cosa propia de la cual podía disponer libremente, sino como cosa ajena cuya administración le hubiesen confiado. No era avaro, y de buena gana, cuando iba á la ciudad, traía regalos á su familia, y deseaba sinceramente que fuesen mejores; pero los compraba casi con escrúpulo y economizaba por otro lado lo que en eso gastaba. Al trabajar, no pensaba en la suerte de sus hijos ni en una vejez tranquila, sino en aumentar lo que poseía. Vivía pobremente; para sí y su familia no deseaba más que tener casa, alimento y vestido; para su hacienda deseaba que creciera, que creciera siempre.

II

Existía, empero, una persona que ejercía una influencia casi mágica, que podía despertar sentimientos huma-

nos y aun tiernos en Facundo. Era Menita, que, á la sazón, tenía diecisiete años.

Si Facundo la hubiese tratado mal, como á sirviente, nadie lo habría extrañado, y es corriente en el campo que las hijastras de procedencia dudosa han de desempeñar el oficio de criadas. Pero esta niña lo cautivó primero con sus gracias infantiles, y después con la habilidad y presteza en aprender cuanto le enseñaban y la buena voluntad en servirlo. Llamábalo padre y lo trataba con las exigencias, mimos y monerías de hija predilecta. Era muy ingeniosa en esos pequeños cuidados caseros que tan agradables son al campesino. Cuando Facundo llegaba acalorado, Menita le servía al punto un buen vaso de refresco; si salía á quehaceres que le ocuparían todo el día, hallaba bien provistas las alforjas; cuando iba á la era, en la cosecha, Menita le llenaba los bolsillos de manzanas, naranjas ó ciruelas. Si estaba enfermo, nadie lo cuidaba como ella. Menita lo obligaba á mudarse los domingos, lo acicalaba en las visitas solemnes, arreglaba la ropa, zurcía las medias, escribía las cartas, le leía el periódico extraviado ó prestado que llegaba á la casa, y todo lo hacía de un modo sencillo, espontáneo y ágil, como si fuera lo más natural obrar de esa manera. Tocante á la lectura y escritura, es de advertir que Facundo tuvo á Menita dos años en una escuela gratis; ahí aprendió á leer y escribir tan bien como las maestras, y las aventajó en la costura, el tejido y el bordado. El último, sobre todo, requiere buen gusto, y el gusto de Menita era por extremo fino y delicado.

¿Cómo podía Facundo dejar de quererla? Y la quería

ni más ni menos que si él fuese padre cariñoso y ella hija única. Facundo, por una nada, pegaba un grito á su mujer ó daba de azotes á los chicuelos; pero jamás levantó voz ni mano contra Menita. Procuraba agradarla, pero con reserva; y cuando alguna atención ó fineza de Menita lo enternecía, se manifestaba indiferente, como si eso nada le importase. Temía el pobre descubrir su debilidad, temía que Menita imaginara algún capricho costoso, y lo pusiera en el caso de disgustarla ó de malbaratar dinero. Nunca, sin embargo, se vió en tal conflicto, porque Menita era no menos perspicaz que discreta y, aun cuando en broma solía decirle «padre mezquino», nunca le pidió vestidos, ni cintas ni sombreros, sino que aceptaba gozosa lo que él buenamente le daba.

Si bien Facundo tenía mucha confianza en la bondad de Menita, la cuidaba muy de cerca: no consentía que los mozos del lugar la requebrasen, y nunca la llevaba á fiestas ni bailes, sino á visitas muy sosegadas en el vecindario. En las vacaciones, Facundo pasaba algunos sobresaltos á este respecto. En tal época las familias de los hacendados venían á veranear al campo con sus respectivas parvadas de estudiantes ganosos de desquitarse de diez meses de estudio. También se les juntaban jóvenes que pasaban el verano de hacienda en hacienda y que no venían á desquitarse de estudios sino á variar de diversión. Unos y otros se desparramaban por los alrededores en busca de buenos lances, y solían parar en la tienda de Facundo á comprar fósforos, un pañuelo de narices ú otros objetos no menos importantes. Se demoraban en las compras, querían ver géneros, entablaban

conversación y se asomaban con mucha desvergüenza á las piezas interiores. Pero Menita fué siempre para ellos princesa encantada. Embromaban á Facundo, procuraban insinuársele, lo invitaban con su familia á fiestecillas donde se divertiría en extremo. Todo era en balde. Facundo seguía humildemente las bromas de poco peso, aguantaba las pesadas, y se hacía el que no entendía lo demás. Aburridos los mancebos, se retiraban refunfuñando entre dientes: «viejo bruto», ú otra expresión por el estilo.

Entre los mozos de Mellico, todos los que tenían esperanzas de que Menita les correspondiese ó se consideraban en el mismo rango que ella, habían pretendido su mano; pero inútilmente. Lo menos que tenía Menita era ser orgullosa y casquivana, sino que los tales mozos eran un tropel de botarates, hijos de pequeños propietarios que habían ascendido más ó menos como Facundo. Mientras sus padres economizaban el centavo, ellos no trabajaban ni les ayudaban, contraían deudas, y en jaranas se comían de antemano la herencia. Pasaban fugados de la casa paterna la mayor parte del año, volvían cuando no tenían qué comer, se hacían los arrepentidos, conseguían sacar algo al viejo ó un crédito de algún usurero, y salían de nuevo. Los hijos de Facundo, aunque éste no les escaseaba castigos brutales, daban indicios manifiestos de que á su tiempo seguirían el mismo camino.

Había, sin embargo, un tal Antonio que era admitido en casa de Facundo. Menita no le daba esperanzas, pero no le quitaba las que tenía porque era imposible quitár-

selas. Era joven excesivamente bonachón y un tanto simple, sin que le faltara esa malicia especial y propia del simple, que á menudo no se encuentra en el avisado.

Antonio dijo clara y redondamente á Menita que deseaba casarse con ella. Menita con la misma claridad le contestó que no pensaba en tal cosa.

—Bien está—le dijo Antonio sin inmutarse.—Ya sé que ahora no me quieres, pero puede ser que después me quieras.

Y seguía visitando la casa, y esperaba con paciencia el cariño de Menita.

Ésta tuvo caritativos escrúpulos al ver á Antonio firme en sus esperanzas, y preguntó á Facundo si no sería bueno hacerle entender que era punto menos que imposible el soñado casamiento; pero Facundo le dijo:

—Déjalo que venga. No le digamos nada. Me sirve mucho.

Facundo, en efecto, á título de futuro suegro, empleaba al buen Antonio en todo lo que podía servir, y éste se consideraba bien pagado con que Menita le hiciera alguna broma ó se ocupase un momento en él. Como visitante era de lo más cómodo: á la hora conveniente lo despedían sin ceremonia, y cuando había quehaceres, le decían que volviese otro día ó lo hacían tomar parte en ellos.

Aquella noche que Facundo estaba sentado en el corredor de su casa pensando en la suerte de sus bueyes gordos, la voz de Antonio lo distrajo.

—Para servirlo, don Facundo.

Facundo lo miró, barbotó un "cómo te va", y sin cui-

darse más de Antonio ni invitarlo á sentarse, siguió el hilo de sus pensamientos.

De pronto se volvió á él y le preguntó:

—¿Has sabido algo del caballero que compró á "Renaico"?

"Renaico" era una gran hacienda que deslindaba con las tierras de Facundo y las de casi todos los pobladores de Mellico.

—Esa noticia traía—dijo Antonio.—Mi padre me mandó á cobrar diez pesos á un inquilino de "Renaico", y ahí supe que había llegado el nuevo patrón. Me entró curiosidad de conocerlo, y, por si lo topaba en el camino, anduve hasta cerca de la casa del fundo. Cuando menos me lo imaginaba, el caballero desembocó al camino con el administrador. Me habían dicho que andaba con el administrador. Hícame a un lado, y disimuladamente los seguí buen trecho.

En ese momento salió Menita al corredor.

—¿Cómo estás, Antonio?—le dijo sonriéndose y con un gracioso meneo de cabeza.

—Ahí vamos pasando—contestó Antonio con reposo.

—Padre—dijo Menita á Facundo—¿le traigo mate ó agua caliente? ¿Qué quiere tomar?

—Tomaré agua caliente; pero más tardecito.

—¿Estabas contando algo, Antonio?—preguntó Menita.

—Estaba contando á don Facundo que conocí al caballero que compró á "Renaico".

—¿Ya llegó? Y ¿cómo es?

—Llegó—dijo Antonio—y, como iba diciendo, me fui tras él sin quitarle la vista. Harto me habían ponderado sus caballos; pero animal más bonito que ese en que iba no había visto nunca. Era mulato; pero mulato retinto y sin una manchita. ¡Qué hechura! ¡Qué pechos, don Facundo! Me parece que en la vara barrería un regimiento. Daba gusto verle los nudillos... Marchador como él sólo: el administrador iba al trote... ¡Y tan arriscado! El anca redonda y llena... Era algo corto de lomo, como mandado hacer para la silla.

—Muy bonita sería la silla—interrumpió Facundo. Desde seis meses atrás acariciaba el ensueño de comprar una buena silla.

—La silla corría parejas con el caballo—prosiguió Antonio.—Era como las otras; pero no era como las otras.

—Sería de esas que llaman mejicanas—dijo Facundo, que tenía vista en la talabartería una de esta clase.

—Tampoco era de las mejicanas. No la pude entender bien, porque la manta... una manta como usted no se imagina... la cubría en parte; pero relumbraban las argollas y chapas de plata. De las espuelas no digo nada. Llevaba un lazo tan fino y bien trenzado que daban ganas de robárselo. ¡Y tan bien sentado que iba aquel caballero! No había comparación con el patrón viejo don José María.

—¿Es joven?—preguntó Menita.

—Joven, jovencito y harto buen mozo.

—Me alegro de que sea joven—dijo Facundo.—Los jóvenes son menos cicateros que los viejos. Tengo que

ir á verlo uno de estos días. Puede ser que consiga de él lo que nunca pude conseguir de don José María: que me permita sacar agua del canal de «Renaico» para regar mi lomita del «Manzano»...

Facundo dió un bostezo descomunal.

—Entremos—dijo.—La oscuridad me da ganas de dormir.

Á la hora en que el alba trae en los pliegues de su manto blanquecino esos sueños ligeros y deliciosos que con tanto pesar vemos desvanecerse, soñó Menita que pasaba frente á su casa un mancebo gallardo y bizarro, montado en un caballo soberbio, cuyos jaeces de plata bruñida lanzaban vivísimos destellos al ser heridos por el sol. En pos, casi perdido en el polvo que el caballo levantaba, iba Antonio. No parecía el mismo: su rostro estaba demacrado y manifestaba honda tristeza. Extraña angustia oprimía el corazón de Menita. De improvviso el brillante jinete se volvió á ella y la miró con ojos ardientes y suavísimos. Menita se estremeció de gozo... y despertó.

III

En la mejor fonda de Santiago, unos veinte amigos daban un banquete de despedida á Manuel Pasta.

El joven que solicitó y obtuvo de la comisión organizadora del banquete el honroso encargo de dedicarlo, si bien era de muy poca inteligencia, presumía de chistoso y humorístico, y determinó componer un discursito bien alegre y salado, tal que á todos haría reír á carcajadas y

desde el principio los dejaría holgados, como en familia. Era de opinión que, entre amigos, todo debía de ser á la llana, sin etiqueta ni declamaciones de labios afuera. Compuso, pues, el discurso: comenzaba sencillamente con el vocativo Manuel; hablaba en broma de la despedida, y seguía con retruécanos, alusiones y disparates propios para hacer reír á jóvenes desocupados.

Á fin de que el brindis surtiese efecto, el orador se puso de acuerdo con la comisión organizadora, y arreglaron las cosas de modo que, en vez de esperar, como de ordinario, la primera botella de champaña, se pronunciara el discurso apenas entrase Manuel al comedor, donde lo estarían esperando en pie todos sus amigos.

Pero fué el caso que, cuando el orador se vió á sí propio y á todos los concurrentes graves y tiesos en su frac y camisa planchada *à neuf*, esperando la entrada de Manuel acompañado por la comisión organizadora; cuando vió la hermosa disposición de la mesa, los adornos de la sala, el resplandor de las luces, la rigidez de los criados con la servilleta al brazo, su discurso se le presentó de improviso como nota discordante y chillona en tan grave armonía, como conjunto de bufonadas impropias de las circunstancias, y hasta llegó á temer que Manuel se ofendiese y que los concurrentes protestasen.

—¡Qué diablos! Esto es serio—dijo con mortal desaliento á su vecino.

—Es como debe ser—respondió el vecino tranquilamente.—Al fin y al cabo, despedirse de un amigo es cosa seria.

Un desmayo interior se apoderó de nuestro joven;

frías gotas de sudor aparecieron en su frente. Maldijo la hora en que solicitó y obtuvo la honrosa comisión de dedicar el banquete. ¿Qué hacer? No era capaz de improvisar; en su vida había improvisado. Pensó rápidamente en escapatorias impracticables... No había remedio; era preciso improvisar. Pero tropezó con una gran dificultad. ¿Trataría á Manuel de tú, de usted ó de vos? Le repugnaba la familiaridad del *tú* en esta circunstancia, que miraba ahora en extremo solemne y patética. El *usted*... ¿por qué decir *usted* á Manuel, si lo trataba de tú? El *vos* era ridículo. Por desgracia, no alcanzó á dilucidar este punto. Una triple salva de aplausos saludaba á Manuel, que acababa de entrar al comedor con los miembros de la comisión organizadora.

Colocáronse todos en sus respectivos asientos, y dirigieron las miradas al orador. Éste, gracias á dos copas sucesivas de *cognac* bebidas á hurtadillas, había logrado vencer un tanto la palidez del rostro; pero el licor no alcanzó á darle atrevimiento. La barba le temblaba. Con lengua tarda y voz apagada dijo:

«Querido amigo:

«Ya que me ha cabido el honor de dedicaros este banquete, yo, en representación de todos los presentes, os digo que te dedicamos este... esta comida, porque te vas á las verdes campiñas de «Renaico». Me cabe... tengo el honor... lo repito, de manifestar que esta... este banquete lo dedicamos al amigo noble, leal y generoso, al amigo que permanecerá lejos de aquí, hasta que vuelva de nuevo á los brazos de sus... compañeros. He dicho.»

Los estrepitosos aplausos que hubo después del dis-

curso, ahogaron las risas del auditorio; pero aumentaron la confusión del orador. Manuel, por no acabar de correrlo, dió simplemente las gracias con un gesto expresivo, y cada uno se dedicó al plato que tenía delante.

El pobre orador quedó tristísimo y mohino. Fueron inútiles los esfuerzos de sus vecinos para hacerle entender que eso era nada: turbarse al tiempo de pronunciar un discurso y olvidarlo, era chasco muy común entre personas no acostumbradas á hablar en público, por más ingeniosas que fuesen, y le citaron casos numerosos. El orador, por ver si cobraba ánimos y volvía por su crédito de hombre chistoso, vació copa tras copa, las cuales no le dieron pizca de ingenio; al contrario, no acertó más que á decir sandeces. Cuando terminó el banquete, fué menester llevarlo á su casa é introducirlo secretamente en su pieza, en estado lamentable.

Los amigos de Manuel sentían separarse de tan buen compañero, y no comprendían por qué quería irse al campo, lejos de la sociedad, siendo, como era, rico y agasajado como el que más. En el banquete le instaron nuevamente para que desistiese de su idea; pero Manuel se mantuvo firme, y dió la razón que les había dado infinitas veces: la vida de la ciudad le aburría á más no poder, y quería trabajar en el campo por variar de hábitos, por antojo, por distraerse. Como esta explicación era muy poco satisfactoria, nadie la creía; pero lo que Manuel decía era la verdad.

Manuel era hijo único. Su madre, viuda hacía algunos años, le tenía ciego cariño y lo había criado con tanto lujo y regalo, con tal condescendencia que, á no

haber sido por el gran fondo de bondad natural que Manuel poseía, irremediablemente habría llegado á los veintiocho años con el cuerpo gastado y el corazón corrompido. Felizmente no fué así. Manuel no era ciertamente modelo de virtud; pero tampoco piedra de escándalo. Podía pagar tributo á la flaqueza humana; pero no paliaba á sus propios ojos la falta, y la maldad fría y calculadora jamás halló cabida en su corazón.

Otro resultado tuvieron en Manuel los exagerados mimos de la señora. Acostumbrado desde niño á ser obedecido en el acto, á ver satisfechos todos sus caprichos, su voluntad no tuvo ocasión de fortificarse y robustecerse combatiendo las dificultades, reparando los tropiezos y separando los estorbos de que está sembrado el camino de la vida. Manuel carecía de energía moral. Esta debilidad de carácter, esta cualidad negativa, despreciable en el hombre pobre, al cual nadie le ofrece un lugar en el banquete de la vida y tiene que conquistárselo á codazos y empujones, es simpática, aplaudida y fomentada en el joven rico y generoso. Todos ganan con ella: los amigos, la esposa, los suegros. El único que pierde es el que la posee, y si es hombre inteligente, capaz de meditar sobre sí mismo y ver lo que pasa en su alma, mira esa debilidad de carácter como verdadero gusano que lo corroe interiormente y que le torna la vida en un largo fastidio. Aun cuando nada necesita, se ve condenado á servir de instrumento á voluntades ajenas y á conocer que los movimientos de su propia voluntad son simples estallidos, esfuerzos sobrehumanos capaces de violento empuje, pero impotentes para sostenerlo.

Manuel, que no sólo era naturalmente bueno, sino también de inteligencia despejada y penetradora, conocía ese su defecto, que para los demás era amable condescendencia, y hacía honrosas tentativas para corregirlo. Pero todo quedaba en propósitos. Para salir vencedor en tales combates, como en todos los combates, hay que elegir primero que nada un terreno ventajoso, y es por extremo desventajoso vivir en medio de la sociedad en lugar expectable, acosado por las importunidades de los amigos, por las obligaciones de la etiqueta, por el atractivo de los bailes, y por las mil tentaciones que en la ciudad cercan á un joven rico y desocupado.

Por lo que más sentía entonces Manuel la debilidad de su carácter, era porque lo obligaba á permanecer en una oscuridad relativa. Tenía inclinaciones artísticas, la gloria lo fascinaba, se encontraba capaz de concebir y llevar á cabo obras que dieran lustre á su nombre, quería brillar en el mundo por sus propios méritos. Pero esto no es asunto de llegar y triunfar, á menos que se trate de un prodigio de ingenio. Es preciso estudio, constancia en el trabajo, confianza, sin vanidad, en sí propio para no desmayar en las terribles horas de desaliento. Manuel comenzaba con ardor; las primeras dificultades lo entibiaban, y pronto abandonaba la labor escogida para dedicarse á otra con la cual le acontecía lo propio. Á los veintitrés años esto no le mortificaba mucho; pero á los veintiocho le comenzó el tedio y el disgusto de sí mismo. Ya era tiempo de hacer algo ó de resignarse á no hacer nunca nada.

Su madre comenzó á notarlo quejumbroso y de mal

humor. Parecióle conveniente persuadirlo á que se casase, y le habló acerca de ello dos ó tres veces; pero como Manuel le manifestase que aún no pensaba en tal cosa y que tiempo había para hacerlo, desistió de su intento. Por otra parte, no tenía mucha voluntad la señora en apresurar que la esposa viniese á quitarle parte del cariño de su hijo.

Manuel había tenido sus amoríos; pero el hogar doméstico no era todavía el objeto de sus aspiraciones. Los jóvenes ricos pocas veces están de prisa en este punto. Dicen que es conveniente correr y ver mundos antes de casarse, ó, empleando los términos del Apóstol, que es bueno quemarse primero y después casarse, sin duda para entrar á prueba de fuego al matrimonio. Podrá ser; pero más fácilmente se prende el carbón que no la leña verde.

Hallándose Manuel en tal estado de ánimo, alguien le habló de que haría un excelente negocio si compraba el fundo «Renaico» que estaba á venta. Una idea asaltó al punto á Manuel: compraría el fundo y se retiraría allá á trabajar, á estudiar, á sacudir su indolencia física y moral. Comunicó el proyecto á su madre y le habló con tal entusiasmo que la pobre señora no tuvo ánimos para disgustarlo y negar un consentimiento que harto le costaba: iba á quedar separada de su hijo. Pero Manuel la convenció de que no había motivo de aflicción: el fundo estaba inmediato á la estación del ferrocarril. Al menor llamado acudiría inmediatamente, fuera de que contraía el compromiso de hacer una visita á su madre, por lo menos, cada quince días.

Manuel no entendía absolutamente nada en agricultura. Nunca se había ocupado en tales trabajos; pero un tío suyo, agricultor desde niño, se encargó de instruirlo, de recibir el fundo, y buscó un buen administrador para Manuel.

Al día siguiente del banquete, nuestro joven partió á «Renaico» contentísimo y lleno de entusiasmo, revolviendo planes de distribución del tiempo, en los cuales se compartían los estudios con la asistencia á las faenas agrícolas.

En las visitas preliminares que Manuel había hecho á «Renaico», la casa del fundo le había disgustado en extremo. Era un caserón inmenso, vetusto, destartado, en partes reparado y en partes caído, sucio, bajo, levantado al nivel del suelo en una hondonada, para abrigarlo del viento norte. Álamos altísimos alineados al frente lo envolvían en movibles y tristes sombras al caer de la tarde. Por ahí mismo pasaba el camino vecinal, que se convertía en invierno en barrizal pegajoso, y del cual se levantaban constantemente en el verano nubes de polvo que cubrían la casa y deslustraban y marchitaban las hojas de los árboles. El interior de la parte del edificio destinada para habitaciones, se reducía á un gran patio asombrado por naranjos corpulentos, enmalezado, húmedo, con un jardincillo descuidado y raquítico. En los interminables corredores estorbaban el paso tinajas quebradas, barriles y cajones vacíos, y en las vigas veíanse confusamente amontonados engranajes inservibles, piezas gastadas, instrumentos inútiles. Por todas partes polvo, telarañas, maderos carcomidos, paredes agujer-

readas. Los cuartos que mejor vista tenían daban á corrales ó á cercas de álamos.

Don José María, el anterior propietario de "Renaico", era digno habitador de tal casa. Para él, las comodidades y el aseo eran gastos inútiles de tiempo y de dinero. En teniendo techo la casa, lo demás no importaba. En estando gordos y lucios los animales, era lo de menos que él estuviese mal alojado. Pasaba el día entero vigilando los trabajos, con gran descanso de los mayordomos, ó en los cercados dando vueltas en torno de cada animal, como si no poseyera dos mil, sino dos ó tres cabezas de ganado, y los miraba, no con los ojos del que tiene cariño á un objeto, sino con los ojos del que ve en un objeto lo que éste equivale en dinero. En las tardes reunía á los mayordomos y vaqueros, y entraba á hablar con ellos y repetir diez veces lo mismo que había hablado el día anterior, y que hablaría al siguiente. En la noche daba una ojeada al diario, leía el sumario ó una página del BOLETÍN DE AGRICULTURA, y se quedaba dormido. Á toda hora meditaba sobre la manera de hacer algún trabajo por la mitad de lo que debía costar, y después discurría cómo componérselas para que otros le ayudaran á pagarlo ó lo hiciera por cuenta de ellos. De aquí nacían continuas pendencias entre él y los inquilinos, que protestaban de las nuevas cargas que les imponía, ó entre él y los vecinos, que preguntaban:—"Pero, señor, si esta cerca es divisoria y común ¿por qué quiere usted que yo solo la repare?" En tales mezquindades se gozaba y ejercitaba su habilidad don José María, y se había acostumbrado en tal manera á sacar ventaja

que, cuando sacaba lo justo, de buena fe se creía perjudicado, y ponía el grito en el cielo y exclamaba que lo habían estafado. En la ciudad, sin embargo, parecía el hombre más bonachón y sencillo y, cuando le tocaban asuntos de campo, se quejaba como si tuviese muy fundados motivos para hacerlo.—"Son muy diablos los campesinos—decía—y como soy tan crédulo y tan de buen alma, hacen de mí lo que quieren, me explotan sin temor de Dios, y yo no tengo ánimos para decir á nadie: *Hasta aquí no más, amigo.*" Como los oyentes no conocían qué tal pieza era en su elemento, le creían y aun le aconsejaban caritativamente que buscara otro negocio, porque con semejante mansedumbre debía de ser difícil ganar dinero en el campo.

Un mal negocio, un contratiempo en sus trabajos, le hacían honda impresión, perdía el apetito, dormía intranquilo, su rostro se demacraba.

Cuando recibía algún perjuicio, por insignificante que fuese, lo llamaba indefectiblemente "grave pérdida", ó "perjuicio considerable que podrá tener muy malos resultados", y se alarmaba, hablaba de derechos atropellados, consultaba códigos. Cuando hacía á otros algún perjuicio (y don José María lo hacía de buena gana, si con ello sacaba provecho), y venían los reclamos, exclamaba indefectiblemente:—"Pues, hombre ¿y por esta bagatela se incomoda usted y me viene á incomodar á mí? Eso no puede ser. Que se tase el perjuicio, y lo abonaré. ¡No es posible pelear por una poquedad como esa!" El otro se iba muy contento. Tasaban el perjuicio; pero nunca se conseguía de don José María que lo pagase.

En la entrega de «Renaico», don José María embrolló seis mil pesos al tío de Manuel, en animales, instrumentos y edificios inservibles; pero arreglados y presentados de tal modo que era preciso ser tan ducho como don José María para conocer la trampa. Descubrióse ella después; pero el hombre se hizo el sordo y no le destaparon los oídos los reclamos, las disputas ni los insultos.

Esto no quita que don José María se jactase de hombre honrado, después de este embrollo como antes de él y después de los otros que había hecho. Él era el hombre honrado por excelencia. ¿Quién se atrevería á decir lo contrario? Y sostenía sin rodeos que todos los que comerciaban en papeles, bonos ó acciones eran más ó menos ladrones, y que el único trabajo en que se ganaba honradamente el dinero era el trabajo del campo.

Manuel, que no había ido al campo á vivir entre animales ni á meditar perpetuamente en la manera de venderlos con más ganancia, aunque fuese con engaño del comprador, sino que había ido á trabajar sin codicia y á vivir como sér inteligente; que tenía una alma que cultivar, determinó desde luego no vivir en aquel casón cuya sola vista lo abrumaba, más que lo preciso mientras edificaba una casa á su gusto.

Eligió un sitio algo elevado de modo que dominara los contornos, y ahí determinó levantar una casita de arquitectura graciosa y pintoresca. La rodearían praderas de césped cortadas caprichosamente por senderos arenosos y limpios de maleza, y sembradas de árboles escogidos, de grupos de flores, de variados rosales que en la primavera embalsamasen el ambiente y tapizaran el suelo

con pétalos fragantes. Cubrirían las paredes plantas trepadoras y enredaderas en que el verde apagado y sombrío de la hiedra alternara con el verde dorado de la madreselva. Aquí y allí, boscajes deliciosos, cenadores, pequeñas cascadas. Era la casita clásica, el rústico y risueño albergue, el nido de amores que todo hombre levanta en la adolescencia, y que el amante y el artista contempla siempre en su imaginación. Manuel gozaba ya con los espléndidos celajes de otoño, con el encanto voluptuoso, vago y apacible del paisaje iluminado por la luna en el estío, espectáculos que contemplaría desde su balcón por entre cortinas de verdura. Después de deleitarse en tan agradables proyectos, la imaginación de Manuel acababa por ir á posarse en una mujer ideal, en una compañera casta y virtuosa, cuya fantasía tuviese alas tan poderosas como las suyas, y cuyo corazón latiese á la par del de su amado: regular y sosegadamente unas veces, y sacudido en otras por apasionada violencia.

Manuel pensaba dejar el caserón para el administrador de «Renaico.» Don Fernando, el tío de Manuel, se escandalizaba al oír los planes de su sobrino.

Era don Fernando un campesino bueno, honrado y liberal con los inquilinos. Quería con desinterés su terruño y sus animales; gustaba del trabajo del campo, porque no conocía otra especie de trabajo, porque en el campo había crecido y en el campo había adquirido sus bienes de fortuna. Tenía profundo respeto por la ciencia de la agricultura: la miraba como una de las más importantes y complicadas, y á los que la poseían, como los

individuos más útiles á la humanidad. Su ignorancia era soberbia: no la confundían ni amilanaban los mejores argumentos. Los artistas y literatos eran, para él, ociosos más ó menos ridículos, charlatanes los oradores, los escritores gente incapaz de trabajar. Á todos ellos abarcaba don Fernando en una mirada de desprecio; pero de desprecio jovial, bondadoso é indulgente. Ningún poeta lee con más entusiasmo á Shakespeare que el que manifestaba don Fernando cada vez que abría cierto *Tratado sobre los abonos*, cuyos consejos había seguido con muy buen resultado. Lo llamaba "el gran libro"; ese era el que debían tener todos en la mano.

—¿Qué estás pensando? decía á Manuel.—¿Crees que el campo es broma? ¿Crees que es diversión, como escribir libros, pintar arbolitos y tocar el piano? Si vienes á eso á "Renaico" más valía que te quedaras en Santiago. ¡Edificar casitas bonitas cuando tienes una tan buena, desde donde puedes verlo todo, sin que nadie pase sino por delante de ti, con los corrales á la mano!... Recuerda el más sabio refrán que se ha escrito: "Hacienda, tu dueño te vea."

—La veré, tío, la veré; pero me parece que no hay necesidad de estar sobre ella día y noche. Hay otras cosas que ver y otras en qué pensar, so pena de embrutecerse... Verdad es que así quedaría uno más apto para el campo...—agregaba Manuel, dando palmaditas cariñosas á su tío.

—¡Que estás hablando! ¡Embrutecerse! Sabe, Manuel, que el trabajo del campo es el verdadero trabajo. Mírame las manos, mírame el color de la cara... ¿nada te

dice esto? ¡Que le quieran hacer creer á uno que trabajan esos que se llevan sentados en sillones muy cómodos, fumando, mirando el techo, conversando con el que entra, y enderezándose de cuando en cuando para dar alguna plumada!... Dios dijo: «Comerás tu pan con el sudor de tu frente.» En el campo, Manuel, es donde suda la frente y todo el cuerpo.

IV

Manuel pasó los primeros días de su llegada á «Re-naico» muy atareado en recorrer el fundo y hacerse cargo de los trabajos. Se levantaba temprano, se acostaba temprano, y no le quedaba tiempo para poner en práctica su plan de distribución de las horas.

Terminaba entonces el invierno, era la época de los barbechos, y Manuel se veía bastante confuso para organizar los trabajos. Su administrador, aunque hombre muy competente, era un tanto falto de iniciativa, como suelen serlo los que han servido á patrones escrupulosos, y para todo pedía órdenes. Manuel adoptó el partido de preguntar á su administrador lo que convenía hacer, y ordenarle en seguida lo mismo que acababa de decir.

Poco á poco, esta vida ocupada y nueva para él comenzó á gustarle. Pasó una semana y otra. Ya podía sin dificultad someterse á su plan; pero lo dejaba para más tarde. Andaba lo más del día á caballo, de trabajo en trabajo. Principió á aficionarse á los animales. No hallaba tan triste el viejo caserón. En cierta venta que hizo regateó como un honrado campesino, y llegó á pre-

guntarse si no acabaría por convertirse en un don Fernando. Desde su llegada, Manuel no había abierto un libro ni bosquejado un paisaje. Su tío lo felicitó en una de las visitas á «Renaico»; le dijo que ya se estaba haciendo hombre, y añadió:—«Ya verás si hay tiempo para pensar en otra cosa cuando veas grande ya el trigo que has sembrado y crecidos los animales que has visto nacer.»

Doña Luisa, la madre de Manuel, estaba contentísima con el cambio favorable de su hijo. Éste, cuando iba á visitarla, llegaba cada vez más sano, más robusto; su conversación era más campechana. Visitaba también á algunos amigos, pasaba á las tiendas de ferretería, y después de tres ó cuatro días volvía presuroso á sus trabajos.

Con todo, en una ocasión en que sus amigos lo detuvieron una semana en Santiago y lo obligaron á asistir á un baile y dos tertulias, de vuelta halló el caserón más triste que de costumbre; pero luego que montó á caballo y vió sus trabajos y sus animales, olvidó las brillantes fiestas cuyo recuerdo lo había acompañado.

La primayera entró muy lluviosa y, tanto por este motivo como por ciertas reparaciones al canal de «Renaico», que no terminaron oportunamente, no se pudo comenzar el riego sino á mediados de octubre.

No bien pasó el agua de «Renaico» por la loma del «Manzano», parte de la propiedad de Facundo, como queda dicho, fué éste á visitar á Manuel. Tocó que Manuel andaba en Santiago; pero Facundo, temeroso de que sus plantaciones en la loma se atrasasen por falta de

riego, sacó agua ocultamente. Cuando supo que Manuel estaba de vuelta, Facundo tapó bien la boca de la acequia, esperó tres ó cuatro días hasta que el suelo se secó por encima y las plantas se pusieron marchitas, y volvió á visitar á Manuel.

Esta vez lo encontró.

—Buenos días, amigo—le dijo Manuel, saludándolo al uso campestre y preguntándose quién sería ese individuo.

—Facundo Illanes, servidor de usted—contestó Facundo, llevándose una mano al sombrero.

—Si no me equivoco, tengo un vecino de ese nombre por el lado de Mellico. ¿Será tal vez usted?

—Soy yo, señor. Tengo unas tierrecitas...

—Me alegro de conocerlo. Siéntese, don Facundo. ¿Cómo están sus trabajos?

—Así, así. Los pobres no tenemos cómo pagar bien á los peones, la gente escasea y siempre andamos atrasados.

—¿Y su familia?

—Sin novedad.

La materia de conversación se iba agotando con rapidez.

—Espero que seremos buenos vecinos—dijo Manuel.

—Así no más ha de ser—respondió Facundo.

Manuel no hallaba qué preguntar y el otro no daba señales de buscar puntos sobre qué conversar.

—Y ¿qué tal vecino era don José María?—preguntó Manuel.

—Don José María era muy buen vecino. Nosotros

le servíamos con gusto porque nos hacía muchos favores. Nunca tuvimos pleito con él.

—Ni tampoco tendrán conmigo, les aseguro. No me gustan los pleitos, y menos con los vecinos. Los vecinos deben de estar siempre bien y ayudarse en lo que puedan.

—Es lo que digo yo. Don José María era del mismo parecer, y por eso nos aveníamos tan bien. Cuando quería ocuparnos, nos ocupaba; cuando necesitábamos leña, nos daba leña; y cuando nos atrasábamos en la cosecha, nos sacaba de apuros.

—Lo mismo seré yo—dijo Manuel.

—Era muy bueno don José María. Vea usted, señor. Un día me dijo:—«Mira, Facundo ¿por qué no riegas esa lomita del «Manzano»? Es, señor, una lomita mía, como de dos cuabras. Por ahí pasa el canal de «Renaico». —«Si usted me da agua, le respondí, ahora mismo la riego». —«Si te lo digo es porque pienso dártela, continuó él; pero ten mucho cuidado en no desperdiciarla, porque el mismo día que vea que la estás perdiendo, te la quito». —«Demás está que me haga estas recomendaciones, repuse yo. Bien sabe usted que nunca me tomo lo que no me dan, y que agradezco como se debe lo que me dan.» Desde entonces comencé á regar mi lomita. Cuando había escasez de agua, don José María me la cortaba; pero eso nunca sucedió. Ahora no he sacado ni pienso sacar una gota, hasta saber si usted quiere hacerme esta merced.

Desde el principio barruntó Manuel que Facundo no iba á visitarlo por pura cortesía, y mientras lo escuchaba pensaba en la manera de eludir el pedido.

—Con el mayor gusto—dijo Manuel—le permitiría sacar el agua... ¿De qué extensión es la loma?

—Es un pedacito, señor... ni alcanza á ser una cuadra.

—Es poca cosa...

—Es casi nada... Más es el trabajo de regarla; pero tengo ahí una plantacioncita... y al canal de "Renaico" le sobra el agua...

—Es poca cosa—repitió Manuel—pero como yo estoy recién llegado, necesito ver eso antes de dar las órdenes convenientes.

—Tiene usted razón—dijo Facundo, y luego agregó con modo tímido y servil:—¿Y no me podrá permitir que saque hoy el agua, mientras usted tiene tiempo de ir á señalarme la cantidad de que puedo disponer? En nada se perjudicará usted, y las tierrecitas están muy secas. Como son lomas, no guardan humedad...

—Sea así, ya que usted lo quiere—dijo Manuel con cierto mal humor, que Facundo tuvo buen cuidado en no advertir.

—Iré luego á echar el agua—dijo Facundo y, sin más, se despidió y se alejó á galope.

Manuel llamó á un antiguo sirviente de "Renaico".

—¿Quién es este don Facundo?—le preguntó.—Me ha venido á pedir agua... dice que don José María se la daba...

—Esa agua debe de ser para regar la loma del "Manzano"—contestó el sirviente.—Don Facundo importunó mucho á don José María para que se la diese; pero don José María no consintió. Don Facundo, ya que no podía obtener agua por bien, la robaba. Hubo demandas

y pleitos, pero, con todo eso, don Facundo robaba. Lo peor es que no saca agua solamente para regar esa loma, que tendrá tres cuadras, sino que saca mucho más, la echa á la quebrada y riega con ella un bajo de cinco cuadras.

Manuel se acaloró.

—Alcanza á don Facundo y dile que venga... Pero no. Más bien me acompañarás tú mañana por la mañana para ver por mis propios ojos lo que riega, y después me llevarás á su casa. Lo traeré á la loma y ahí mismo le echaré en cara su mentira y su abuso. No se ha de reír de mí, aun cuando tenga yo que poner cuidador de día y de noche al canal.

Manuel estuvo ese día de mal humor. Comenzaba á dudar de la proverbial honradez campesina: uno de la clase alta le había robado astutamente seis mil pesos, y ahora uno de la clase media lo engañaba con inaudito descaro.

Al día siguiente pudo convencerse Manuel por sus propios ojos de que Facundo estaba haciendo ahora lo mismo que antes hacía, según lo que el sirviente dijo. Incomodado y dispuesto á tratar á Facundo sin consideración alguna, dirigióse Manuel á Mellico.

Facundo, que se hallaba por ahí por el corredor de su casa en conversación con el capataz, apenas vió á Manuel se adelantó á recibirlo con humildades y agasajos de hombre á quien se le ha prometido un gran favor que aún no se ha realizado. Manuel no anduvo muy cortés, contestó con medias palabras, dejó que Facundo

lo sirviera y, sin esperar invitación, se sentó en el escaño del corredor.

—Pase usted á la pieza, don Manuel—dijo rendidamente Facundo.—Aquí hay mucho polvo; parece que viene algún tropel de animales.

—Entremos—dijo Manuel secamente.

La pieza de recibo tenía, por todo ajuar, una docena de sillas de paja y, en el centro, una mesa de buena madera y de forma antigua: la adquirió Facundo en un remate. Adornaban las blanqueadas paredes algunas fotografías malísimas y descoloridas en marquitos de paja. El pavimento era de ladrillo cubierto con un petate de los ordinarios. En un rincón había un brasero de hierro lleno de ceniza, y en el brasero una tetera de lata y varias colillas de cigarro cuidadosamente puestas en los bordes. En otro rincón veíase un arpa envuelta con prolijidad. El techo era de tela basta clavada en las vigas.

Llamó la atención de Manuel que todo estuviese limpio y sacudido; pero lo que realmente le asombró fué un gran ramo que había en la mesa y que por sí solo daba un aspecto risueño al pobre aposento. No era uno de esos ramos de forma mezquina y de colores chillones, obra de manos rústicas; ni tampoco de esos ramos sabiamente combinados, apretados de flores raras y finas, de forma circular y algo convexa, que sólo sirven para ser obsequiados y lucen mientras pasan de una mano á otra. Era un ramo suelto, descuidado, elegantísimo. En el medio surgían ramillas de maitén y, esparcidas en torno, como saliendo de entre el follaje, flores de suave

color se destacaban vigorosamente en el fondo de verdura, y en él apagaban otras flores su color encendido. Erguíanse lozanas, como si las acabaran de coger: aún brillaban gotas de rocío en las rosas abiertas y á medio abrir, en las pelargonias y petunias. Manuel no veía ramos en su triste caserón, y aquel que tenía delante le pareció un puñado de flores caído á alguna de las ninfas que forman el cortejo de la Primavera.

—¡Qué hermoso ramo!—exclamó Manuel.

—Lo hizo Menita—dijo Facundo con cierto orgullo, y sin darse cuenta cabal de la admiración del joven.

—¿Alguna hija suya?

—Sí—respondió Facundo con ligera vacilación.

Aquel ramo calmó como por encanto la irritación de Manuel. Venía determinado á tratar con rudeza á Facundo, como lo merecía; pero temió pasar por descortés y mal criado á los ojos de aquella Menita que, á juzgar por el ramo, debía de poseer exquisito gusto y natural inclinación artística.

—Se me ocurrió esta mañana venir á Mellico—dijo Manuel—para conocer estos lugares é invitarlo á ver el terrenito que usted quiere regar y fijar la cantidad de agua. Así, hoy podemos dejar esto arreglado.

—Muchísimo le agradezco la molestia que se toma... ¡Con qué gusto lo acompañaría! Pero estoy con un dolor en esta pierna, que no me deja montar á caballo. Esta mañana, un animal me dió un empujón que por nada me quebró la pierna. El dolor me toma todo esto, desde la rodilla...

Manuel se irritó de nuevo. Esa cara impasible, ese

mentir descarado disiparon la benéfica influencia del ramo.

—Mire usted, don Facundo—le dijo con vehemencia—no soy ningún tonto. He pasado á ver el agua que usted saca, he visto que saca agua para diez ó doce cuerdas y no para una, como me dijo, y me he convencido de que usted no trata más que de engañarme, de robar-me el agua, como se la robaba á don José María. Pero téngalo por sabido que yo no soy hombre de dejarme atropellar, y si usted vuelve...

—No me diga más, don Manuel, no me diga más—exclamó Facundo tomándose á dos manos la cabeza.—¡Lo que es ser pobre! Á uno lo desacreditan sin miramiento. ¡Me quieren tan mal los sirvientes de "Renaico"! Ya sospechaba yo que luego le llevarían cuentos para ponerme mal con usted. ¡Y yo que nunca les he hecho nada sino servicios!... ¡Jesús con la gente poco cristiana!

—No me venga con esas lástimas, don Facundo. Le digo que he pasado á ver el agua; que yo mismo he pasado y la he visto con estos ojos.

—Pero, don Manuel ¿cómo puede usted imaginarse que faltara á mi palabra con tan poca vergüenza? ¿Cómo puede imaginarse que buscara sin necesidad pleitos á un rico, sabiendo, como sé, que en los pleitos del pobre con el rico, el pobre sale siempre mal? Lo que usted me dice del agua debe de ser la pura verdad. Casualmente, cuando usted llegó, estaba preguntando al capataz si había visto al regador, porque es regador nuevo el que ahí puse. Por lo visto, este bellaco ha sacado más agua para con-

cluir el riego más pronto. ¡Y tanto que le recomendé que no me fuera á tocar la aberturita que yo mismo hice! ¡Pero son tan porfiados! Con su permiso, don Manuel, voy á mandar al capataz que vaya á escape á disminuir el agua, y quitar el regador y poner otro. Ese badulaque perderá su trabajo... ¡Sea por amor de Dios! ¡En los apuros que lo ponen á uno!

Y Facundo se levantó apresurado.

—No hay necesidad de dar orden alguna—dijo Manuel.—Podrá ser verdad lo que usted dice; pero son abusos que se repetirán y estoy resuelto...

—No, don Manuel. Por nada en este mundo quiero quedar mal con usted. Voy á mandar disminuir el agua. Vuelvo al momento,

Y sin esperar lo que Manuel dijera, salió cojeando. Apenas afuera gritó:

—¡Menita! ¡Menita!

—¡Padre!—contestó de adentro una voz fresca y argentina.

—Ven pronto á acompañar á este caballero, mientras salgo á una diligencia.

Manuel se había levantado, y aún alcanzó á dar algunos pasos hacia la puerta, resuelto á decir una vez más su resolución á Facundo é irse; pero, cuando oyó que llamaba á Menita, volvió á su asiento. Al enojo sucedió una viva curiosidad. Una sonrisa vagó por sus labios al pensar que tal vez Menita sería alguna campesina forzada, gruesa y colorada, sin más gracia que la de hacer bonitos ramos. Luego sintió un andar breve y rápido, que iba retardándose á medida que se acercaba.

Entró Menita, tímida y ruborosa. Bien sabía ella qué caballero estaba en la pieza.

Manuel la miró de reojo, levantóse al punto y le dió los buenos días de la manera más afable é insinuante. Menita procuró dominar su turbación, y correspondió el saludo con cierto despejo, animada por la benévola acogida.

—Admirando estaba su precioso ramo, señorita—dijo Manuel. Y es de advertir que la palabra "señorita" se le cayó de los labios, ni más ni menos que si estuviese hablando con la hija de un banquero.

—No encuentro que este ramo merezca sus alabanzas—dijo Menita, confusa.

—¿Y por qué?

—¡Cuántos más bonitos no habrá visto en otras partes!

—Créame—dijo Manuel con entusiasmo—créame que difícilmente se verán en otras partes ramos más bonitos que éste ni manos más hermosas que las que lo han hecho.

Menita ocultó al punto las manos en su blanco delantal con tan encantadora sencillez, que Manuel habría borrado el "difícilmente" que acababa de decir, y puesto en su lugar un "no" redondo, si aquello no hubiese parecido cosa impropia y excesiva.

Menita, á los atractivos de la edad, unía los de una simpatía nada común. Era de estatura regular y muy bien proporcionada, derecha de espaldas, cogida de cintura. Andaba y se movía con mucho donaire. Tenía la boca pequeña y muy graciosa. El óvalo de la cara terminaba en una barbilla fina, delicada, que daba un as-

pecto infantil é inocente á la fisonomía, y este aspecto formaba provocativo contraste con la expresión de la mirada, penetradora, llena de viveza y de indefinible malicia. Como las flores exhalan aromas, así Menita parecía exhalar contento, frescura, lozanía, juventud—aromas de la primavera de la vida, que embriagan á las almas jóvenes, y que el alma más seca y gastada aspira con delicia porque parecen rejuvenecerla.

Manuel, que había comenzado á hablar con cierto atrevimiento y desplante, se sintió poco á poco invadido por extraña timidez. Casi no osaba mirar de frente á Menita; dos ó tres veces se ruborizó sin motivo, y llevó la conversación á cosas vulgares é indeferentes, en vez de llevarla á puntos escabrosos, como es de uso entre un joven rico y una muchacha del pueblo. Menita, por el contrario, estaba gozosa, desplegaba ingenuamente todas sus gracias, como la avecilla que se baña en la tibia luz del sol naciente.

En esto se sintió á lo lejos la voz de Facundo.

—Antes de irme—dijo Manuel con mal disimulada seriedad—quiero pedirle un favor.

—¿Cuál?—preguntó Menita, poniéndose también seria.

Manuel no pensó pedir el favor de esa manera, anunciándolo previamente, lo cual era darle importancia; pero no estaba muy dueño de sí mismo.

—El favor de darme un ramillete—dijo Manuel en tono breve.—En «Renaico» no se ven flores, y soy apasionado por ellas.

—Eso no es favor—dijo Menita.—Es una atención de dueña de casa que no pensaba olvidar.

En ese momento Facundo entró cojeando y Menita salió.

—Señor don Manuel—dijo Facundo—ya está todo arreglado, y espero que no volverá á tener motivo para quejarse de mí.

—Así podremos ser buenos vecinos—dijo Manuel con mucha suavidad y levantándose para retirarse.—Es preciso que en todo haya orden.

—¡Sabe Dios si no volverá algún indigno á ponerme mal con usted! Pero ya sabe, don Manuel, que yo no tengo culpa y que no soy capaz de faltar á mi palabra. Pregunte usted á cualquiera de los que me conocen aquí en Mellico, y verá si hay alguno que no diga que soy el hombre más honrado en mis tratos.

—Lo creo, don Facundo; pero usted comprenderá que, como vi el asunto, era para acalorar á un santo.

Habían salido al patio. El caballo de Manuel estaba pronto.

Menita llegó presurosa con un ramilletito de pensamientos, nomeolvides y hojas de malva.

—Como usted no tiene flores en "Renaico", le agrada-
rá llevar este ramilletito—dijo Menita ofreciéndolo á Manuel.

—Debías haber hecho otro más grande—observó Facundo.

Manuel dió las gracias, saludó cortesmente y montó á caballo.

Facundo y Menita lo miraban alejarse.

—Padre ¡qué lindo caballo!—exclamó Menita.—¡Cómo relumbran las chapas de plata de la silla!

Facundo no contestó.

—Dios quiera que el agua no me cueste muy caro— pensaba tristemente.

V

Manuel partió á galope. Poco más allá, sujetó el caballo y siguió al tranco.

Se puso á reflexionar. Manuel era de muy buen juicio todo lo pesaba y consideraba atentamente; su razón le hablaba con la cordura de un experto consejero y le señalaba con claridad el camino que debía seguir. Hasta ahí no más llegaba Manuel. Sin fuerzas para poner por obra sus buenas resoluciones, transigía consigo mismo y obraba según los dictados de la pasión.

Menita le había dado flechazo, y lo que Manuel sentía en su interior no era simple capricho, sino una inclinación amorosa, casta y limpia de todo mal deseo. Menita no podía despertar otra especie de sentimientos en corazones nobles.

—¡Sería curioso que me enamorase de esta muchacha! —pensó Manuel.

Sentía ya vehemente deseo de contemplarla de nuevo, de oír su voz. Varias veces volvió la cabeza y miró con ojos lánguidos el techo rojo de la casita, que aparecía entre los árboles.

—Y si vuelvo y me enamoro de veras ¿qué sucederá? —se preguntó.

La respuesta que se dió era la natural. Como aquí no había casamiento, aquello vendría á parar en la seduc-

ción de Menita. Facundo no era obstáculo serio, y la niña no podría resistir á tan bizarro amante. Pero esta seducción prevista, premeditada, sublevada la conciencia de Manuel, repugnaba á su fondo naturalmente bueno, y á la naturaleza misma del cariño que sentía hacia Menita. Manuel no era hombre que volviese las espaldas á un buen lance; pero para él no era buen lance aquel en que se engañaba á una mujer. La pureza y la inocencia le inspiraban respeto y sincera simpatía; y nada tenía de qué acusarse en este punto.

Después de reflexionar, determinó Manuel no ver más á Menita, con lo cual esperaba que pronto la olvidaría. Volvió por última vez los ojos en dirección á la casita, dió un espolazo al caballo y no paró de galopar hasta que llegó á «Renaico».

Más tarde, salió á recorrer sus trabajos, que le interesaron bien poco. Comió sin apetito y después se paseó largo rato en los interminables corredores del caserón. La gentileza de Menita lo asediaba y la soledad del campo, propicia á los vuelos de la imaginación, hacía germinar con gran rapidez el grano de amor que había caído en el corazón de Manuel.

Pensó en un viaje á Santiago; pero halló razones para diferirlo: el caso no era tan grave; desatendería sus negocios; el recuerdo de Menita lo seguiría á todas partes, y otras disculpas. Prefirió entrar en acomodamiento consigo mismo. Luego se le ocurrió uno pueril, es verdad, pero que halló fácilmente cabida en un alma sensible, que estaba bajo la influencia de un afecto suave, tierno, idílico, y, más que todo, en una alma prevenida y dis-

puesta á convenir en dicho acomodamiento. Manuel resolvió convertir el cariño de amante en cariño paternal, y mirar á Menita como hija adoptiva ó huérfana confiada á su custodia. De este modo podría verla y quererla sin peligro. Velaría por ella, sería fiel guardián de su honra, le buscaría un marido que la mereciese, y cuidaría de la tranquilidad de ese hogar.

La ocurrencia no podía ser más romántica y tentadora. Manuel se deleitó en ella: se vió desempeñando tan bonito papel; se miró á sí propio como mártir de su deber, como personaje interesantísimo.

Para llevar á cabo su resolución, Manuel consideró de absoluta necesidad ver de nuevo á Menita. Se daba una razón bastante sutil, pero muy clara.

—Cuando vi á Menita—pensaba—la miré con ojos amorosos, y el recuerdo que tengo de ella es el de una persona amada. Menita se me representa como contemplada desde un punto de vista que podría llamarse amoroso. Lo que primero veo en ella son las gracias y encantos que despiertan el amor. Ahora bien, para quererla paternalmente, necesito contemplarla desde un punto de vista paternal, de modo que descubra yo en Menita aquellas virtudes que hacen de una mujer la dicha y alegría del hogar. Y esto he de ponerlo en práctica luego, muy luego, antes que aquella otra imagen adquiera domicilio.

Manuel suspendió en este punto su meditación. Estaba contento; no del todo, porque bien conocía que en el fondo quedaba algo por aclarar, pero satisfecho, como

el hombre que halla una disculpa para dejarse arrastrar por su deseo.

Agregó también Manuel una cláusula que no creyó necesario discutir. Como en el día siguiente, á más tardar, vería á Menita, y como irrevocablemente la miraría desde entonces como padre á hija, se permitiría mientras tanto, á título de inocente distracción, recordarla y pensar en ella como se piensa en la mujer amada.

Con la autorización de esta cláusula, Manuel se embriagó en dulces contemplaciones, que el sueño no interrumpió.

Al día siguiente confirmó el convenio, y se dispuso á ir á Mellico inmediatamente; pero temió que dos visitas tan seguidas diesen qué hablar. Esperó dos días más, y siguió usando ampliamente de la autorización susodicha. Discurrió también una estratajema para no despertar sospechas en Facundo.

Dió orden á su administrador de que sin tardanza mandara un peón á tapar bien la toma de Facundo en el canal de «Renaico». Manuel pensó que Facundo, apenas supiese que le habían cortado el agua, vendría á «Renaico» á reclamar. Mientras tanto, él se dirigiría á Mellico, tomando por atajos para no encontrarse con Facundo, y, para mayor precaución, se ocultaría en alguna parte hasta que lo viera pasar á «Renaico». En Mellico, Manuel disimularía la visita con el pretexto de que iba á dar satisfacciones á Facundo por el asunto del agua, obra del administrador, que ignoraba el permiso dado por el patrón. Para que no se hicieran deducciones maliciosas de este exceso de cortesía, Manuel agregaría algo

sobre su rectitud, sobre que jamás había faltado á su palabra, y que no quería que se interpretara como muestra de poca seriedad una disposición en que no tenía parte alguna.

Salió como él lo pensaba. Oculto entre unos árboles, divisó á Facundo que iba á galope por el camino de "Re-naico", y al punto galopó Manuel en dirección á la casa de Facundo.

Quiso su estrella que encontrase á Menita en el corredor. Manuel la miró de soslayo y le pareció hermosísima. Procuró fortificar sus resoluciones, pero con desaliento. La miró otra vez, y el rubor de Menita y una graciosa sonrisa que entreabrió sus labios, disiparon de un soplo las ideas de paternidad de Manuel.

—¿Está don Facundo?—preguntó después del saludo, con el modo de una persona que pregunta algo sin que le interese la respuesta.

—Salió no hace mucho rato—contestó Menita.

—Lo siento. Necesitaba hablar con él.

—Puede ser que llegue pronto—dijo Menita.—Si usted quiere esperarlo, tenga la bondad de pasar á la pieza. No sé á dónde haya ido mi padre, por eso no lo mando llamar.. Iré, sin embargo, á ver...

—No se incomode... de ninguna manera... No tengo prisa. Descansaré un rato...

Entraron á la pieza.

Con gran disgusto vió Manuel á una mujer que estaba tomando mate al lado del brasero. Era Josefa.

—Mi madre—dijo Menita, presentándola tímidamente á Manuel.

—Señora...

Josefa inclinó un poco la cabeza y siguió ocupada en su mate.

El aspecto de Josefa era de lo más desagradable. Había engordado extremadamente y andaba siempre muy desaliñada. Cuando Manuel la vió, estaba envuelta en un pañuelo, á pesar de que hacía calor. Viejo y sucio era el vestido. Bien se echaba de ver que no se había peinado ese día. En las sienes tenía pegadas colillas de cigarro, remedio para el dolor de cabeza. Josefa, cuando pobre, fué ágil y trabajadora; pero la prosperidad, en vez de despertar en ella ambiciones, la convirtió en sér vegetal. Poco á poco se tornó en la criatura más apática del mundo: nada le interesaba, nada la conmovía. Desde que no necesitó trabajar personalmente, se entregó á la ociosidad más completa. No se movía más que para obedecer á Facundo. Vivía al lado del brasero, ó sentada en la tienda mirando á los que entraban y salían, ó comentando con alguna vecina los chismes que corrían. Menita era la que hacía todo en la casa.

—Siento no haber encontrado á don Facundo—dijo Manuel, algo fastidiado por la indiferencia estúpida de la dueña de casa.

—Salió... no sé...—murmuró Josefa entre dientes, escarbando el fuego para dar mejor colocación á la tetera de agua caliente.

—¿No tiene calor á la orilla del fuego? Hace bastante calor.

—No. Pocas veces siento calor.

—Ya se ve... Esto es muy fresco... ¿Y su salud?

—Me duele la cabeza.

Manuel comenzó á desazonarse. Se volvió á Menita para conversar con ella y la vió como avergonzada. Notó entonces que no había ramo en la mesa.

—¿Y el ramo?—preguntó.

—El último que hice se lo llevó el sacristán de la parroquia—contestó Menita.—Pasó por aquí y me lo pidió para llevarlo á la iglesia. Cuando hay alguna fiesta, nunca el señor cura deja de mandar pedir flores.

—Tendrá usted un bonito jardín—dijo Manuel.

—Es jardincito muy pobre. Si no es incomodidad para usted, podríamos ir á verlo, y usted elegiría las flores que le gustasen. Está aquí en el patio.

—Si la señora nos da permiso...

—Vayan no más—dijo Josefa sirviéndose un nuevo mate.

Salieron al patio. En el fondo lo cerraba una pared con un portón que daba al huerto.

Menita había dicho la verdad acerca de su jardín: era pobre, no tanto por la escasez de flores, como por la poca variedad de ellas.

—Está muy arregladito, muy limpio y cuidado—dijo Manuel.

—¡Las flores que hay son tan comunes y están tan repetidas!...

—Será por ahora. En pocos días más recibiré un paquete de innumerables semillas que encargué para el jardín de "Renaico", si lo que hay allá puede llamarse jardín. Le mandaré una buena parte.

—¡Cuánto se lo agradeceré!—exclamó Menita con

gozo infantil y ruborizándose ligeramente.—¡Qué bonito estará entonces mi jardín! Le devolveré sus semillas con los más lindos ramos que pueda hacer. Mientras tanto, le haré un ramillete como el que le di el otro día.

—¿Y sabe usted dónde lo tengo?

—¿Cómo lo he de saber?—dijo Menita inclinándose á coger flores.

—Lo tengo en la mesa de mi cuarto, de modo que lo miro á cada momento.

—¿De veras?—exclamó Menita, buscando con muchísima atención alguna flor que no encontraba.

—De veras, y antes que el ramillete se marchite lo pienso secar.

—¿Para qué, si va á llevar uno fresco?

—¡Oh! No es por eso...

Menita no preguntó más. Sin levantar la cabeza cortaba flores, las acercaba y las desechaba. Gran trabajo le costó el ramillete.

Manuel la contemplaba conmovido. Menita, rodeada de flores y fragancias, parecía en su propio lugar. Su vestido de percal blanco con menudos dibujos de color rosado bajo, adornado lo preciso, de corte sencillo, se ajustaba primorosamente al cuerpo y manifestaba contornos suaves, delicados y graciosos con la gracia virginal y la morbidez tentadora de la adolescencia. Un cinturón de un rosado más vivo le ceñía el talle. Una cinta del mismo color llevaba en la cabeza, y después de dos vueltas se anudaba al lado izquierdo. Otra cinta unía las trenzas, que se deshacían esponjadas en la espalda.

Manuel comenzó á sentir los desvanecimientos de la embriaguez amorosa.

Concluyó Menita el ramillete, pero no se atrevía á darlo.

Manuel, como si no reparara en eso ni esperara el ramillete, se adelantó hacia el portón, seguido por Menita, y entró al huerto.

—¡Qué espacioso huerto!—exclamó.—¡Y qué agradable aquella sombra!—agregó dirigiéndose á un grupo de castaños que había á poca distancia del portón.

Menita lo seguía silenciosa. Un vago temor se había apoderado de ella; notaba que la voz de Manuel era temblorosa y que en sus ojos brillaba un fulgor extraño.

Bruscamente Manuel dió una rápida ojeada á su alrededor y se volvió á Menita.

—¿Y el ramillete?

—Aquí lo tiene—respondió ella bajando los ojos.

Manuel, en vez del ramillete, cogió las manos de Menita y las besó con efusión.

Menita, sorprendida, asustada, hacía débiles esfuerzos por desasirse.

—¡Déjeme, déjemel!...—decía con voz entrecortada.—¡Si nos vieran!...

Manuel levantó la cabeza y soltó las manos de Menita. Estaba confundido, avergonzado de su arrebató.

—Menita... no he podido... —balbuceó.—¿Estás enojada?

—Volvamos, volvamos pronto—dijo ella toda trémula.—Tal vez habrá llegado mi padre.

—Menita—repuso Manuel con vehemencia—necesito verte, necesito hablar contigo. No pienso más que en ti, no sueño más que contigo... Vendré de noche cuando nadie me vea; te esperaré aquí mismo bajo estos castaños, y tú... ¿vendrás?

—Es imposible—dijo Menita.

—¡Imposible!

—Nunca. Es imposible, imposible—repitió Menita, y se dirigió al portón con paso vacilante.

—Aunque tú no vengas, vendré yo—le dijo Manuel en voz baja y siguiéndola.—En señal de que he cumplido mi palabra, cada noche dejaré una rama en aquella piedra.

Atravesaron el patio sin hablarse.

Manuel no entró á la pieza de recibo. Desde la puerta preguntó á Josefa:

—¿Ha llegado don Facundo?

—No.

—Adiós, señora.

—Adiós.

Manuel se despidió de Menita con sequedad. Apenas se alejó Manuel, Menita corrió á su cuarto á desahogar en llanto su corazón oprimido.

No había andado mucho Manuel cuando se encontró con Facundo que venía de vuelta.

—De su casa vengo—le dijo Manuel.

—Y yo de la suya. ¡Qué casualidad!

—Esta mañana anduve recorriendo el canal y vi que habían tapado la boca de su acequia. Por un olvido no comuniqué á mi administrador el permiso que usted tiene.

Pero no tenga cuidado que esto vuelva á suceder en adelante. Como andaba tan cerca de su casa pasé á advertírselo.

—Dios se lo pague—dijo Facundo humildemente.
Y se separaron.

VI

Por el mismo camino en que, cuatro días antes, iba Manuel embebido en los recuerdos de Menita y sosteniendo nobles luchas consigo mismo, iba ahora lleno de despecho y pensando en vengarse de la pobre niña.

Ni por un momento se le había ocurrido que, apenas declarara su pasión á Menita, dejase ella de corresponderle y rendirse. Y no porque creyese á Menita muchacha fácil y coqueta, sino porque le parecía cosa nunca vista que una campesina resistiese al amor de un joven rico, de familia distinguida, de buena presencia, de modales finos y seductores. Pero aquel "imposible" que acababa de oír lo había exaltado, le había lastimado el amor propio. ¿Acaso Menita hacía gala de virtud para excitarlo más? ¿Se imaginaba que alguna vez podría casarse con él? Bien podía ser. Ella era muchacha aguda, perspicaz y más educada de lo que suelen ser las de su clase. Nada de raro tendría que aspirara á subir. Pero él no era tonto y no se dejaría prender en esos lazos. No, por cierto. Iría esa noche al huerto, y las siguientes, hasta quebrantar á Menita, y entonces, sin engaño ni promesa alguna, se vengaría de esos desdenes de gran señora.

Dos horas después, Manuel había cambiado. Cuando llegó á su casa, á ese caserón triste y desmantelado, cuando vió en la mesa el ramillete marchito, la imagen de Menita se levantó de nuevo á sus ojos, radiante de pureza angelical y de inocentes hechizos. Manuel se sintió abatido. La manera casi descortés como se había despedido de Menita lo atormentaba. ¿Qué culpa tenía ella? ¿De qué podía acusarla? ¿Por qué suponer en ella intenciones y manejos claramente incompatibles con la sencillez, modestia y sinceridad que manifestaba en todas sus acciones? Y discurriendo de este modo llegó Manuel á mirar á Menita como á la criatura más adorable, y á la negativa en acudir á la cita como prueba patente de inocencia y verdadera virtud. Aquello que poco antes lo exaltaba, habíase trocado á sus ojos en la más amable de las prendas que adornaban á Menita.

Al despecho se siguió en Manuel un amor humilde y contemplativo. Decidió ir desde esa noche misma al huerto, como había pensado. No creía encontrar ahí á Menita; pero no dudaba de que fuese todos los días á ver si estaba la rama en la piedra. La constancia de su amante la ablandaría al fin, é iría al huerto. Entonces Manuel, en vez de dejarse llevar de un amoroso arrebatado como en la otra ocasión, se mostraría tan respetuoso que Menita no podría dejar de creer en la sinceridad y rectitud de su amante, y le correspondería, y cada cita sería la más dulce de las églogas.

Luego que comenzó á oscurecer, Manuel montó á caballo y salió en dirección opuesta á Mellico. Cuando se alejó lo suficiente, dió un rodeo atravesando cercados

y llegó á los pies de la casa de Facundo. Ocultó su caballo entre unos árboles, escaló la pared sirviéndose de unos maderos que halló por ahí cerca, y se descolgó en el huerto por las ramas de una higuera que caían afuera. Una vez abajo, guiándose por la pared, caminó hasta dar con el portón, y de ahí se dirigió á los castaños.

Menita no vino. Manuel la esperó hasta cerca de la media noche, cortó la rama y la colocó en la piedra poniendo mucha atención en la manera cómo quedaba.

En la noche siguiente halló la rama sin que la hubiesen tocado. Menita no pareció, y Manuel, después de cortar otra rama, volvió á «Renaico» con principios de desaliento.

En la tercera noche, Manuel no sólo se volvió desalentado realmente sino más frío. Lo que en él no conseguía la voz de la razón y de la conciencia, lo conseguían las dificultades.

—Al fin y al cabo—se dijo—no es broma viajar todas las noches, pasar horas enteras al sereno, exponerse á las hablillas de los sirvientes, á ser sorprendido y dar escándalo... ¡Quién sabe si Menita habrá contado ya el caso á sus amigas y andaré como objeto de risa!...

Manuel se vió en situación ridícula. ¿Qué dirían sus amigos si supiesen que Manuel Pasta, el afortunado Manuel Pasta, sufría resignado los desdenes de una campesina?... Era menester olvidar cuanto antes este capricho, y volver tranquilamente á los trabajos agrícolas. Por otra parte, ya era tiempo de arreglar un plan de distribución de las horas y someterse á él seriamente. Y ¿por qué no haría un viajecito á Santiago? Nada

más oportuno y más prudente. Se divertiría una semana, olvidaría del todo á Menita y volvería curado de su pasión. La sentía ya muy mansa.

Al día siguiente, Manuel partió á Santiago. Antes de irse, por vía de desquite, envió á Menita el paquete de las semillas, con el siguiente recado que repitió varias veces al sirviente: «El patrón le manda las semillas que le prometió, y dice que cuando vuelva de Santiago le traerá más». La segunda parte del recado no tenía más objeto que hacer saber á Menita la partida, y manifestarle que Manuel se iba frío é indiferente y no enojado, como pudiera creerse.

Menita, mientras tanto, se hallaba combatida por desconocidos sentimientos. La gallarda apostura del dueño de «Renaico» había aparecido en sus sueños, aun antes de que lo conociese. Después de verlo encarnó en él cierto ideal de amante que, de tiempo atrás, la halagaba dulcemente. Dicho ideal se parecía, más ó menos, al príncipe de los cuentos, venido de luengas tierras y enamorado de alguna peregrina hermosura oculta en el fondo de una aldea. Menita amó á Manuel con el idealismo, la pureza y la timidez del primer amor. Sus ilusiones no llegaban hasta un casamiento, que miraba como imposible, ni siquiera á una correspondencia declarada de parte de Manuel: verlo, serle agradable, era cuanto ella aspiraba. La escena de los castaños la conturbó hondamente. No se conquista á un corazón virgen con violentos asaltos, sino atrayéndolo insensiblemente y con suavidad. La violencia lo asusta, lo atemoriza, le pone delante una realidad que parece brutal y grosera comparada con las

tiernas ilusiones en que se mece y con las delicadas emociones que ellas le causan. Menita se negó á acudir á la cita obedeciendo á un impulso instintivo. Después que Manuel se alejó, quedó entregada á indecible turbación. Cuando comenzó á cerrar la noche, hubo de fingirse enferma para disimular su angustia y zozobra. Al día siguiente, lo que primero hizo fué ir á ver si estaba la rama en la piedra, y ahí estuvo buen rato viendo imaginariamente á Manuel que la estaba esperando, como el amante más humilde. No tocó, sin embargo, la rama, temerosa de que Manuel lo notase y cobrara esperanzas. Luego la compasión comenzó á ablandar á Menita, conforme se iba borrando y suavizando la impresión que le dejó el arrebató de Manuel. Tuvo, empero, fuerzas para no ir al huerto ni en la noche de aquel día ni la siguiente. Ya la vencía la constancia de Manuel. Á Menita se le ocurrían razones muy aceptables para ir á la cita. Era preciso desengañar formalmente al joven y manifestarle que nada conseguiría con sus venidas nocturnas. Por otra parte, la exponía á perder su buen nombre, porque si Manuel era descubierto, en Menita se ensañarían las malas lenguas. Pensó, pues, ir al huerto, decir rápidamente á Manuel estas razones y retirarse al punto, sin detenerse á escuchar súplicas de ningún género.

Revolviendo estaba tales proyectos cuando recibió el recado de Manuel. Menita lloró amargamente su desdicha. Era claro: Manuel desistía de amarla. Y, acaso ¿no tenía razón? Menita se reconocía culpable, se acusó de crueldad, de ceder á temores imaginarios. Él no la exi-

gía más que verla, hablar con ella, pasar deliciosos ratos á su lado. ¿Qué había en esto de malo?... ¿Por qué pres-
tó oído á escrúpulos infundados?... Pero ya no era tiem-
po de volverse atrás. Manuel no vendría más á esperarla
bajo los castaños; no más dejaría la rama en la piedra;
no más sentiría ella la angustia y el goce íntimo que la
embargaban cuando sabía que su amado la estaba aguar-
dando oculto en la misma casa, y que, si ella lo quisiera,
podría estar á su lado sola, sin testigos.

Menita guardó su amor en el fondo del corazón.
Cuando recobró la serenidad, vió el peligro á que había
estado expuesta, y dió gracias al cielo por haberla libra-
do de caer en él. Á la hora en que Manuel solía venir,
Menita iba á sentarse bajo los castaños, entregada á sus
ilusiones y recuerdos.

VII

En Santiago, Manuel no faltaba á tertulias, bailes ni
fiestas. Su madre y amigos extrañaron, como era natu-
ral, tan repentinos deseos de aturdirse en el bullicio del
mundo; pero él confesó francamente que era muy triste
vivir en el campo sin compañera, y que tenía deseos de
casarse. El deseo era en extremo loable, y doña Luisa
fué la más presurosa en alentarle. Su marido no había
trabajado en el campo, y por eso no tenía la señora ex-
periencia alguna acerca de ciertos peligros que cercan
en el campo á un joven soltero. Una su amiga que bien
los conocía, por haber residido algunos años en una ha-
cienda, dió sanos consejos á este respecto á doña Luisa,

cuando ésta le participó la partida de Manuel á «Renaico» y los corroboró con ejemplos tan palpables, numerosos y auténticos, que doña Luisa se alarmó. Aquellos repentinos deseos de casarse que Manuel manifestaba, confirmaron á sus ojos la existencia de tales peligros, y al mismo tiempo le infundieron alta idea de la bondad de Manuel, que buscaba modo de no caer en ellos.

Lo cierto era que Manuel más procuraba olvidar á Menita que poner en su lugar otra con quien pudiera casarse, y, poco á poco, lo iba consiguiendo. Pasaba horas enteras sin pensar en ella, luego fueron días; de tal modo que la imagen de Menita no lo achispaba más que un vino desvanecido.

Una de esas noches, oyó en el teatro *La Sonámbula*. Muchísimas veces la había oído en ocasiones anteriores; pero sólo entonces le pareció comprenderla. Desde que se presentó Amina, Manuel creyó ver á Menita: imaginó que era él mismo el conde Rodolfo y, como un relámpago, le vino al pensamiento que Menita amaba tal vez á otro. Y ¿cómo sabía si no estaba de novia? Y, á estarlo ¿no era seguro que el novio habría entrado en sospechas, y que Menita se vería en grande aflicción, buscando cómo probar su inocencia?

Mientras escuchaba la música, Manuel se propuso averiguar, tan luego como llegase á «Renaico», si Menita tenía novio y en qué estado se encontraban las relaciones. En caso de que el otro Elvino estuviese agraviado y celoso, lo mandaría llamar, lo tranquilizaría y haría cuanto estuviera de su parte para que se casasen pronto y fuesen felices. Y Manuel sintió un gran contento inte-

rior, al pensar que esas dos criaturas le deberían la felicidad y lo llamarían bienhechor.

Pero donde su emoción subió de punto fué en el coro de la introducción del segundo acto. Aquellos sencillos aldeanos, que buscan lo más espeso y sombrío del bosque para conversar sobre la desgracia de Amina y buscar consuelo por la pérdida de esa honra, que era la honra de la aldea, le parecieron á Manuel los pobladores de Mellico. Y no sólo miraba en ellos á los pobladores de Mellico sino á toda la gente honrada del mundo, y su aflicción era la aflicción de toda conciencia justa delante de un crimen. En esos coros se ve al verdadero pueblo, al pueblo que es la voz de Dios, como el que representaban los coros de las tragedias clásicas.

La emoción habría sido tal vez menor si en aquella condenación del crimen hubiese habido cólera ú osadía; pero nada de eso. Son los aldeanos tradicionales: buenos, humildes, sensibles. Para tomar una resolución y dirigirse á un noble, que consideran como sér superior, necesitan alentarse mutuamente:

Eccellenza... direm con coraggio!

Las palabras significaban el pensamiento de aquella pobre gente; la música manifestaba el sentimiento que dominaba sus almas. Manuel no pudo contener las lágrimas en aquella frase de melodía tan triste, tan sencilla:

Signor Conte, la povera Amina

Era dianzi l'onnoꝝ del villaggio.

¿No podrían decirle eso mismo á él? ¡Ah! No. Ahora, como antes, Menita era inocente y pura; como antes lo era, Menita podía ser ahora el orgullo de su aldea, y nadie cuidaría más que Manuel de conservar intacta la honra de la bella campesina. ¡Cómo celebraba interiormente que Menita no hubiese ido al huerto cuando ahí la esperaba! ¡Cuáles no serían ahora sus remordimientos, si en un rapto de amor hubiese abusado de la debilidad de la pobre niña! Manuel estaba gozoso y enternecido á un tiempo, como el que acaba de librarse de un riesgo inminente. ¡Oh! No volvería más á ponerse en él. Sentía que la pasión había desaparecido, y resolvió no soplar esas cenizas donde aún podía quedar fuego.

Pocos días después, volvió Manuel á «Renaico», tan tranquilo de corazón, tan ganoso de trabajar, tan dispuesto á seguir su plan de distribución de las horas, como antes de haber conocido á Menita.

Manuel llegó á «Renaico» á mediodía. Almorzó, habló largamente con su administrador y, al declinar la tarde, salió al campo. Con singular satisfacción vió el estado de sus trabajos, los barbechos por terminarse, el regadío bien atendido. No pudo menos de felicitar al administrador, á pesar de que don Fernando le había dado como regla de campo que nunca se manifestase satisfecho de sus empleados y sirvientes delante de ellos mismos, sino que se limitase á aprobar con algunas reservas lo bien hecho, para que pusiesen más empeño y lo hiciesen mejor.

No menor satisfacción tuvo al ver sus ganados. Los animales en engorde estaban rozagantes, juguetones,

con el pelo lustroso. Manuel se entretuvo en verlos perseguir á sus perros con fuertes resoplidos. En la crianza, los terneros dejaban sus juegos para mirar á Manuel con curiosidad y viveza, enderezando las orejas, y luego corrían triscando á encontrar á sus madres que ya venían á protegerlos. En el potrero, vió á sus caballos lucios y gallardos, entregándose á desenfrenadas carreras por el prado.

La primavera se hallaba en todo su esplendor.

El caballo de Manuel hollaba flores silvestres á cada paso. Los árboles ostentaban al sol hojas tiernas, brillantes, húmedas de savia. En las vegas, los canelos y arrayanes erguían sus ramas floridas, como si en ellas hubiesen caído ampos de nieve. Las exhalaciones de la tierra húmeda, el olor de los retoños, del pasto nuevo y florido y de la hierbabuena impregnaban el ambiente, le daban cierta fragancia penetrante, fresca y vivificadora.

La belleza del espectáculo cautivó á Manuel. Dejó de mirar los animales y subió á un alto para contemplar un paisaje más extenso.

Los valles, las colinas, los cerros se hallaban cubiertos de variada verdura que el sol de la tarde bañaba con su lluvia de oro. Los caminos y senderos semejaban cintas anaranjadas extendidas caprichosamente en una alfombra teñida de cien verdes distintos. Las cercas de álamos se divisaban como rayas oscuras que dividieran el campo en diversas direcciones. Por el lado del oriente se alzaban montañas enormes, erizadas de robledales; en pos sobresalían otras de cimas desnudas y escarpadas; en último término asomaban, á trechos, picos nevados,

cuyos nítidos contornos se destacaban con maravillosa limpieza en un cielo terso y diáfano como lámina de cristal. Hacia la costa se levantaban montes más humildes. Ambas cadenas de montañas dejaban en descubierto, al norte y al sur, un dilatado horizonte con cerros azules y más allá otros cerros más vaporosos, y más allá otros que parecían tenues brumas.

Manuel aspiraba á dos pulmones el aire purísimo, como si quisiera absorber el exceso de vida de la naturaleza. Se sentía ágil, sano, vigoroso, de empuje irresistible, capaz de cualquiera empresa. Su inteligencia estaba despejada, su voluntad firme y resuelta: ¡podría cuanto quisiera! Su pecho rebosaba de entusiasmo; cantos ya grandiosos, ya apasionados afluían á sus labios. Le asaltaban ímpetus de correr, correr como los potros por la viciosa pradera.

Cuando llegó á la casa, era ya tarde. Comió, y salió á pasearse por el corredor.

Era noche de luna. Manuel, después de pasearse un rato, se sentó á contemplar la luna, dejando vagar su imaginación en proyectos de futuras obras artísticas. De ahí pasó insensiblemente á esas regiones ideales que los deseos, las ilusiones, los recuerdos de lo pasado pueblan de imágenes inciertas y vaporosas; pero tan llenas de vida y de expresión, que afectan al alma como si fuesen realidad.

El que se pone á soñar despierto no sabe á dónde irá á parar con el pensamiento. Á veces está persiguiendo algún ideal de verdadera belleza que lo levanta, purifica y ennoblece; y la más leve asociación de ideas suele ponerle

delante un tipo de belleza engañosa que lo conturba, lo fascina y lo baja á la tierra.

Manuel interrumpió de pronto su contemplación. Movió la cabeza, se encogió de hombros, se hizo á sí propio manifestaciones de indiferencia. Un ligero estremecimiento le vino en seguida. Esta vez, Manuel se levantó desasosegado, y comenzó á pasearse á grandes trancos. Sentía en su interior los anuncios de una tempestad que se levantaba, que ya crecía con rapidez. Su imaginación excitada le presentaba á Menita, no candorosa é inocente como era, sino ardiente y voluptuosa. Aquella expresión singular, ingenua y maliciosa á un tiempo, de la fisonomía de Menita, aumentaba ahora desmesuradamente á los ojos de Manuel. Ese contraste aparente lo excitaba, lo provocaba, le ofrecía goces de refinada voluptuosidad. Y todo esto no era pura fantasía. No costaría mucho probarlo. Á caballo y andando ligero, estaría en una hora en el huerto de Facundo. Bien podría suceder que Menita anduviese en el huerto, y si no ¿qué dificultad habría en sobornar á un sirviente?

Manuel, junto con escuchar la voz del deseo, procuraba apartar de sí tan tentadora imagen; pero donde ponía el pensamiento, ahí la veía. No pudiendo desecharla, la combatió de frente. Traía unas reflexiones tras otras, á cual más lógica y sensata; pero apenas tocaban á la visión, se eclipsaban, se desvanecían. Se esforzó en levantar en su pecho aquellos sentimientos que había despertado en él *La Sonámbula*, pero no lo consiguió. Al contrario, parecía que mientras más empeño ponía en combatir la tentación, más fuerzas ella tomaba.

—Bien está—se dijo Manuel.—Ande mi imaginación donde quiera; pero lo que es ir al huerto... no haré tal.

Y se esforzó en tomar á capricho aquello de no ir al huerto. ¡Cómo! ¿No tenía voluntad propia? ¿No podría resistir alguna vez á sus pasiones? ¿No era una vergüenza que en el día pensase de una manera y en la noche obrase de otra? Era preciso desplegar energía y salir triunfante.

Fué á su pieza, sacó el plano de la nueva casa para examinarlo y distraerse.

Su mente se ofuscaba. Fríos y contracciones repentinas lo sacudían de arriba abajo. Rayó el papel con mano febril y lo tiró á un cajón.

Pensó que fatigando el cuerpo tal vez amortiguaría las imaginaciones que lo excitaban. Salió, pidió una hacha, y se puso á rajar leña. Menudeó los hachazos con tal furia, que á los pocos minutos quedó rendido; pero ese ejercicio corto y violento le enardeció más la sangre. Su imaginación voltejeaba siempre en el mismo punto.

Manuel se desalentó y permaneció un rato sentado, con la cabeza en las manos.

De repente se levantó, como obedeciendo á un llamado contra el cual era impotente, salió al corredor de afuera y llamó á su sirviente.

El sirviente no vino porque estaba profundamente dormido en un extremo del corredor.

Manuel lo buscó y, casi al oído, le gritó con voz irritada:

—¡Faustino! ¡Faustino!

Faustino se movió como para espantar una mosca y siguió roncando.

Manuel nunca trataba con rudeza á los criados, pero esta vez dió un fuerte puntapié á Faustino.

—¡Ah!... ¿Quién?... Patrón... —exclamó Faustino, levantándose al punto.

—Hombre—le dijo Manuel con suavidad casi fraternal—está tan bonita la noche... tengo ganas de salir... Ensíllame el caballo.

Faustino fué tambaleándose. Manuel, en tanto, pateaba de impaciencia.

Montó á caballo y salió muy al paso, como quien va á tomar el fresco después de comer. Más allá entró á un cercado. Luego después espoleó con furia el caballo, sin detenerlo en barrizales ni espinares. Mientras corría, deseaba interiormente que surgiera un obstáculo invencible, ó que Menita no fuese al huerto ó que él no encontrara sirviente á quien sobornar. Quería que la naturaleza reflejase ó acompañase la lucha de su alma; pero esa noche era de las más tranquilas: en el cielo no blanqueaba ni una ligera nubecilla, y la luna iluminaba los senderos con su luz sosegada.

Dejó el caballo donde solía, y se quitó las espuelas. Escaló la pared y, buscando las sombras, llegó á los castaños. Se sentó en la piedra donde dejaba las ramas y esperó.

Menita no venía.

Manuel comenzó á sentir cansancio y reacción. Sus nervios se aflojaban. Sobornar á un sirviente le pareció cosa impracticable y ridícula, y la imposibilidad de ver á

Menita iba calmando su excitación. Un cuarto de hora más, y habría vuelto á su casa avergonzado de sí propio, indiferente, frío y haciendo propósitos de nunca más dejarse arrastrar á tales locuras.

Sintióse un ruido en el portón.

Manuel se levantó con un movimiento nervioso. El corazón le latía con extraordinaria violencia, las piernas le temblaban. Con las manos crispadas se sujetó á un tronco.

Menita entró al huerto, y con paso tranquilo se dirigió hacia los castaños.

Mientras la miraba con ojos fascinados, Manuel oía un grito supremo de su conciencia:—«¡Huye, huye! queda tiempo todavía!»—Pero no se movió, siempre con la vista fija en Menita, que se acercaba más y más. Al pasar por una parte la bañó la luz de la luna. El vestido de color claro que llevaba Menita resaltó suavemente en las sombras, dándole un aspecto vago y vaporoso.

Manuel la contemplaba con voluptuosidad infinita. La voz de la conciencia ya no lo turbaba. Tenía delante á la náyade de su fantasía, y, olvidándolo todo, corrió á encontrarla.

—¡Menita mía!...

Menita lanzó un grito sofocado: grito de sorpresa, de angustia, grito de la debilidad vencida, y cayó sin fuerzas en los brazos de Manuel.

VIII

Los sirvientes de «Renaico» no habían hecho alto en

las salidas nocturnas de Manuel, antes de su viaje á Santiago; pero después de ese viaje, no pasaba noche sin que Manuel saliese, y hubieron de reparar en ello. Sospecharon qué sería; pero no era cosa que los escandalizase: estaban acostumbrados á las mocedades de los patrones. Hubo, simplemente, curiosidad de saber quién era la favorecida, curiosidad que, en las mujeres de «Renaico», iba acompañada de su poco de envidia. ¡Ahí era nada que el patrón reparase en una, y un patrón tan bueno y generoso como don Manuelito! Se le podían hacer ascos á don José María porque era viejo, cicatero y roñoso hasta la pared de enfrente; pero ¿cómo hacérselos á un caballerito tan guapo y maniaberto como el patrón nuevo? Las comadres preguntaban, indagaban, hacían pesquisas; pero quedaban en las mismas. Nadie se atrevía á seguir á Manuel.

Hubo, sin embargo, uno que lo intentó.

Pablo, el hijo del carpintero, estaba de novio con la moza más bien parecida, más coqueta y galanteada de «Renaico». Era muchacho muy zángano, y que no valía dos cominos; pero su padre, hombre trabajador y juicioso, poseía algunas yuntas de bueyes y buenos caballos, y la expectativa de la herencia hacía aparecer á Pablo, con ser lo que era, como uno de los novios más apetecibles del lugar. Mariquita, que así se llamaba la muchacha, aceptó presurosa los obsequios de Pablo y se dieron palabra de casamiento, con gran gusto de sus respectivas familias.

Pablo, por la bonita cara de su novia y por ciertos antecedentes que de ella tenía, sospechó que debía de ser

Mariquita la visitada por el patrón, y no bien dió cabida á la sospecha, se le ocurrió un proyecto que lo hizo saltar de gozo.

Una vez comprobada la infidelidad de Mariquita, pensó Pablo presentarse á ella enojado, muy enojado. Le diría desde una hasta ciento, y acabaría amenazándola con romper el casamiento. Se manifestaría insensible á las razones, halagos y súplicas de Mariquita; pero cuando fuese tiempo de que ella le dijese:—"Bueno está; cástate con otra. ¿Qué se me da á mí?", entonces se haría el ablandado y consentiría en perdonarla; pero con una condición: que le consiguiese de don Manuel un empleo desocupado y con buen sueldo.

Pablo vió la cosa hecha. Esa misma noche, después de retirarse del rancho de Mariquita á la hora de costumbre, las ocho más ó menos, se ocultó en los alrededores y rondó hasta el amanecer. Con gran desmayo no vió que Manuel se llegase por ahí, ni lo vió en dos noches más que hizo la guardia.

Cambió entonces de plan. Determinó seguir á Manuel hasta donde parase, y, luego que supiera quién era ella, buscaría modo de romper con Mariquita y deshacer el casamiento, para quedar libre, cortejar á la favorecida del patrón, darle palabra de casamiento y conseguir de ella el empleo que se dijo.

Esta vez sí que pensó no errar el tiro.

Al anoecer, se escondió cerca de la casa del fundo, porque Manuel no seguía nunca el mismo camino. Así que Pablo lo vió salir, echóse á andar en pos á regular distancia y con las debidas precauciones. Manuel no era

tan desprevenido que, de cuando en cuando, no volviese la cabeza á ver si alguien lo seguía, y luego notó aquel bulto que caminaba por donde él caminaba. No dudó de que fuese algún sirviente curioso, y, para cerciorarse, tomó por atajos y vericuetos, y el bulto también tomó por ahí, muy á la disimulada. Manuel volvió entonces el caballo y se fué derecho hacia Pablo. Éste no pensó en huir ni en esconderse, porque se arriesgaba á que lo tomasen por ladrón, y rápidamente inventó una mentira.

—¿En qué andas?—le preguntó Manuel con tono altanero.

—Iba... venía... á buscar una bestia, que me dijo mi compadre Angelito...

—Yo te enseñaré á buscar bestias á tales horas—dijo Manuel sacudiéndole dos buenos ramalazos, y le ordenó, de postre, que al día siguiente se mandase mudar de la hacienda.

—Rico habías de ser para ser tan bruto—murmuró Pablo volviendo el caballo.

En su rancho contó el suceso, haciendo caso omiso de los ramalazos. Todos quedaron espantados de que el patrón hubiese despedido á Pablo sin más culpa que una simple curiosidad, y con esto mismo se aumentó la que tenían. Si antes no se atrevían á seguir á Manuel, ahora ni lo pensaban; pero las hablillas subieron de punto, y no tardaron en pasar á Mellico.

Josefa las recogió en la tienda, y luego fué á comunicar el descubrimiento á su marido. Creía distraerlo con esto. Facundo había pasado la noche muy intranquilo.

Salió á deshora, volvió, salió de nuevo, y se acostó muy tarde. Ese día había amanecido con el humor terrible.

—Facundo,—le dijo Josefa—acabo de saber que el caballero de «Renaico» tiene una querida.

—Y á ti ¿qué te importa?—replicó Facundo con voz irritada.

Josefa estaba acostumbrada á esos malos modos y no se inmutó.

—¿Qué me importa? Nada. ¿Qué nos importa á nosotros? Allá se las avengan. Y ¿no has oído decir quién será?

—¡Dale! ¿No estoy diciendo que te calles?

—Y ¿qué es pecado hablar de eso? Parece que hubieras tomado pólvora.

—Josefa, no te andes con bufonadas, porque en nada está que me saque una espuela y te pasee la rodaja por la cara.

Josefa miró á Facundo, y lo vió con el semblante tan demudado que temió que la amenaza se cumpliera, si replicaba. Callóse, muy espantada de esa irritación tan sin fundamento, y que no podía atribuirse á un rato de mal humor.

En esto entró Menita á la pieza y Facundo salió.

—No sé lo que le ha entrado á Facundo—dijo Josefa á Menita.—Desde esta mañana anda como perro bravo: por una nada muestra los dientes, y anoche anduvo hasta tarde con entradas y salidas, y no pegó los ojos. Ahora casi me come porque le dije que el caballero de «Renaico» tenía una querida.

Menita se puso pálida, y se sentó en un rincón oscuro de la pieza.

—¿No sabes tú lo que tendrá Facundo?—preguntó Josefa.—¿No has notado que parece otro?

—Quién sabe qué le habrá pasado—dijo Menita.

—Es muy raro... Esta mañana amaneció enfermo un buey: ni caso hizo; y cuando se le enferma algún animal casi despide al vaquero. Apenas se entra el sol, ya está roncando; y anoche... Y tú ¿qué tienes?—añadió Josefa, mirando á Menita.

—Nada, madre.

—¿Cómo nada? Estás pálida. Algún constipado... Harías bien en irte á acostar. El tiempo está muy fresco... Hace días que andas así... distraída... ó no sé cómo...

—No siento nada—repitió Menita con voz débil.

—Así será; pero es lo cierto que todos parecen cambiados. ¿Pues no digo que hace poco vi á Antonio cari-largo y seriote como si le hubiera sucedido una desgracia? Algún enredo debe de haber; pero ya se desenredará solo. Á mí ni me va ni me viene.

Y salió para ir á la tienda.

Menita quedó en su rincón, temblando y presa de la mayor angustia.

Grandes trastornos había experimentado desde aquella noche en que cayó sin fuerzas en los brazos de Manuel.

Los primeros días anduvo inconsciente, como soñando. Luego después, su honra perdida, la aflicción de sus padres cuando supiesen la desgracia, el descrédito, los

chismes de las envidiosas; todo eso se atropellaba en su mente como un cúmulo de desgracias que nunca habían de acabar, y que amargarían hasta el último instante de su vida. Se veía despreciada por sus amigas, ridiculizada por sus antiguos pretendientes, caída en lo último de la degradación y de la infamia. Menita, entonces, se desesperaba, no hallaba á quién acudir. Á su alrededor no veía más que acusadores, é interiormente le parecía ver que su ángel bueno le volvía las espaldas. Unas veces, cuando estaba arreglando á sus hermanitos, que le hacían inocentes caricias; ó cuando al servir á Facundo, notaba en sus ojos alguna mirada cariñosa, culpaba á Manuel y lo aborrecía. Él le había robado la honra, abusando de su debilidad; por él iba á perder el aprecio de todos, el cariño de sus padres y de sus hermanitos. Otras veces, cuando volvía á su cuarto, trémula aún de las apasionadas caricias de Manuel, quería abandonarlo todo y huirse con su amado como querida, como sirviente, como quisiera llevarla.

Estas agitaciones se fueron sosegando poco á poco. Menita prestó atento oído á ciertos cuentecillos que antes la ruborizaban sin comprenderlos, indagó con disimulo, y vino en conocimiento de que la falta en que había caído y que tan amargos ratos le hacía pasar, era en Mellico de las más excusables. Supo también que los mozos de por ahí no eran nada exigentes con sus novias en este punto. Respecto á los enojos de los padres, averiguó que más eran bulla que otra cosa. Así como cuando se les moría un animal se consolaban con esta reflexión: «Estaría de Dios que le llegase la hora», así

cuando se les desgraciaba alguna hija, rabiaban hasta una semana y acababan por consolarse con esta otra reflexión: «Sería su cometa», ó «su estrella».

No pensaba Menita que su caso fuese tan sencillo como los demás, tanto por la calidad del amante como por el cariño de Facundo, que era cien veces más hondo que el que suele tener un rústico á su hija predilecta. Confíaba, sin embargo, en que influirían en Facundo las costumbres de Mellico: se enojaría y rabiaría más que los otros; pero á fin de cuentas se resignaría como ellos.

Menita no abrigaba cuidado alguno en cuanto á su madre. Josefa la quería, y mucho más que á los hijos de Facundo; pero había cundido en ella esa especie de fatalismo ó de resignación idiota que suele engendrar el vicio de la ociosidad. Por no buscar remedio á las cosas que podían tenerlo, las calificaba al punto de irremediables; por no padecer intranquilidades y exponerse á dolores de cabeza, no admitía desgracias, sino cosas inevitables, cosas hechas, en las cuales ya no había para qué pensar.

Menita llegó á temer únicamente que le impidiesen ver á Manuel, ó que Manuel la abandonase. Lo primero no la preocupaba mucho, á decir verdad. En Mellico, los padres de familia que se hallaban en las circunstancias de Facundo, no tardaban en comprender que, con llevar adelante su enojo, no sólo no remediaban la desgracia, sino que perdían ciertas positivas ventajas que ella solía traer. Después de indignarse el tiempo preciso y de una manera pública, para que nadie dudara de su

honradez, cerraban un ojo, y tan amigos como antes. Facundo muy bien podría hacer lo mismo, y casi con más razón que los otros, porque nadie ignoraba que Menita no era hija suya.

En cualquiera otra ocasión, Menita se habría horrorizado de todas estas miserias que había conocido en tan poco tiempo; le habría repugnado la ruindad de esa gente codiciosa que cifraba el principal fin de la vida en la ganancia segura y tranquila, y que la consideraba como suprema absolución de toda culpa. Ahora, empero, esas miserias, esa codicia y estupidez eran su mayor consuelo, y cada noticia que se las manifestaba era nuevo alivio para su afligido corazón.

Si Manuel la abandonase ¿qué haría? ¿Qué sería de ella? Este pensamiento, este temor ahogaba cualquiera otro en el alma de Menita. Amaba á Manuel con locura. Entre uno y otro habían desaparecido las diferencias de rango y riquezas. Menita no tardó en conocer el fondo noble y bueno de Manuel, su carácter débil y aniñado y, con eso, por extremo simpático. Vió que no era un seductor, que no lo había guiado ningún mal deseo, sino que la pasión lo había vencido. Manuel, por su parte, admiraba la perspicacia, el entendimiento y el natural ingenio de Menita, y se sentía hondamente conmovido por el amor ingenuo y sin reserva que ella le manifestaba. Á los primeros transportes habían sucedido caricias tiernas, delicadas, respetuosas. Hablaban de todo. Menita se interesaba por los trabajos agrícolas de Manuel, y acerca de ellos le daba buenos consejos; le preguntaba por su familia, lo instigaba á que fuese á ver á su madre con fre-

cuencia. Muchas veces, cuando permanecían algún rato en silencio, tranquilos y confiados, gozando de ese bienestar dulcísimo que se halla al lado de la persona amada, decía para sí Manuel—“¡Si fueras mi esposa!...” y Menita pensaba:—“Si fueras mi esposo!...” pero ambos se apresuraban á ocultar esos pensamientos, como si temiesen que los labios los descubrieran.

Tal era el estado de Menita, cuando Josefa le preguntó si había notado el trastorno de Facundo.

Bien había echado de ver Menita ese cambio repentino; pero no estaba segura de que ella fuese la causa. Ahora no podía dudarle, y, á pesar de las sospechas que ya abrigaba y de lo que se había prevenido anteriormente para sufrir la borrasca que consideraba como inevitable, se sobresaltó con las palabras de Josefa, como si jamás se le hubiese ocurrido que podría ser descubierta.

Luego la alentó la esperanza de que tal vez se trataría simplemente de chismes. Si Facundo hubiese sabido de cierto que ella se veía todas las noches con Manuel ¿no habría levantado al punto un alboroto? Egoísta como era ¿no habría olvidado, sin embargo, todo respeto por conservar intacta la honra del único sér que verdaderamente amaba en el mundo? Si nada hacía, si no pasaba de hallarse desazonado é irritable, era porque el nombre de Menita andaría en boca de los maliciosos y maldicientes, y en Antonio obraría la misma causa.

Varias veces Menita había comunicado sus temores á Manuel; pero él la tranquilizaba. Nadie sabía una palabra; á nadie había encontrado en su camino, fuera de

Pablo. Harían comentarios sobre sus salidas; pero ¿quién podría imaginarse que venía á Mellico? Por otra parte, en casa de Menita se acostaban todos muy temprano, y no era gente liviana de sueño.

Menita quedó largo rato sin moverse del asiento en que la dejó Josefa. Al fin se aquietaron sus recelos, cobró ánimo y salió á regar sus flores.

IX

Menita estaba regando sus flores, cuando entró Antonio al patio, y acercándose á ella con modo receloso, le dijo sin mirarla:

—Menita, tengo que hablarte.

—Pues ¿hay más que hacerlo?—dijo Menita fingiendo indiferencia.

—Tengo que hablarte; pero á solas.

—Nadie hay aquí—dijo Menita, soltando la regadera, que mantenía asida con mano trémula.

—Pueden venir.

—Vamos á la pieza de recibo.

—Pueden venir—repitió Antonio.

—Vamos á mi cuarto. ¡Vaya con tanto misterio! ¿Qué será?

—Vamos—dijo Antonio, siguiendo á Menita con visible turbación y embarazo.

Así que entraron á la pieza, Antonio se sentó en un baúl, puso los codos en las rodillas y la cabeza en las manos y, mirando al suelo, dijo:

—Menita, tú te ves todas las noches con don Manuel.

—¿Qué? ¿Quién lo ha dicho? ¿Quién lo ha dicho?—exclamó Menita atropellando las palabras, é irguiéndose pálida y temblando.

—Nadie lo ha dicho—contestó Antonio.

—¿Y cómo lo dices tú?—preguntó impetuosamente Menita.

—Lo digo porque lo he visto, y don Facundo también lo ha visto.

Menita se dejó caer en una silla y se cubrió la cara con las manos. Temblaba tanto, que Antonio, que la observaba de reojo, se levantó para socorrerla.

—No, no. Siéntate—dijo Menita.—Cuenta, cuenta luego.

—No he venido á mortificarte ni á vengarme—dijo Antonio, compadecido—sino á darte aviso para que estés prevenida.

Menita se puso á sollozar.

—“Cuando supe—comenzó Antonio después de un breve silencio—que don Manuel había venido dos veces seguidas á Mellico y que en las dos veces te había visto, me entró recelo; pero luego se fué el caballero á Santiago y no pensé más en eso. Cuando, á los pocos días después de su vuelta, comenzaron á correr noticias de que tenía una... de que veía ó visitaba á una niña, me volvieron los recelos, y, por sí ó por no, se me ocurrió mirar con despacio la pared del huerto, porque, de venir don Manuel á verte, habría de entrar por ahí.

“En la parte donde pasan por encima de la pared los

ganchos de la higuera grande, noté que algunos estaban sin hojas y otros quebrados, como si alguien se hubiese agarrado á ellos. En la pared se echaban de ver rastros muy señalados, y abajo había unos maderos recién movidos.—Aquí es,—pensé yo, y en la noche me escondí por ahí cerca.

«Á la hora en que suele acostarse don Facundo, vi llegar á don Manuel: escaló la pared muy fácilmente y se descolgó por la higuera.

«En un tris estuvo que no lo hubiese seguido para írmele encima. Hasta me encaramé un poco en la pared. Y ¿sabes qué me sujetó? El pensar que á la bulla de la pelea podría venir gente; sabrían la causa y quedarías desacreditada. Tú no me habías dado palabra de casamiento, y tuyo era tu crédito.

«Volví, pues, á mi escondrijo y ahí me quedé hasta que don Manuel salió, lo cual hizo como á la media noche.

«Por no afligirte más, si esto puede afligirte, no te cuento lo que yo padecí; pero á nadie dije una palabra, ni la he dicho hasta ahora.

«Me dió, como cosa del diablo, el ir todas las noches á ver entrar á don Manuel, y no volverme hasta después que salía. Hallaba no sé qué gozo en mi rabia misma y en imaginarme á ustedes dos juntos...

«Ello es que anoche sentí el ruido de un caballo que sacudía el freno, no lejos de donde yo estaba. Salí á ver quién fuese, y distinguí un caballo y el bulto de un hombre sentado, muy encogido, al pie de un árbol. Me acerqué más por la espalda. Él no me sentía: era don Fa-

cundo. Estaba tiritando, las espuelas le sonaban, se mordía los dedos.

—«¡Don Facundo!—le dije tocándole el hombro.

«Se levantó, y se volvió repentinamente, mirándome tan espantado, como si yo hubiese sido del otro mundo.

—«¡Antonio!—me dijo luego que me conoció.—¿Qué andas haciendo por aquí? ¿Estás acaso cuidando el caballo de ese...

—«¡Y puede imaginarse semejante cosa, don Facundo!—exclamé.

—«¿Has venido entonces á convencerte por tus propios ojos, como yo he venido?

—«Sí—respondí.

—«Hoy en la mañana—me dijo don Facundo—andando por el huerto, descubrí unos rastros que llegaban hasta los castaños. Una sospecha terrible se me clavó en la cabeza. Apenas cerró la noche, me oculté aquí y vi lo que tú también habrás visto. Inmediatamente me fuí á casa, y mira...

«Don Facundo, tiritando siempre, echó mano á la cintura y sacó un cuchillo largo y afilado.

—«¡Qué atrocidad!—exclamó Menita—¡No más, Antonio, no más!

Pero Antonio se había acalorado con su propia narración y, sin hacer caso de la aflicción de Menita, prosiguió:

—«¿Quieres ayudarme?—me dijo don Facundo.

—«¿Está loco?—repliqué.

—«Si no quieres, lo dejas. Puedo hacerlo yo solo. No debo de ser malo para la cuchillada. Cuando era

mozo, á uno que me asaltó con cuchillo, le paré el golpe y le di un tajo, que en la vida consiguió zurrárselo.

—«Don Facundo, vámonos á la casa—le dije tomándolo de un brazo.

«Don Facundo resistió.

—«No voy—me dijo.—Lo he jurado y aquí me quedo.

—«Pues yo también me quedo—le repliqué—no para acompañarlo sino para defender á don Manuel.

—«Pelearé con los dos—dijo don Facundo.

—«Pero piense, don Facundo; va á matar á un rico, y después ¿qué será de usted?

—«No me importa.

—«Lo tomarán preso—seguí diciéndole—y si no lo fusilan, lo dejarán pudrirse en una cárcel. Le embrollarán sus tierras; todo lo que tiene se volverá sal y agua; sabe Dios á dónde irán á parar sus hijos...

—«Más que así sea.

«Viéndolo tan resuelto, se me ocurrió venir á pedir auxilio.

—«Haga lo que usted quiera—le dije.—Aquí lo dejo.

«Y me separé á buscar mi caballo. Unos cuantos pasos había andado cuando me llamó don Facundo.

—«Antonio—me preguntó—¿crees que sabrán que he sido yo y que me harán eso que dijiste?

—«Pues, como estarlo viendo.

—«Y ¿es cierto que le quitan á uno sus tierras y todo? Nunca lo he oído decir.

—«Pero si usted está en la cárcel toda la vida ¿cree que no le robarán cuanto tiene.

—«Y ¿qué haré, Antonio?

—“Lo que le digo: irnos á la casa. Lo hecho ya está hecho, y ninguna cosa se compone con matar á un cristiano. Vaya mañana á pedirle consejo al señor cura.

—“Así lo haré—murmuró don Facundo.

“Lo acompañé hasta que montó á caballo, y fui á buscar el mío.

“Cuando volví estaba ahí mismo, con la cabeza inclinada y sollozando.

“Ni yo pude dejar de llorar, Menita; y ahora mismo, mira cómo se me saltan las lágrimas.”

Menita no levantó los ojos. Estaba anonadada; los remordimientos la oprimían. Nunca se le presentó su falta más horrible y monstruosa. Le parecía que sólo ahora venía á saber lo que había hecho. Se miraba como caída en un precipicio cuyos bordes se hubiesen cerrado sobre ella. Estaba la pobre Menita, como esperando la muerte, sin maldecir á nadie, sin compadecer á nadie.

—Nos volvimos—continuó Antonio.—Consolé y animé á don Facundo lo que pude, y lo dejé, ya más sosegado, en su casa. Hace poco vine á verlo y no me separé de él hasta que lo vi montar á caballo para ir donde el señor cura. Ya sabes, Menita, lo que hay—agregó Antonio levantándose.—Me pareció obligación comunicártelo, y advertirte, al mismo tiempo, que mandes avisar á don Manuel que no venga. Temo que don Facundo, á pesar de lo que el cura le diga y de lo que yo pueda hacer, ejecute lo que tenía pensado si ve que don Manuel viene esta noche... y no dejará de ir á verlo. Adiós, Menita.

—¿Ya te vas, Antonio?—le dijo Menita, mirándolo cariñosamente.

—Sí.

—¡Oh! No te vayas, siéntate. No te vayas todavía. Antonio se volvió á sentar en la postura de antes.

—Y ¿á quién podré mandar, Antonio, para avisar á Man... á don Manuel que no venga.

—Tú sabrás—contestó Antonio con sequedad.

—¿Á quién podré mandar? Todos aquí están ocupados, y ya es tarde... ¡Y si él viniera!...

—Su merecido tendría—dijo Antonio.

Menita no se enojó, sino que repitió con modo suavísimo é insinuante:

—¿Á quién podré mandar?... ¿Querías tú?...

—¿Yo? ¡Á buen árbol te arrimas! ¿Cara de qué me encuentras, Menita?—exclamó Antonio mirándola con sobreceño.

—Eres bueno, eres blando de corazón, Antonio. No te niegues á hacerme este servicio, el mayor que te he pedido y que tal vez te pida; el que puede hacerme agradecida para siempre hácia ti. Y ¡qué servicio! Evitar una desgracia horrible... Bien conozco, Antonio, que esto debe de mortificarte; pero ¿á quién acudo? Y ya es tarde, ya se va haciendo tarde.

—¿Qué me importa lo que pueda suceder á don Manuel?

Menita se levantó y se puso de pie al lado de Antonio, que permanecía con la cabeza en las manos y los codos apoyados en las rodillas. Con modo lleno de gracia y coquetería le sacó con la una mano el sombrero y con

la otra acarició los cerdosos cabellos de Antonio. Éste meneaba siempre la cabeza como diciendo:—No.

—¡Antonio, Antonio, ten compasión de mí!—decía Menita; pero Antonio no consentía.

Menita le acarició el cuello y se extendió á las mejillas, repitiendo las súplicas con modo cada vez más suave y sumiso. Antonio estaba inflexible. Menita se inclinó, casi abrazando á Antonio. Este ya no meneaba la cabeza, sino que apretaba los puños; el rostro se le encendía; respiraba con fuerza.

—Antonio, buen Antonio...— repitió Menita estrechándolo apenas.

Antonio se levantó bruscamente y abrió los brazos para abrazar á Menita; pero ya ella estaba en la puerta que daba al patio, y volviéndose al punto exclamó con ademán dominante:

—¡Antonio!

Antonio se confundió y turbó en tal manera por su atrevimiento que, sin acertar con excusas, tartamudeó:

—Á ver ese papel, Menita; á ver el recado, Menita, antes que se haga más tarde...

Menita, sin perder tiempo, cogió un pedazo de papel, escribió con lápiz algunas líneas, y lo entregó á Antonio. Éste lo tomó maquinalmente y salió.

Menita echó llave por dentro á la puerta, y no se separó del umbral hasta que se perdió el ruido de los pasos de Antonio. En seguida, se arrodilló delante de una estampa de la Virgen y oró con fervor; pero sin que su alma, conturbada y temerosa, tomase ninguna resolución.

Antonio llegó á «Renaico» y encontró á Manuel en el corredor de la casa. Se apeó y le entregó el papel, diciéndole simplemente:

—Aquí le mandan este papel—y se retiró á tomar su caballo.

—Aguarde un momento, amigo—dijo Manuel, no bien vió la firma de Menita.

Antonio se paró y se volvió á Manuel con cara de desagrado y mal humor.

—Usted, amigo, me ha hecho un servicio y debo recompensarlo junto con darle mis agradecimientos—agregó Manuel con modo cortés y afable, ofreciendo á Antonio un puñado de dinero.

Antonio se encogió de hombros.

—Usted no me debe servicio alguno—dijo.—No lo he hecho por usted.

—No por eso le quedo menos agradecido—repuso Manuel.—Admítame este obsequio.

—No, señor. No recibo nada.

—¿De manera que no me hará el favor de llevar la contestación?

—Tanto como eso no—dijo Antonio montando á caballo.

Partió á galope; pero á poco andar, volvió.

Manuel no se había movido del corredor. No hallaba cómo explicarse el papel de Menita y la extraña conducta del mensajero.

—Llevaré la contestación—dijo Antonio sin desmontarse.

Manuel entró á su pieza, y leyó de nuevo el papel de Menita, que decía así:

"MANUEL:

"Nos han descubierto. No vengas más, no vengas por nada, mira que podría suceder alguna desgracia de la cual no se consolaría nunca tu—MENITA."

Manuel contestó:

"MENITA:

"No vuelvo todavía de la sorpresa que me ha causado tu papelito. ¿Qué ha habido? Escríbeme bien largo acerca de lo ocurrido. Te mando dinero para que pagues lo que te pidan por traerme tus cartas. El que ha venido ahora parece hombre muy raro, y por temor de que se vaya sin llevar esta contestación, no te digo más.

"Queda en la mayor ansiedad tu—MANUEL."

Puso la carta en un sobre, echó dentro cuantos billetes de banco cupieron, y pegó el sobre.

—¡Qué ligero escribe su merced!—exclamó Antonio con amarga socarronería, tanteando la carta antes de echársela al bolsillo; y clavó las espuelas.

Manuel se acaloró por tal atrevimiento; pero no alcanzó á decir nada á Antonio.

Antonio no paró de galopar hasta que llegó á la casa de Facundo: tenía prisa en entregar esa carta que lo quemaba como brasa de fuego.

Entró en derecha y golpeó la puerta de Menita.

—¡Ya llegaste, Antonio!—exclamó ella.—¿En sus manos dejaste el papel?

—En sus propias manos.

—¡Cuánto te lo agradezco!

—Y más me lo agradecerás—dijo Antonio—cuando te dé la contestación que traigo.

Y sacando la carta, agregó con risita sardónica:

—Don Manuel, por lo visto, es buen pagador. Te manda arreglada la cuenta, y me parece que no te podrás quejar de la paga.

Fué tanta la indignación y la vergüenza de Menita, que dejó caer la carta y estuvo un instante sin moverse; pero luego se dominó. Recogió la carta con fingida tranquilidad, rompió el sobre, sacó los billetes y leyó lo que Manuel le escribía.

Menita dió un suspiro de desahogo, y pasando la carta á Antonio, le dijo con desprecio:

—Toma, lee y di dónde está ese arreglo de cuentas.

Probablemente la sola lectura de la carta no habría disipado la sospecha de Antonio; pero ya la había disipado el enojo de Menita.

—Creo lo que me digas, Menita—contestó Antonio con humildad y sin aceptar la carta.

—Te la leeré, entonces—replicó Menita, y leyó la carta en alta voz.

—Era broma... —dijo Antonio.

—Y si quieres—interrumpió Menita—puedes tomar todo este dinero. La mitad en pago del viaje que acabas de hacer, y la mitad en pago de otro viaje para en-

tregar otra carta que luego voy á escribir; pero ha de ser con buen modo...

—Lo dije por broma... Pero no iré. Ahora no te faltará á quien mandar...

—Está bien... Quiero estar sola.

Antonio salió triste y confundido, y Menita cerró violentamente la puerta tras él.

Púsose á escribir una larga carta á Manuel, en que le refería con minuciosidad todo lo acontecido, é intercaló aquí y allí párrafos en que desahogaba su corazón con palabras ingenuas y, por lo mismo, apasionadas. No quería Menita escribir términos pulidos; quería que Manuel se imaginase al leer esa carta, que oía hablar á su amada Menita; quería que exclamase lo que repetía mil veces allá, bajo los castaños:—«¡Menita, tu corazón es un tesoro!»

Después que escribió la carta, salió á buscar Menita quién quisiera llevarla á Manuel.

Hacía poco rato que se había puesto el sol, y cerca de la casa andaban todavía algunos peones. Menita disimuladamente llamó aparte al que le pareció más á propósito para el mandado.

—José—le dijo—¿tienes caballo?

—No tengo, señorita—contestó José rascándose la cabeza por debajo del sombrero, y con el modo de quien recela un mandado.

—¿Y ese caballo en que andabas el domingo?

—Es una potranquita mía que estoy amansando.

—¿No podrías ir en ella á «Renaico»?

—¿Á «Renaico», señorita? No aguanta ni media legua...

—Buscaré á otro. Siento, José, que no ganes la gratificación.

—¿Cuánto pensaba dar, señorita?

—Con tal que me guarden el secreto, pienso dar hasta diez pesos.

—¡Diez pesos!—exclamó José abriendo tamaños ojos.
—Por risa lo dirá.

—¿Por risa? Aquí están. ¿Los ves?

—Échelos acá, señorita—dijo José estirando la mano— y que me corten la lengua si suelto media palabra, y que le corten las cuatro patas á mi potranca si no voy y vuelvo en un credo.

X

Mientras pasaba lo que se acaba de contar, Facundo había salido á verse con el cura Romero.

La iglesia parroquial no estaba en Mellico, sino en Ranco, otra poblacioncita vecina, que se compone de una sola calle y de algunas casitas esparcidas cerca de ella. El curato era muy extenso y poco poblado. No sólo comprendía á Ranco y Mellico, sino á cuatro grandes haciendas colindantes, una de las cuales y la mayor era "Renaico". Interminables galopes tenía que llevarse el pobre cura, y no los esquivaba á pesar de sus cincuenta años. Era guapo y sufrido para el trabajo como él sólo. Sus feligreses lo amaban sinceramente porque no cabía ni se había visto sacerdote más abnegado, más desprendido y más empeñoso en el cumplimiento de las obligaciones de su ministerio. Cuando lo iban á llamar

para una confesión, nunca decía:—"Después iré"; no le importaba si era tarde ó temprano, si estaba ó no en ayunas, ni averiguaba si el moribundo estaba cerca ó lejos, sino que echaba algunos panes en las alforjas y, entregando al mozo la maletita con los Santos Óleos, le decía:—"Di, hombre, á dónde es; y vamos galopando, que hemos de llegar á tiempo, con el favor de Dios."

El cura Romero, antes de venirse á Ranco, había estado algunos años en la capital, y allá alcanzó cierta nombradía como confesor. No era de los más letrados; pero sí muy sagaz y penetrador, y con gran facilidad se entraba y discurría por el laberinto de las conciencias y de los corazones. En la fecha de lo que se está contando, hacía ya quince años que se había hecho cargo del curato, y entendía á su gente al revés y al derecho, como suele decirse. Leía como nadie á través de las caras humildes, sencillas y bonanchones de los rústicos, y descubría la codicia, el egoísmo y la ruindad que ordinariamente ocultaban. Esforzábase el buen cura en arreglar el interior de los inquilinos y gañanes en conformidad con lo que manifestaban sus caras; pero no adelantaba cosa, y exclamaba:—"¡Estos patrones! Estos hacendados!... ¡Si me ayudasen, si fuesen menos egoístas y miraran las cosas desde un poco más arriba!"...

Los rústicos le tenían miedo y respeto, porque con él no valían tretas, y, cuando creía necesario hablar claro, no le estorbaban pelos en la lengua. Sabía la vida y milagros de cada uno, les conocía los vicios y les aplicaba los remedios como convenía: unas veces con suavidad y otras con dureza. Este último medio era el que casi

siempre usaba, porque los rústicos solían tomar las reprensiones bondadosas como palabras que nada decían, y casi como aprobación tácita de lo que habían hecho. Bien entendían lo que se les estaba diciendo; pero ya se había arraigado en ellos el hacerse los desentendidos en tales casos. Era una costumbre como otras.

Con vida tan galopada, el cura no podía menos de ser, y era en efecto, flaco y enjuto, aunque de complexión recia, encorvado más de lo que por su edad debía de ser, de rostro tostado y surcado por arrugas profundas, lo cual hacía más salientes sus facciones. Sin embargo, sus ojillos negros parecían los de un joven inteligente y vivaracho. No era muy limpio, y se comprende; pero, á pesar de eso, tenía aspecto simpático, y agradaba muchísimo su trato campechano y bondadoso.

Facundo encontró en un camino al cura.

—Buenos días, Facundo. ¿Para dónde bueno?—dijo el cura con semblante risueño y contento, como si viniera de alguna parte donde le hubiese ido muy bien.

—Á verlo iba, señor cura.

—Vuelvo á la parroquia. Iremos hablando por el camino. ¿Voy á que no adivinas de dónde vengo?

—No sé, señor.

—De «Renaico». ¡Y tan mal que me ha ido!...—exclamó el cura, restregándose las manos y riéndose solo.

—Déjame contarte, Facundo, porque todavía no he encontrado á nadie con quién comunicar mi gusto. Escucha, hijo.

«Al alba me vinieron á llamar para auxiliar á un inquilino de «Renaico». Fuí allá, le administré los Santos

Sacramentos, y lo acompañé hasta que murió en mis brazos. Me volví como á las once, y al pasar por la casa del fundo, me encontré con don Manuel, á quien aún no conocía. Apenas me vió, se adelantó hacia mí y, saludándome con mucho comedimiento, me preguntó si yo era el cura, y cuando le respondí que sí era, me dió la mano y me convidó á almorzar. Acepté de bonísima gana la invitación: casi me cortaba de hambre, porque, con el apuro, no alcancé á echar nada en las alforjas, y se me hizo escrúpulo pedir algo en casa de aquel infeliz moribundo.

«Á poco hablar, nos hicimos muy amigos, y don Manuel se me manifestó tan franco y atento que le cobré verdadero cariño.

—«Y ¿cómo andan las entradas del curato?—me preguntó con ese tono y ese modo que emplean los ricos cuando tienen deseos de obligar á alguien.

—«Para qué es preguntar. Ocasiones hay en que no tengo ni para velas—le contesté exagerando un poquito, Dios me perdone.

—«¿Tan pobre es?

—«Mis feligreses—le dije—son pobres y, más que pobres, son mezquinos. Tengo, por ejemplo, á un tal Facundo Illanes que...

—Señor cura—interrumpió Facundo—si tuviese cómo darle...

—Etcétera, Facundo. Sé con lo que vas á salir, que es lo de siempre, y bien sabes que de eso no te creo palabra. Pero lo que te he dicho era broma: no te he nombrado á don Manuel.

— "Ya irá conociendo á esta gente, don Manuel—agregué.—Luego verá que para pagar lo que deben pagar, nunca tienen ni un centavo partido por la mitad. Entonces se lamentan, se enternecen, hablan de su mujer y de sus hijitos que tienen que vestir y alimentar. ¿Se trata de beber ó de jugar? Les brota el dinero.

— "Así es—me dijo don Manuel.—Ayer no más pensaba en eso, porque vino un peón á pedirme que le avia-
ra cinco pesos para enterrar á un hijo suyo. El peón es trabajador y gana bastante: en el último pago había recibido quince pesos. Le pregunté qué había hecho con la plata. Me contestó que con ella había pagado una deuda á Fulano y otra á Zutano, porque no se encontraba por estos lugares hombre más cumplidor que él, y por eso se veía en tales apuros. Le avié con desconfianza los cinco pesos y, averiguando después, supe que el mismo día que recibió su jornal lo perdió todo jugando sobre borracho.

— "Ahí verá usted—repuse yo—si tendré que lidiar para conseguir de esta gente que pague siquiera la mitad ó la cuarta parte de los derechos parroquiales.

— "Con todo—me dijo don Manuel—les tengo lástima, y he resuelto tomar por cuenta mía los derechos que corresponda pagar á mis inquilinos. Téngalo, pues, por sabido, señor cura, y mándeme la cuenta cuando usted quiera.

— ¡Figúrate, Facundo! ¿Cuándo se había oído cosa semejante? Me enternecí al ver alma tan bella y generosa en un joven tan rico, tan principal y buen mozo.

Facundo oía esta charla sin despegar los labios, con

la paciencia casi animal del rústico que espera su turno.

—«Platicamos de varias cosas—prosiguió el cura—y en todas ellas manifestó la sensatez de la edad madura, el entusiasmo de la juventud y la sinceridad del hombre honrado, con lo cual se acrecentó más y más el aprecio y cariño que ya me había inspirado.

«Y aquí viene lo bueno.

«Al despedirnos, me puso en la mano unos billetes de banco, diciéndome con cierta emoción:

—«Aquí le doy, señor cura, una limosnita para la parroquia. Usted podrá ocuparla en lo que le parezca más conveniente. Esto, por cierto, no entra en la cuenta de los derechos parroquiales de que hablamos, sino que es cosa aparte y que se repetirá de cuando en cuando. En cambio, solamente le pido que haga algunos recuerdos de mí en sus oraciones, que harto las he menester.

—«Aunque nada me diera, don Manuel...—le dije conmovido.

«Guardé la limosna, sin mirar qué suma era, repetí mis agradecimientos, dí un expresivo apretón de manos á don Manuel y me vine.

«No bien me alejé un poco, saqué los billetes, porque ya no podía con la curiosidad de saber qué cantidad era. ¡Cuánto crees, Facundo, que me dió?... ¡Doscientos pesos! ¡Chica la limosnita! Ahí era nada... ¡Doscientos pesos! Estuve por volver á darle de nuevo las gracias; pero temí ofender su modestia y seguí mi camino.»

El cura sacó los billetes y se los extendía á Facundo y le decía:

—Míralos, Facundito, míralos. ¡Doscientos pesos bien

cabales! ¡Qué bendición de Dios! Ya tengo distribuída la suma: cien pesos para los pobres y cien pesos para el culto. Voy á hacer una reparación en grande al altar mayor, pues da vergüenza verlo. ¡Qué magnífica fiesta tendremos el día de Navidad! Te vas á quedar con la boca abierta, Facundo. ¡Qué profusión de luces! ¡Qué de guirnaldas y coronas para festejar dignamente á Nuestro Señor! Vas á ver si tengo manos para estos arreglos, y, con tal que me ayude Menita, el templo va á volverse una gloria. Y así, amigo Facundo, avísale á Menita...

Aquí Facundo no aguantó más y exclamó con extraña entonación:

—¡Ya no hay Menita! ¡Se acabó Menita!

El cura, sorprendido, miró á Facundo.

—¿Qué es eso? ¿Cómo que se acabó?

—¡Se acabó, señor cura, se acabó!

El cura detuvo al punto su caballo y dijo precipitadamente:

—¿Está enferma Menita? ¿Está de peligro? ¿Me has venido á llamar para eso? ¡Bárbaro! ¡Y me dejabas hablar! Volvamos. Clava las espuelas, Facundo, que hemos de llegar á tiempo, con el favor de Dios.

—Sosiéguese, señor cura. No es eso—dijo Facundo con una sonrisa que parecía mueca.

—Y ¿qué es? ¿Qué hay?

—Su don Manuel—dijo Facundo como gritando—su don Manuel, ese don Manuel tan bueno, el que pide oraciones, el de los doscientos pesos, el que paga...

—Y ¿qué hay con él?

—¡Vaya, señor cura!—exclamó Facundo dando furio-

sosos golpecitos en la cabeza de la enjalma.—¿No me entiende? ¿Ó quiere que le largue la palabra?

—Calla, hombre. Como que te voy entendiendo —dijo el cura en voz baja, é inclinó la cabeza y dejó caer los brazos con desaliento.

Cuando Facundo vió la tristeza del cura, le vino un arrebato de rabia y dolor, palideció, le tembló el cuerpo, se le atravesó un nudo en la garganta y, dándose un puñetazo, prorrumpió en una blasfemia.

—¡Por qué me castigas, Señor!

El cura se encendió en celo y, volviéndose á Facundo con ceño durísimo, le dijo:

—¿Qué estás hablando ahí, deslenguado? ¿Te atreves, blasfemo, á preguntar á Nuestro Señor por qué te castiga? Yo te puedo responder. ¿Dónde están tus padres, mal hijo? Cuando llegaste á Mellico me dijiste tú mismo que te habías fugado del lado de tus padres, y que no sabías dónde paraban. Desde entonces te he repetido mil veces que era obligación tuya buscarlos y participarles los bienes que has adquirido, si ellos son pobres, como es seguro. Y ¿qué has hecho? ¿Has gastado un centavo, has escrito una carta, has hecho una pregunta para saber de los que te dieron el sér? Confiésalo, avaro: el temor de que ellos no tengan qué comer, y el verte entonces en el caso de traerlos á tu lado, es lo que te detiene. ¿Quién sabe si ellos á estas horas no tienen un techo donde guarecerse, ni un pan con qué acallar el hambre, mientras que tú estás engordando, como buey en pesebrera, y aumentando tu hacienda, como avaro, que eres? Y si tus padres han muerto, temes también que,

presentándote como hijo, alguien te cobre deudas que tal vez hayan dejado. ¡Miren al santito! ¡Miren al que se atreve á preguntar á Nuestro Señor por qué lo castiga!... Y ¿quién es más duro y exigente que tú con los criados? ¿Quién les embrolla el salario con menos escrúpulos que tú?

Calló un momento y luego agregó con socarronería:

—Pero, ahora que recuerdo, no hay necesidad de ir tan lejos. ¿Conoce su merced á un tal don Facundo Illanes que, cuando estaba recién llegado á estos lugares, por una yunta de bueyes que le ofrecieron, anduvo de tercero en los amores de un caballerito con la hija de la Marica González?

—Estaba entonces muy necesitado—barbotó Facundo.

—¿Estabas muy necesitado? Bien dicho. Ahora no lo estás; pero otros lo estarán, y aguanta y no te metas á hacer preguntas á Dios. Basta y sobra con que mires tu vida pasada y presente.

—Hice mal, señor cura, en decir lo que dije—murmuró Facundo arrepentido ya y contrito.

—Éso es hablar—dijo el cura serenándose al punto.—Así podremos entendernos. Debías haber dicho desde el principio:—“Señor y Dios mío, esto me pasa por malo y pecador. Perdóname. Hágase tu santísima voluntad.”

—Hágase tu santísima voluntad. Amén—repitió Facundo besando la cruz.

Caminaron un rato en silencio.

—Y ¿estás seguro, Facundo, de que ha sido don Manuel?

—Estos ojos lo han visto entrar de noche al huerto.

—Y ¿no hay otra muchacha en tu casa?

—Usted sabe, señor, que no hay otra.

—¡Vaya con la desgracia!... Aquella chiquilla tan buena, tan inteligente... Y ¿cómo vió don Manuel á Menita? No será mucho que se la hayas andado luciendo, ó que se la hayas echado de empeño para conseguir algo. ¡Ah, Facundo, Facundo! He visto muchos casos parecidos...

—No, señor cura. ¿Yo había de andar mostrando á Menita, cuando usted no se cansaba de recomendarme que la cuidase y la guardase, aunque fuese bajo de llave, sobre todo de las miradas de los caballeros ricos?

—Es cierto; infinidad de veces te lo he aconsejado, porque á menudo una sola mirada hace tanto daño como un fósforo encendido tirado á una sementera seca.

—Un día fué don Manuel á casa á verme para un negocio de aguas. Menita entró casualmente á la pieza donde estábamos. Á los cuatro ó cinco días volvió: yo no estaba en la casa. Sin duda se encontró con Menita á solas y concertarían cómo verse.

—¡Sea por amor de Dios! ¡Cuánta flaqueza hay en el hombre!—exclamó el cura dando un suspiro y levantando los ojos al cielo.

—¿Flaqueza llama usted á lo que ha hecho don Manuel?—dijo Facundo con tosca ironía.

—Mira, Facundo—replicó el cura—no toquemos este punto. Estás irritado, fuera de ti y con razón. Si te dijese que siempre tengo á don Manuel, á pesar de lo que ha hecho, como hombre bueno y honrado, pero débil y pecador, no sólo no me entenderías, sino que lo atribuirías á parcialidad é indulgencia de mi parte, por la limos-

na que ha hecho á la parroquia. En ninguna manera disculpo su acción, y pienso ir mañana á ver á don Manuel... Dejemos esto y hablemos de Menita. ¿No hay pormenores ni nada más que contarme?

—No hay más, señor cura. ¿Qué le parece que debo de hacer?—preguntó Facundo humildemente.

El cura meditó.

—Lo que hay que hacer por de pronto—dijo—es sacar á Menita de tu casa y ponerla en lugar seguro, donde no pueda verla don Manuel. No tengo confianza en la gente de Mellico.

—Ni yo tampoco.

—¿No tienes alguna familia amiga donde poderla mandar?

—Á ninguna tengo, señor cura.

—Cerca de la iglesia vive un matrimonio sin hijos: Mateo Moya y su mujer. Tú los conocerás...

—Los conozco. Mateo es muy cumplidor.

—Y de honradez á toda prueba. No es pobre, y con poco que se le pague, recibirá de buena gana á Menita en su casa. Yo velaré por ella, y mientras ahí esté, haremos diligencias para casarla cuanto antes.

—¡Casarla!—exclamó Facundo.—¿Y con quién? No tiene dote.

—Se le prevendrá eso al novio—replicó sencillamente el cura.

—Y ¿qué novio?...

—Buscaremos uno que agrade á Menita, uno honrado y trabajador, aunque sea pobre. Hay, Facundo, un anti-

guo refrán que dice: "Más vale hija mal casada que bien abarraganada", ó amancebada, que es lo mismo.

—Y ¿cuándo traeré á Menita?

—Mañana. Hoy mismo hablo con Mateo, y mañana vienes á dejar á Menita con su cama y demás cosas. Vendrás á verla á menudo, y entonces trataremos de los novios que se vayan presentando.

—Así lo haré, señor cura.

Facundo detuvo el caballo y llevó la mano al sombrero.

—Adiós, Facundo—le dijo el cura con suavidad.—Ofréceselo todo á Dios, y cuidado con que se te vuelva á salir aquella barbaridad de denantes.

El cura, cabizbajo y pensativo, continuó su camino, y oró fervorosamente por esas dos almas caídas, cuya debilidad, ajena de toda malicia, según él lo comprendía, era tan digna de compasión.

XI

Josefa estaba en la pieza de recibo, tomando su inacabable mate al lado del brasero, cuando entró su marido.

—Josefa ¿no tenías tantas ganas de saber quién era la querida de don Manuel?—dijo Facundo con modo irritado, paseándose á grandes trancos.

—¿Ya supiste? Y ¿quién es?—preguntó Josefa tranquilamente.

—Es Menita.

Josefa soltó el mate, se levantó bruscamente y se dejó caer en la silla.

—¡Menita!—exclamó comenzando á llorar.

—Vengo de hablar con el cura—dijo Facundo.—Es preciso sacar á Menita de aquí. Mañana la llevaré á una casa vecina de la iglesia: donde Mateo Moya. El cura arreglará todo esto.

—¡Menita!—repitió Josefa sollozando.

Luego se echó á llorar á todo trapo, y exclamaba.

—¡Mi Menita! ¡Mi hijita! ¡Me la van á quitar!... ¡Lo que es ser pobre! Hacen lo quieren con una... ¡Ay!... ¡Mi pobre hijita! ¡La han echado á perder! ¡Tanto que la cuidaba! Pero estos ricos... Dios los perdone... ¡Me la van á llevar!

Era aquello un desbordamiento de ternura maternal. Josefa lloraba, sollozaba, se enjugaba las lágrimas con el revés del vestido, sin dejar de hablar palabras entrecortadas.

Facundo se fastidió de ese dolor tan llorado y lamentado, tanto más cuanto que aparecía como si fuese más intenso que el suyo, y dijo con rudeza:

—¿Para qué tanto llanto y tantas lamentaciones? Qué se remedia con llorar? Y ¿desde cuándo has salido tú queriendo á Menita más que yo?

Josefa miró á Facundo, lo vió incomodado y se reprimió. Tomó del borde del brasero algunas colillas de cigarro, escogió dos, y se las pegó en las sienes con saliva. Echóse atrás en la silla y dijo dando un gran suspiro:

—¿Qué más había de durar Menita? Sería su cometa.

—¿Sería su cometa?—repitió Facundo.—El tuyo sería...

Y murmurando expresiones soeces, salió del aposento.

Josefa recogió el mate, y se lo sirvió echándole algunas hojitas de toronjil. Fué calmando poco á poco su pena y acabó por quedar como antes.

Menita, mientras tanto, esperaba en la mayor angustia que su madre y Facundo la llamasen para reprenderla y tal vez para castigarla brutalmente.

Llegó la hora de la comida. Menita miró de reojo á Facundo y lo vió con el ceño muy adusto, tan adusto, que parecía que la menor cosa haría estallar á ese hombre de ordinario ensimismado é indiferente. Josefa, con ademán abatido y lastimoso, comía... de todo, como siempre. Sus ojos estaban enrojecidos, á ratos se le llenaban de lágrimas, que enjugaba con la mano, y suspiraba á menudo. No se dijo, sin embargo, en la mesa ni una sola palabra que manifestase enojo contra Menita.

Terminada la comida, Menita se retiró á su cuarto más angustiada y temerosa que antes. Aquel silencio no le pronosticaba cosa buena. Habría preferido mil veces una reprensión, por dura é irritada que fuese, á la incertidumbre en que la dejaban.

El caso era que Josefa nunca había tenido ánimos para enojarse con Menita y arrostrar jaquecas é impresiones dolorosas. Facundo tampoco se atrevía á reprender á su hija predilecta, ni se le ocurría qué decirle. Siempre la había respetado y, si bien en el primer arrebató ese respeto no habría sido bastante para contener la rabia de Facundo, una vez desahogado el pecho con el cura y Josefa, las fuerzas le faltaban, y no sólo le faltaban las fuerzas sino que ya se sentía movido á indulgen-

cia. En poco más de dos horas, la falta de Menita había disminuído notablemente á sus ojos y también la de Manuel, y Facundo no pudo recordar sin estremecerse aquella especie de locura que se apoderó de él cuando estuvo por asesinar al propietario de "Renaico". Pensó en su propia mocedad, en la vida que llevaba Josefa antes de casarse con él, en los infinitos casos semejantes al de Menita de que había tenido noticia, y no halló el suceso tan grave. Recordó la conducta intachable de Menita, su docilidad, el cariño que ella le manifestaba, la falta que haría en la casa, y Facundo comenzó á ablandarse y llegó á arrepentirse de haber hablado con el cura. Le pareció que se había precipitado, que todo podría haberse arreglado sin necesidad de divulgar lo ocurrido.

Á la postre de estas reflexiones, le asaltó cierto temorcillo. Manuel era joven y, como joven, debía de ser de carácter violento; sus bienes de fortuna eran considerables, y tenía muchos sirvientes; no se miraba en gastar, y nada de raro sería que le vinieran deseos de tomar alguna venganza.

—Si me ando con muchas—pensó Facundo—es como verlo que don Manuel me quitará el agua, me perseguirá, volverá contra mí á toda la gente, y, si es rencoroso, podría llegar hasta dejarme vuelto á la pared. Á don José María, que lloraba por cinco centavos, se le podían hacer diabluras: á él todo se le volvía pleitos y amenazas, y nadie lo podía ver por lo cicatero y mal pagador que era. Pero ¿qué se puede hacer contra un caballero rico que llega tirando la plata á los cuatro vientos? Y ¿si se le ocurre quitarme los peones, aunque

no los necesite? Y ¿si pone una venta cerca de la mía y vende de balde la chicha y todo?... ¡Dios me ampare!...

Facundo habló de esto con Josefa después de la comida y le pidió su parecer, cosa que nunca hacía; pero, cuando un hombre está asustado, se pone muy suave y amable con todos. Josefa, como de ordinario, abundó en la opinión de su marido, y se tomó la libertad de aconsejarle que no llevase á Menita á donde el cura decía, sino que la dejase en casa, y que hiciese saber á don Manuel, por medio de un tercero, que no se apareciese por la casa, y, por lo demás, que quedaran las cosas como estaban, puesto que no tenían remedio.

—Y ¿qué diré al cura?—dijo Facundo vacilante.

—Le inventas una disculpa.

—¡Hum! ¡Disculpas al cura! Antes que acabara la disculpa, me diría:—«¡Badulaque! ¿Cuánto te ha pagado don Manuel por Menita?»

Y Facundo, levantando la voz, añadió:

—¡Y el cura tendría razón para decirlo! ¿Qué otra cosa podría pensar? Y yo estoy resuelto á quedarme sin un centavo antes que dar motivo á nadie para creer que vendo á mi hija. Sólo de imaginarlo, me entran ganas de hacer una barbaridad.

Esto último lo dijo con tono exajerado.

Después agregó más llanamente:

—Josefa, me parece que lo mejor será mandar á Menita mañana mismo, como lo prometí. La dejaremos allá unos diez días para que se contente el cura y hable de una vez la gente lo que tiene que hablar. Cuando todo

se sosiegue, la traeremos y no andaremos tan descuidados como hasta ahora.

Facundo salió á sentarse al corredor.

Ya se había oscurecido y Facundo, así como se vió solo, se puso intranquilo. Le asaltó el pensamiento de que Manuel, ignorando lo acontecido, viniera esta noche como las otras. Empezó á apoderarse de él esa rabia desesperada que casi lo arrastró á un crimen. Las sombras de la noche le inspiraban horribles proyectos, y ya se resolvía á tomar su cuchillo y á ir á apostarse en el mismo lugar que la otra vez, bien resuelto á no hacer caso de los consejos de Antonio, si ahí lo encontraba, cuando Antonio llegó.

—Buenas tardes, don Facundo.

Facundo contestó con un gruñido.

—¿Cómo le fué con el cura?—preguntó Antonio.

Facundo siguió como si nada oyera.

—Mira—dijo á Antonio al cabo de un rato—¿vendrá don Manuel esta noche?

—No viene, don Facundo.

—¿No viene? ¿Cómo lo sabes? ¿Ha sabido don Manuel que lo hemos descubierto?

—Lo sabe, y no crea que se arriesgará á venir otra vez. Mientras usted andaba en busca del cura, hablé con Menita, le conté todo, y yo mismo llevé un papelito á don Manuel, en el cual Menita le decía que no volviese á venir.

—Y ¿qué hizo, qué dijo Menita cuando le contaste?—preguntó Facundo con triste curiosidad.

—Quedó como muerta, sin decir palabra.

—¡Pobre chiquilla!—exclamó Facundo con ternura—Ellas no tienen la culpa... ¿Tienes seguridad de que no vendrá don Manuel?

—Se lo acabo de decir, y me lo está preguntando.

—Bueno, hombre, bueno—dijo Facundo suspirando, como si se aliviara de un peso.—Más vale así.

Luego comenzó á disiparse su mal humor, y se puso más comunicativo.

—Y ¿qué le dijo el cura?—preguntó de nuevo Antonio.

—El cura tuvo mucha pena; pero luego se consoló él y me consoló á mí.—«Facundo, me dijo, esto es cosa que pasa á todas las muchachas del campo. Lo que te aconsejo es que la saques de tu casa y la pongas en la de unos viejos que viven cerca de la iglesia»...

—Será donde Mateo Moya—interrumpió Antonio.—Es hombre muy formal.

—Ése mismo.—«La tendrás ahí, siguió diciéndome el cura, hasta que hable la gente lo que tiene que hablar, y después la llevas á tu casa y la cuidas de don Manuel.» Y así lo voy á hacer.

—Bien me parece—dijo Antonio con cierto desgano. En seguida Facundo llevó la conversación á asuntos de campo, y habló acerca de ellos con mucha animación, como si nada, por otra parte, lo preocupara.

Al día siguiente, Facundo recibió por la mañana recado del cura, en que le avisaba que ya estaba prevenido el alojamiento de Menita.

Después de almuerzo, Facundo dijo á Menita, sin mirarla:

—Arréglate pronto, porque vamos á salir á caballo.

Menita no respondió, sino que bajó los ojos, encendida; luego se puso pálida y fué á disponerse, encomendándose á Dios de todo corazón, porque creía que esta salida á caballo no tenía otro objeto que hacerle saber el terrible castigo que temía, sin que sospechase cuál era.

Facundo tenía ya una carreta pronta y, cuando salió Menita, le dijo que se esperase un momento en el corredor de afuera, y él entró con un peón á sacar la cama, el baúl y demás trastos de Menita.

Cuando el peón levantó el colchón, apareció debajo un envoltorito de papeles que tomó Facundo y se puso á desenvolver; pero repentinamente se detuvo en esta operación. Eran los billetes de banco que Manuel había enviado á Menita. Así que el peón salió, Facundo desdobló los billetes con manos temblorosas y se estuvo mirándolos fijamente, sin contarlos. Una llamarada de rabia encendió su rostro. Apretó los billetes en la mano, los arrugó y los tiró al suelo, prorrumpiendo en injurias y maldiciones con voz ronca y ahogada.

Dió algunos paseos por la pieza, y tomó de nuevo los billetes; pero esta vez los desarrugó y estiró con cuidado, los puso en orden y comenzó á contarlos. Alcanzaban á cerca de doscientos pesos. Sintieron en esto los pasos del peón, que venía á cargar otro bulto, y Facundo se echó precipitadamente el dinero al bolsillo.

Cuando terminó el acarreo, Facundo salió de la pieza, y llamó á un trabajador que se hallaba en el huerto.

—Juan de Dios—le dijo—¿cuánto te estoy debiendo?

—¡Pch!—exclamó Juan de Dios.—Ya no me acuerdo. Su merced debe de saber. Lo que su merced diga.

—Creo que son diez pesos.

—¿Diez pesos? Mucho más, señor.

—¿Cómo mucho más?

—Llevo trabajados veinte días que, á veinte centavos el día, son cuatro pesos. El sábado me fui á medio día, porque, como su merced recordará, se fueron los peones á esa hora. Es un mediodía más, que vale diez centavos. Me debe también el trato de la acequia, que fué por siete pesos y medio. Por todo salen once pesos sesenta centavos.

—¡Tanto, hombre!

—Su merced puede verlo en las listas.

—Se me ha perdido esa lista—dijo Facundo registrando unos papeles sucios y borrados que tenía en una cartera viejísima.

—Ahí viene el mayordomo—dijo Juan de Dios.—Pregúntele y verá que es como digo.

—Inocencio, ¿cuántos días tiene trabajados Juan de Dios?—preguntó Facundo.

—Veinte días y medio—contestó Inocencio.

—Así será—repuso Facundo.—Descontemos ahora lo que te he aviado.

—Son cuatro pesos—dijo Juan de Dios.—Dos pesos que le pedí cuando comencé á abrir la acequia, y otros dos que me dió anteayer.

—Son cinco pesos—replicó Facundo.—De esto me acuerdo muy bien. Además de los cuatro pesos que has

dicho, me pediste un peso hace cinco días para comprar remedios á tu mujer.

—Así es, ahora que me acuerdo.

—De manera—prosiguió Facundo—que te estoy debiendo seis pesos sesenta centavos.

—Eso será, señor.

—Toma cinco pesos, y en estos días te pagaré lo demás. La plata anda ahora muy escasa—dijo Facundo dando al trabajador uno de los billetes de Menita.

Juan de Dios guardó el billete, después de mirarlo atentamente por todos lados, y se retiró de malas ganas.

Facundo se dirigió al patio de afuera, dijo á Menita que montase á caballo, y partieron.

XII

Después de leer la carta de Menita, quedó Manuel en gran desasosiego interior. No pensaba en designios de venganza, como Facundo suponía, sino que escuchaba vacilante, ya á su conciencia despertada por los contratiempos que habían surgido, ya á la hidalguía y nobleza que constituían el buen fondo de su carácter, ya á ciertas inspiraciones de egoísmo más ó menos disfrazado.

Manuel, como se ha dicho, no había despreciado ni dejado pasar en blanco las buenas fortunas que, en más de una ocasión, salieron á su encuentro; pero siempre, en tales enredos amorosos, dejaba ver sus cartas para que la otra parte acomodase su juego según le convenía, y nunca prometió lo que no pensaba cumplir.

El caso de Menita no le parecía ni claro ni limpio. Él

no se había propuesto seducir á Menita. Cuando manifestó su pasión, cuando iba al huerto, no pensaba en ésto ni en aquéllo, en bueno ni en malo, sino que obraba impulsado por un amor vehemente é irreflexivo. La seducción, empero, se había realizado ni más ni menos que si hubiese perseguido deliberadamente este propósito desde que vió á Menita. Ella ahora le pertenecía; pero había resistido á las primeras manifestaciones amorosas de Manuel, y si cayó y se rindió fué porque Manuel la atacó de sorpresa, en verdadera emboscada, hallándose Menita en circunstancias de ánimo tales, que habrían sido menester virtud y energía no comunes para salir triunfante.

No podía, pues, Manuel hacerse la reflexión de que Menita se le había entregado á sabiendas de que acabaría por abandonarla tarde ó temprano. Lo que veía bien claro era que había deshonrado á una joven hermosa, de alma bellísima, discreta, de ingenio vivo y despejado; que habría lucido en los salones entre las primeras, si hubiese nacido de noble alcurnia. Cuando así miraba á Menita, parecía á Manuel que abandonarla era acción cobarde y villana que le remordería eternamente; pero, por otra parte, la conciencia le decía que continuar las relaciones con Menita era acabar de perderla, era seguir por un camino en el cual le sería cada vez más difícil volver atrás, era, en fin, obrar con cobardía muchísimo peor que la otra.

El egoísmo le daba buenas razones para abandonar á Menita. Le señalaba, en caso de que tal no hiciese, un horizonte de fastidio, incomodidades y vergüenzas. Y todo ¿por qué? Por tomar á lo serio una calaverada que

hacía todo el mundo, una travesura de joven que daría que reír á los amigos. Ahora era el tiempo oportuno para salir airoosamente del paso. ¿Por qué no aprovechaba la ocasión, y ahí mismo daba punto á sus relaciones con Menita? Al fin de toda calaverada hay un pantano: hasta él debe llegar el calavera de buen juicio. Si pasa adelante se atascará en el fango, y si consigue salir, saldrá enlodado y hecho objeto de risa.

El amor, empero, quitaba á Manuel la fuerza de detenerse al borde de ese pantano de tan agradable aspecto. Si abandonaba á Menita, perdía los goces que disfrutaba en esas citas nocturnas y misteriosas que no tenían más testigo que la naturaleza dormida; perdía esos goces que serían tanto más vivos cuanto más rodeados de peligros; perdía esos goces siempre nuevos, siempre anhelados, porque cada uno podría ser el último. Y Manuel se embelesaba en Menita: la veía tan pura, tan hechicera, tan inocentemente voluptuosa, como aquel día en que por primera vez la cogió las manos en un raptó de amor y de locura.

Manuel pensaba en todo esto, y nada resolvía.

En la tarde llegó el cura.

Apenas lo divisó Manuel, adivinó el objeto de la visita, y se previno para escuchar pacientemente un sermón.

Se adelantó á recibir al cura con afabilidad y como si no sospechase qué asunto le traía á "Renaico".

—¿Cómo está usted, señor cura? No esperaba tener tan pronto el gusto de volverlo á ver. Pase usted acá. Tome asiento.

—Mil gracias—dijo el cura con embarazo.

—Bastante calor hemos tenido hoy.

—Ya casi tenemos el verano encima. En una semana más los trigos estarán secos y comenzará la siega.

—De los trabajos del campo, ninguno me gusta más que la cosecha—dijo Manuel.—Hallo en él más poesía que en los otros.

—No sé de eso; pero sí sé que en la cosecha se obtiene el provecho de los otros—repuso el cura sonriéndose.

—Tal vez será en lo que se ven más unidas la poesía y la utilidad—advirtió Manuel sin saber lo que estaba hablando.

Ninguna observación hizo el cura.

—¿No encuentra usted, señor cura, cierto antagonismo entre lo útil y lo bello?—preguntó Manuel manifestando mucho interés y deseo en dilucidar esta cuestión.

El cura se sonó, carraspeó un poco y dijo como violentándose:

—Ya es tarde, don Manuel, y no puedo demorarme mucho. Usted me dispensará si llevo la conversación á un punto no menos desagradable para mí que para usted.

—¿Desagradable? No adivino cuál pueda ser—dijo Manuel, aparentando sorpresa.

—No soy diplomático—continuó el cura—y el campo no es á propósito para aprender á decir las cosas con finura. En atención á esto, le pido desde luego que me disculpe si por acaso usara yo términos algo rudos...

—¡Oh, señor cura! La intención es la que vale. No necesitaba haberme hecho esa advertencia. Hábleme con toda franqueza, que en ninguna manera me dará por ofendido.

—Pues bien, don Manuel, vengo á hablarle de Menita... Y no crea—añadió con viveza—que le voy á echar un sermón, sino que quiero tratar el asunto en confianza... como entre dos amigos...

El cura calló un momento.

Manuel, algo turbado, se acomodó en el asiento é inclinó un poco la cabeza hacia adelante.

—Bien sé que para un joven rico—dijo el cura—es cosa de poco más ó menos seducir á una pobre muchacha campesina. Piensa él que, si no coge ese fruto, no hará sino dejarlo para que otro lo coja, y sigue adelante, y después se queda como quien no ha hecho nada. Cier to es que la conducta de la generalidad de las mujeres del campo da motivo para pensar de esa manera; cierto es que en estos lugares la moralidad anda muy por los suelos. No lo niego, y me adelanto á decirle que el hecho de la seducción de Menita, si bien cosa abominable é inspiración del enemigo malo, no es lo que más me alarma.

«La gravedad del caso presente—continuó el cura—está en ser la moza Menita y el mozo usted; está en haberse juntado dos personas que jamás deberían haberse visto. Si, en vez de Menita, hubiese sido objeto de sus deseos la Clorinda Ibarra ó la Josefina Contreras, muchachas bien parecidas de «Renaico», que usted tal vez habrá visto, no me habría alarmado, porque ellas son

más ó menos como las demás: díscolas, desenvueltas y sin vergüenza desde chicas, y usted se habría cansado muy pronto de ellas. Si, en vez de haber sido usted el seductor de Menita, hubiese sido Felipe Oyarce, joven que posee unos terrenitos por aquí cerca, tampoco sería tan grave el caso, porque Felipe es un loco que llega, coge, se va, y no se acuerda más de lo hecho. Menita luego habría vuelto en sí, se habría arrepentido, despreciaría á Felipe y volvería por su honra, cosa que aquí se devuelve con extraordinaria facilidad. Pero usted es el hombre más á propósito para perder irremediabilmente á Menita, y Menita es la mujer más á propósito para perderlo irremediabilmente á usted.

«Esto es lo que quiero manifestarle. Y aquí de nuevo le repito que disculpe la rudeza y el poco aliño de mis palabras. Más le diré, don Manuel—agregó el cura con emoción—si usted pudiese leer en mi interior, vería que las criaturas que más quiero y estimo son: Menita, á quien conozco desde su infancia, y usted, á quien conozco desde ayer.

—Por mi parte está usted correspondido—dijo Manuel en voz baja.

—Lo conozco desde ayer—prosiguió el cura—pero, si no me engaño, creo conocerlo lo bastante para poderle prevenir que está al borde de un precipicio. Usted es bueno, ilustrado y juicioso; pero débil de carácter, á lo que parece. Ayer me habló como católico fervoroso y convencido, me dió una cuantiosa limosna y, mientras tanto, mantenía relaciones ilícitas con Menita. Me pidió oraciones con el modo de una persona que realmente

las necesita y, sin embargo, estoy seguro que entonces no pensaba cortar esas relaciones. Claro está que usted oía á la razón y la conciencia; pero que se dejaba arrastrar por la pasión. No sé si esta debilidad será defecto crónico en usted; pero...

—Crónico, crónico, señor cura—interrumpió Manuel con un movimiento de franqueza y descontento de sí propio.—Siempre he satisfecho todos mis deseos. No he sabido lo que es resistir á una tentación, y, sin embargo, cuando vi á Menita resistí, resistí como desesperado; pero... ya ve usted.

—Así lo creía yo, amigo mío—dijo el cura con suavidad paternal.—Así lo pensé ayer cuando Facundo me dió la noticia, y, por eso, me dije: ¿con qué objeto iré á echar en cara á don Manuel su mala acción? ¿Con qué objeto iré á afeársela y á llamarlo al arrepentimiento, si es seguro que él conoce más bien que nadie que ha delinquido, si es seguro que su falta le hará pasar ratos amargos? Lo importante aquí es señalarle el peligro... Dígame con franqueza, don Manuel—dijo el cura volviéndose más de frente á Manuel y poniéndole familiarmente una mano en el muslo—dígame ¿ama usted á Menita de veras, ó se trata de un capricho ó amorío que ya va mermando? Usted ya puede muy bien conocerlo...

—Y tan de veras la amo—contestó Manuel—que si me fuera posible arrostrar las preocupaciones sociales, ó si estuviese en mi mano el mudarlas, ahora mismo me casaría con Menita.

—¡Aquí está el busilis, aquí está, mi señor don Manuel!—exclamó el cura dando una palmada.—Me gusta

hablar con gente franca y que dice claramente y sin rodeos lo que piensa y siente. Creí que me lo iría á negar, creí que me diría que sólo se trataba de una mocedad, ó cosa por el estilo, y yo venía preparado á sonsacarle lo que ocultaba. Pues bien, don Manuel, ese amor de veras es lo peor del caso. La Josefina Contreras no le habría inspirado á usted más que un capricho; Menita no habría inspirado á Felipe Oyarce más que un capricho; pero usted y Menita, con las dotes que á uno y otro adornan, no podían inspirarse recíprocamente sino amor sincero y de largo aliento, bien que pecaminoso é ilícito por todos lados, como usted demasiado lo conoce. Ahora me voy derecho al grano, y le digo, mi señor don Manuel, que si no corta de una vez sus relaciones con Menita, se echará á cuestras una querida de la cual no podrá desprenderse por más que lo procure.

Manuel se sonrió. Lo que acababa de decirle el cura le pareció sobremanera ridículo. ¡Un joven como él dejarse prender en los lazos de una campesina!... De improviso el amor de Manuel disminuyó hasta tal punto que estuvo por decir al cura que no siguiera discurriendo en ese terreno, porque realmente no se trataba sino de un capricho que casi ya había pasado; pero no se atrevió á desdecirse tan pronto.

—¿Usted se ríe?—dijo el cura con seriedad.—No sería. La soledad y tranquilidad del campo, la falta de sociedad y de distracciones, el trabajo físico, el poco temor de dar escándalo, influyen mucho en el ánimo. Ponen tranquilo y ensimismado al hombre. Las pasiones se le insinúan sin vehemencia, se arraigan en él y toman

domicilio con mucho sosiego, y ese sosiego las hace durar, porque luego forman costumbre. Es la historia de todos los días. He visto mil casos... Hace algunos años que vivo en el campo y no dude...

—Señor cura—interrumpió Manuel—le estoy oyendo con muchísimo interés. Si me sonreí, fué porque me asaltó un pensamiento extravagante y ajeno á lo que usted decía.

—Y no se fíe usted—prosiguió el cura—en la inconstancia de sus afectos, quiero decir, en el germen de inconstancia que, de ordinario, acompaña á los afectos como el que ahora siente usted. En el desarrollo de ese germen entra por mucho la mujer, y me parece que Menita ha de ser de aquellas habilísimas, que procuran no parecer las mismas dos días seguidos al amante.

Manuel hizo una señal afirmativa sonriéndose; pero esta vez el cura no tomó á mal la sonrisa, sino que exclamó con satisfacción:

—¡Ah! ¿Es así como digo? Por ahí podrá calcular si acierto ó no en lo demás que le he hablado... En fin, con un joven juicioso como usted, no es menester entrar en más reflexiones de esta naturaleza. Una cosa, sin embargo, debo pedirle que tenga bien presente: siempre que medite sobre sí mismo y quiera adoptar buenas resoluciones, no tome en cuenta para nada el estado actual de sus sentimientos. Nada hay más mudable que el hombre de carácter débil; puede salir de su casa llorando sus pecados y volver á las dos horas con diez pecados encima. Por eso dicen que, si bien la debilidad

moral no es el vicio, se opone á la virtud más que el vicio mismo.

«Volvamos á lo de ahora—continuó el cura.—Su alma está en riesgo inminente, y aún añadiré: su tranquilidad y bienestar. Ahora es el tiempo oportuno para evitar ese riesgo. La pasión no debe de estar muy arraigada en usted. Lo que le ha pasado le habrá hecho reflexionar con cierta frialdad. Cobre ánimo y sea hombre alguna vez.

«Menita se halla trastornada y llena de temores. En tal estado de ánimo, uno se imagina que no hay desgracia que no le caerá encima, y así creo que á Menita no le tomaría muy de nuevo la noticia de que usted la ha abandonado. Crecerán sus padecimientos, se abatirá; pero vendrá la reacción y el arrepentimiento, y, con el favor de Dios, se conseguirá levantarla. Si usted la vuelve á ver, Menita no tendrá fuerzas para resistirle y esto, después de lo acontecido, vendrá á ser como segunda caída, de la cual ya no se recobran las mujeres sino por especial gracia de Dios.

«Váyase mañana mismo á otra parte—agregó el cura—procure olvidar á Menita, hágase cuenta de que ella se ha vuelto humo y no piense en volverla á ver.

—¿Y la cosecha? No tardará en comenzar—dijo distraídamente Manuel.

—¡Qué cosecha ni qué niño muerto!—exclamó el cura con acaloramiento.—¡Bien pega hablar de cosecha cuando está de por medio la salvación de dos almas!... Cuánto más que los sembrados que dejó don José María son

pocos y usted tiene un buen administrador. Si yo fuese su padre, ahora mismo, de una oreja lo sacaría de aquí.

«Añadiré otra cosa—dijo el cura.—Las dificultades que hay ahora para que usted vea á Menita, podrían hacérsela más codiciable, porque así es el hombre... No hay tales dificultades. Facundo es un miserable como hay pocos. No habría vendido á Menita porque la quiere en extremo; pero una vez seducida, él tratará de sacar partido. Vea usted. Cuando ayer me fué á consultar sobre lo que haría, iba aquel hombre casi fuera de sí y, al parecer, dispuesto á todo por Menita. Le aconsejé que la llevase á una casa vecina de la iglesia, para cuidarla yo mismo é impedir que usted la viese, y dije á Facundo que hiciésemos diligencias para casarla luego. Facundo en todo convino. Hoy llevó á Menita; pero noté en él mal humor. Habló de la falta que hacía Menita en la casa, y se quejó del nuevo gasto que iba á tener con el pago del alojamiento. Después comenzó á regatear el precio hasta que me incomodé, y dije al dueño de la casa que yo pagaría todo, lo cual aceptó Facundo sin que se le pusiera colorada ni la punta de las orejas. Le oí, además, lamentarse de las responsabilidades y gastos que traía el hacerse cargo de hijos ajenos...

—¡Cómo!—exclamó Manuel sorprendido.—Menita ¿no es hija de Facundo?

—No. Es hija del primer marido de Josefa, según ella cuenta.

—Lo ignoraba... Creo haber oído á Facundo que Menita era hija suya.

—Así la ha mirado siempre, y se enorgullecía de tal hija; pero ahora publica que es ajena. Y ¿sabe usted por qué? Por sacar partido. Estoy seguro que en pocos días más y con cualquier pretexto, se llevará á Menita á su casa, hará la vista gorda si usted vuelve á saltar la pared del huerto, aceptará disimuladamente lo que usted quiera darle, y le pedirá con descaro lo que él necesite. Si se habla de este comercio, bien conocido de la gente de Mellico, Facundo podrá decir:—«¿Qué tengo yo que hacer? Menita no es hija mía.»

«Ya ve usted, don Manuel, que le hablo con entera franqueza. Si usted quiere perderse á toda costa, puede hacerlo como en coche y con toda comodidad. Váyase, le digo, mañana mismo, busque por allá una niña que le convenga y cásese.

—Eso no es tan fácil.

—Ni encontrar la niña, ni casarse es cosa difícil para un joven rico, buen mozo y de familia distinguida como usted.

—Créame que no es tan fácil hallar una niña...

—Las hay, señor mío, las hay. Á menos que usted se empeñe en buscarla donde no la ha de encontrar... Eso es poner objeciones por el gusto de ponerlas. Lo que hay es que á usted le gusta andar sueltecito y teme las obligaciones del matrimonio; pero andando así sueltecitos es como los hombres se pierden. ¿No es verdad?

—Hay algo de eso—contestó Manuel.

—Cásese, le repito, y permítame darle un consejo acerca de la elección de esposa. Por nada se case con una de esas niñas de quienes dicen las señoras:—«Es un

ángel, es una santa, es una malva. ¡Qué alhaja! Tal niña no le conviene. No será usted feliz con una esposa rendida y sumisa, que se goce en servirlo, que se adelante á sus deseos, que acate y cumpla cuanto usted quiera mandarle, que le obedezca ciegamente, que se convenza á la primera palabra que usted le diga que lo crea un sér superior. Tales esposas convienen á los hombres de carácter fuerte, amigos de mandar, imperiosos, bruscos en sus modales. Ellos son los que saben apreciar ese respeto y sumisión absolutos. Ellos gozan al encontrarse con una criatura que los considera como se consideran á sí propios, y la aman, y llegan á depoler ante ella su imperio, como en agradecimiento á esa obediencia sin límites.

«El hombre irresoluto y de carácter débil se cansa luego de aquella eterna sumisión, porque lo obliga á tomar el mando, lo cual es para él molestia y sacrificio. Desearía ver en su mujer más actividad intelectual, más iniciativa. Le incomodan las continuas consultas y la facilidad para convencerse sin oír razones. No tarda en encontrar á su mujer apática y monótona. Luego se quejará de que la esposa le deja todo el peso de las responsabilidades morales de la vida conyugal, siendo así que debería ella cargar con su parte, y acabar por mirar en menos á su mujer y considerarla buena tan sólo para sirvienta.

«Usted, amigo don Manuel, necesita una mujer que lo domine y avasalle, que lo meta en pretina y haga de usted cera y pábilo, como dicen; una mujer un poco altanera y caprichosa, pero graciosa y que sepa insinuarse;

una mujer bastante inteligente para hacerle abdicar el mando y dejarlo, al mismo tiempo, en la creencia de que lo conserva; y eso lo consiguen con resistir en cosas de poco momento y someterse con oportunidad. Si usted se casa con una santita y se le atraviesa por el camino alguna Menita que haya corrido mundos, no afianzaría ni en dos centavos su fidelidad conyugal. No se enoje por esta claridad.

«Y con esto me despido—dijo el cura levantándose y tendiendo la mano á Manuel.

—Adiós, señor cura. Le agradezco en el alma...

—No hay qué agradecer—interrumpió el cura.—Era obligación mía, y el cumplimiento de mis obligaciones no es molestia para mí sino en tanto cuanto puedo molestar á los demás. Adiós, y váyase á acomodar la maleta.

El cura subió á caballo y se fué á galope largo.

Manuel se sentó pensativo en el escaño del corredor.

Los álamos alineados al frente se hallaban ya cubiertos con el polvo del camino. Por entre los troncos y el tupido follaje de color terroso, se abrían paso los últimos resplandores del sol y, rayando el aire polvoriento con líneas doradas, iban á reflejarse, movibles é indecisos, en las paredes del vetusto caserón.

Todas las tardes eran tristes en el caserón de «Renai-co»; pero no tenían la tristeza suave y melancólica que en ciertos paisajes descubre el alma afligida, cuando todo parece volver al descanso, menos ella; no tenían la tristeza que desahoga el alma y suaviza el dolor. Desde el corredor no se divisaba ni una pequeña parte de esa naturaleza que simpatiza con el hombre y ocupa el lugar del

buen amigo que, en la expresión silenciosa del rostro, manifiesta comprender y sentir las penas que se le confían.

Los álamos y unos ranchos que había más allá, ocultaban el horizonte, de manera que Manuel no veía más que un pedazo de cielo de tinte casi parejo, que nada decía, que ningún pensamiento despertaba. Los pilares carcomidos, las paredes descascaradas y sucias, en las cuales se borraban por momentos los reflejos del sol, hacían imaginarse á Manuel que se hallaba en un cuarto miserable alumbrado por un candil. Comenzó á invadirlo la tristeza que ocasiona el espectáculo de la miseria, tristeza que ahoga, que apoca y abate el ánimo, que irrita los deseos, y hace soñar con una vida libre y descuidada, con esplendores mundanos y goces extravagantes.

Las reflexiones del cura, el porvenir desgraciado que auguraban, los padecimientos de Menita, las dificultades morales que impedían la continuación de ese amor, la ruindad de Facundo que allanaba el camino, todo eso se barajaba en la mente de Manuel. Se sentía aburrido, fastidiado, como si estuviese lleno de compromisos de los cuales no pudiera desprenderse. Y ese caserón ruinoso con sus eternos álamos alineados al frente le amargaba más el ánimo.

No era esa la vida tranquila, feliz y laboriosa que había soñado. Y ¿quién tenía la culpa de que así no fuera? — «Tú y tú solamente», decía á Manuel una voz interior. Y Manuel se reconocía culpable, como no podía menos de reconocerse, y veía que era preciso tomar una resolución definitiva; pero en vez de tomarla, exclamaba

una y otra vez:—«¡Qué me daría por enamorarme de Menita!... ¡Por qué no me sujetaría á tiempo!»...

Manuel suspiró por la vida despreocupada de Santiago. Echó de menos la charla de los amigos, el floreo de las tertulias, los espectáculos divertidos, y hasta los ratos de esplín en que nadie lo molestaba. Anheló volver á esos amores ligeros, graciosos y juguetones, como los de las mariposas que se persiguen voltejeando por entre las flores de un jardín bañado de sol. En esos amores no había temor de tropezar con Facundos villanos, con Antonios ceñudos, ni con curas que dijesen la verdad. Esos amores podían dejarse sin esfuerzo, porque eran fáciles de reemplazar y, llegado el tiempo, se desvanecían como el humo, sin dejar tras sí penas ni remordimientos.

Así pensaba el pobre Manuel, sin acordarse del profundo hastío y del tedio de la vida que cada uno de esos amores le acarreaban; sin acordarse de que entonces su alma era lanzada de rechazo á una atmósfera de celestial pureza, donde toda dicha se cifraba en obtener una esposa casta y llena de virtudes, que fuese para su esposo la paz del corazón y la tranquilidad del hogar.

En la noche, Manuel determinó irse al día siguiente, y partió en efecto. No huía de los peligros que el cura le había señalado, sino de pasar días aburridos y de tener incomodidades.

XIII

Cuando el cura supo que Manuel se había ido de «Re-naico», dió gracias á Dios y fué á ver á Menita.

La encontró en el cuartito que le habían destinado. Estaba cosiendo, y cuando entró el cura, levantó hacia él los ojos preñados de lágrimas. Se las enjugó con presteza y disimulo, y se adelantó á recibir al cura.

—Buenos días, hijita—dijo éste con la suavidad que pudo.—¿Se te ha pasado algo la pena?

—Se me pasa á ratos, pero vuelve, señor cura—dijo Menita sollozando.

—Confía en Dios, hija, y pronto no volverá.

Menita continuaba sollozando, y el cura, que comenzaba á sentir que se le removían las entrañas, temió que le faltase ánimo para decirle que Manuel había partido, y antes que tal sucediera le espetó la noticia.

—Ahora, Menita, no debes pensar más que en purificarte. Don Manuel se fué hoy, y seguramente no vendrá á poner á prueba tu arrepentimiento.

Menita se lo quedó mirando.

—¿Es cierto? ¿Hoy se ha ido? Ó me lo dice por engañarme...

—Por engañarte, es claro. Como soy hombre tan embustero...

—No se ofenda, señor: lo dije sin ninguna mala intención—interrumpió Menita con voz trémula.—Conque ¿hoy se ha ido?

—Hoy, esta mañana.

—Entonces ¿para qué me tienen aquí? ¿Por qué no me llevan á mi casa?

—Te llevarán. No tengas cuidado por eso.

—Hágase la voluntad de Dios—dijo Menita con resignación y profundo abatimiento.

Después agregó de improviso:

—¿Tal vez sería por algún negocio?

—Déjate de esperanzas, Menita—dijo el cura con cierta severidad.—En vez de alimentarlas, procura acabar con ellas, y vuélvete á Nuestro Señor á quien tanto has ofendido. Te lo diré con franqueza: yo mismo fui ayer á hablar con don Manuel: le puse de manifiesto el peligro que corría la salvación de su alma y la tuya con seguir en unos amores que no podían acabar bien, y le aconsejé y supliqué que renunciara á verte, que se marchase de «Renaico» por algún tiempo, y te olvidara. Amargo es, Menita, lo que te estoy diciendo. Quizá me cobres mala voluntad; pero era obligación mía.

—Lo comprendo, señor, y desde el principio sospeché lo que ha pasado. No tema que le cobre mala voluntad. No puedo dejar de sentir lo que usted ha hecho y, sin embargo, se lo agradezco—dijo Menita con una serenidad que el cura no esperaba.

—Más vale así. Ahora reconozco más que nunca que eres muy acreedora al cariño y estimación que siempre he tenido por ti.

—Mil gracias—dijo Menita con cierta sequedad que no escapó al cura.

—Querría—dijo éste—ayudarte desde luego en la obra de arrepentimiento que, no lo dudo, has de comenzar desde ahora; pero veo que te hallas conmovida, aunque procuras ocultarlo. Iré pronto á tu casa y espero que te encontraré más tranquila.

—¡Ojalá!—exclamó Menita dando un suspiro.

—Adiós, hijita—dijo el cura levantándose.—Piensa,

reflexiona y encomiéndate á la Santísima Virgen, que aún podría ser que sacaras provecho de la desgracia que ahora te aflige.

—Adiós, señor cura, y no se olvide de hacerme sacar de esta casucha en que me ahogo.

—Voy á mandar recado á Facundo—dijo el cura saliendo.

No fué menester mandar el recado, porque el cura encontró en la puerta de su casa á Facundo en persona.

Después de darse mutuamente los buenos días, dijo Facundo:

—Acabo de saber que don Manuel tomó el tren del norte. Como ya no hay cuidado por Menita, vengo á llevarla.

—¡Hombre! ¡Qué prisa te corre!—exclamó el cura.

—En la casa todo anda patas arriba. No hay quien vista á los chicuelos, ni quien disponga la comida, ni...

—Está bien; llévatela.

—Pero si usted desea que Menita se quede algunos días para aconsejarla, no tiene más que decirlo.

—Has apuntado bien—dijo el cura sonriéndose.—Me parece muy acertado dejar á Menita algunos días para prepararla á una buena confesión.

—Entonces, señor cura ¿piensa dejar á Menita?

—Por cierto.

—Pero ya está aquí la carreta para llevar los trastos. Además, la Josefa no tiene quién la acompañe. Menita me hace muchísima falta para escribir mis cartas...

—Llévatela, hombre, llévatela. Como me viste sin intenciones de dejar aquí á Menita, pensaste quedar, á

poca costa, como persona muy comedida y respetuosa... Llévatela, hombre. Adiós—dijo el cura.

Y se entró puertas adentro, y decía para sí, meneando la cabeza:—«¡Qué hombre, señor, qué hombre!»

Facundo se llevó á Menita á caballo, sin dirigirle la menor palabra, como cuando la vino á dejar.

En cuanto llegaron á la casa y se apearon, Menita corrió á su pieza, rebuscó en los rincones y por todas partes el paquetito con el dinero que le había enviado Manuel, y como no lo hallase, se sentó á llorar amargamente.

—¡Mi padre lo ha tomado! ¡Mi padre lo ha tomado!—pensaba la pobre Menita.—Y ¿qué habrá creído? ¿Qué puede creer sino que?... Y ¿cómo sacarlo de ese error? Es imposible. Jamás me atreveré á tocarle este punto. Ni él daría crédito á lo que yo dijese para justificarme.

Esta espina no punzaba menos á Menita que la partida de Manuel.

Menita anteriormente, en los ratos de calma que le dejaba su amor, había pensado muchas veces que el amor de Manuel no duraría mucho y que la abandonaría tarde ó temprano. Sin embargo, eran tantas las protestas que su amante le hacía, que llegaba á dudar de que se realizaran sus temores, y se imaginaba como predestinada á una dicha sin igual. Ahora palpaba la realidad y veía que su suerte era la común y ordinaria de las muchachas del campo. Esto, empero, no era bastante para infundirle resignación. Ya se abatía, ya se inflamaba en deseos de venganza. Fraguaba imaginariamente extraños proyectos que acababan por horrorizarla. Unas

veces se escapaba secretamente, tomaba el tren y se iba á Santiago. No faltaría allá quién le señalase la casa de Manuel, y entraría, y le echaría en cara sus promesas y juramentos con palabras capaces de ablandar las piedras, sin contar con que el espectáculo de una niña bella y desolada interesaría á cuantos lo presenciaran. Quizá Manuel estaría por casarse, y Menita resolvía presentarse á la novia y descubrirle todo. La novia la miraría con envidia, porque no podría ser sino inferior á Menita en hermosura, y le creería cuanto le dijese, y rompería con Manuel. Otras veces, cuando se enardecía mucho la fantasía de Menita, no le acobardaba el entregarse á cualquier hombre, con tal de que la vengara de su seductor; pero de una manera terrible y sangrienta. Y no bien imaginaba Menita á Manuel padeciendo, se le apretaba el corazón, se le llenaban los ojos de lágrimas y se sentía con ánimos para afrontar los mayores sacrificios, á trueque de evitar la menor molestia á su amado. Cuando se enterneecía de esta suerte, el amor la rendía por completo: se humillaba mentalmente delante de su ídolo, abominaba los proyectos que poco antes revolvía, lo disculpaba, le hallaba razón en todo. Ella era una pobre muchacha que no podría hacerlo feliz: no era rica, no era educada, no era digna de ser amada por tan hermoso y tan noble joven. Mas todo era representarse á Manuel en brazos de otra mujer, y al punto se encendía de nuevo, se enfurecía y volvía con rabia á la venganza.

Tales alternativas ocupaban el ánimo de Menita. Cuando no había temor de que lo notaran, iba al huerto, se sentaba bajo los castaños, y ahí, contemplando ese

sitio, testigo de tantas horas de placer, se extremaba en el dolor que le ocasionaba la felicidad perdida.

En los primeros días, Facundo y Josefa no hablaban á Menita y, cuando había necesidad de hacerlo, la trataban con modo tan rudo y grosero como si ella fuese alguna sirviente torpe á quien no fuese posible despedir. Menita todo lo sufría con paciencia y, lejos de manifestar altanería ó mal humor, ponía especial empeño en servir con esmero á su madre y á Facundo. Estos, al fin, se ablandaron, depusieron el enojo y, casi sin advertirlo, dejaron que Menita fuese para ellos lo que antes era.

Hasta Antonio volvió á sus platónicos amores y se gozaba de nuevo en que Menita lo hiciese objeto de sus bromas.

Los pobladores de Mellico fueron más duros en olvidar; pero también olvidaron.

Cuando se supo de cierto que Menita era la querida de Manuel, las malas lenguas, es decir, casi todas las lenguas de Mellico, se cebaron en la pobre niña.

Los viejos culpaban á Facundo.

—¿No le parece, compadre, que todo ha sido diablura de don Facundo?—preguntó al vaquero Bartolo, Hilario, el maestro herrero, hombre ya de edad, borracho incorregible y, sin embargo, muy hábil en su oficio.

Platicaban en la herrería. Hilario estaba componiendo una espuela de Bartolo, y éste esperaba la conclusión del trabajo, sentado en la caja de herramientas y fumando un cigarrillo.

—Así debe de ser—contestó Bartolo—porque don Facundo, cuando ve la plata cerca, no la deja irse.

—Ha negociado con la chiquilla—dijo Hilario.—Si no ¿cómo se atrevería á vaciar el canal de «Renaico» para regar la loma del Manzano y todo lo que se le ocurre? Y no le dicen una palabra.

—Y no es nada eso, compadre. ¿No ha oído usted aquello de los dos mil y tantos pesos?

—No.

—Se lo contaré. Don Facundo, según me han dicho, pidió prestados dos mil y tantos pesos á don Manuel. El caballero los franqueó al momento y, cuando se habló de firmar papel, dijo don Manuel:—«Llévatelos, Facundo, y seamos buenos amigos.» No sé qué otras cosas hablarían, pero ello es que don Manuel y Menita se veían en el huerto con mucho sosiego. Don Facundo inventó después un nuevo apuro, y pidió mil pesos más á don Manuel; pero el caballero, como ya tenía asegurada á la muchacha, se echó atrás y no aflojó un centavo. Don Facundo, de puro enojado, se hizo el que acababa de descubrir los amores de Menita, habló con el cura, la llevó donde Mateo Moya, y la trajo cuando supo que don Manuel se había ido á Santiago. Pero á don Manuel no se le dará un pito de todo esto, porque, como es tan generoso, consigue lo que quiere.

—¡Vaya si es generoso!—exclamó Hilario.—Á Menita debe de haberla tapado de plata. Juan de Dios, el peón que tiene don Facundo en el huerto, andaba contando hace pocos días que Menita le había dado diez pesos por que le llevase un papelito á don Manuel. ¡Diez pesos!...

—También supe eso—dijo Bartolo.—No sé si será cierto lo que le he contado, compadre; pero estas son

cosas muy factibles para el que conoce á don Facundo.

—De eso y de mucho más es capaz don Facundo—dijo el maestro herrero, dando en la bigornia repetidos martillazos á la espuela que acababa de sacar de la fragua.

—No me la vaya á echar á perder, compadre—dijo Bartolo siguiendo con ojos temerosos el trabajo del herrero.

—El maestro sabe lo que hace, y no se meta en lo que no sabe—replicó Hilario cogiendo la espuela con las tenazas y poniéndola de nuevo en la fragua.

—¡Dos mil pesos!—exclamó Hilario, bajando con la una mano la palanca que movía el fuelle, mientras con la otra, provista de un hierro encorvado en un extremo, juntaba sobre la espuela y en la boca del fuelle los carbones dispersos en el fogón.

—Plata es—dijo Bartolo—pero no hallo bueno que un padre haga tal negocio. Cierto es que Menita no es hija de don Facundo; pero es hija de su mujer, y él siempre la ha cuidado como padre. Si las chiquillas tienen su descuido, que lo tengan por sus cabales; pero el padre no debe meterse en esos negocios, porque no es de razón hacerlo. Y esto mismo le oí en vez pasada al curita.

—¡Dos mil pesos!—repitió el maestro Hilario.—¡Caramba si es plata! No los he bebido en toda mi vida junta. ¡Mal haya la suerte de don Facundo! Pero así es la ley: en los ricos llueve la riqueza y en los pobres la pobreza, cuando había de ser al revés para que todos quedasen contentos. ¿No le parece, compadre Bartolo?

—Por cierto. Y dése prisa con la espuela: mire que el

sol está muy alto y tengo que ir á buscar unos bueyes que se me fueron al monte.

Por tal estilo eran las conversaciones que los viejos de Mellico tenían sobre la desgracia de Menita. Excusado es advertir que las muchachas culpaban únicamente á ella con tanto más encono cuanto mayor era la envidia.

Los mozos, singularmente aquellos á quienes Menita había dado calabazas, no sólo la vilipendiaban de mil modos, aun inventando y echando á correr especies infames, sino que se propasaron á faltarle al respeto. Cuando la encontraban, la miraban con desvergüenza y le dirigían chuladas groseras.

En cierta ocasión, hubo por este motivo una pendencia de marca mayor.

Era día domingo, y el despacho de Facundo estaba lleno de bebedores.

El corredor de la casa tenía vista al despacho. Menita por algún motivo salió al corredor. No bien la vieron desde el despacho, se adelantó uno de los que allí había, mozo de los calabaceados, y gritó á Menita:

—¡Mira, Menita!

Menita miró. Entonces Luis Guajardo, que así se llamaba el mozo, levantándose la manta descubrió el chaleco, y dió con los dedos golpecitos al bolsillo, haciendo sonar el dinero que dentro llevaba.

—Menita ¿quieres?—le dijo con semblante descarado.
—Está bien lleno y no con cobre.

Menita se entró al punto, avergonzada y lacrimosa; pero Antonio, que se hallaba por ahí casualmente, se

fué sobre Luis y lo derribó de un puñetazo sin decirle allá va.

Á la bolina, acudieron cuantos en el despacho estaban, y sin más ni más tomaron partido unos por Antonio y otros por Luis. Algunas mujeres procuraron impedir la pelea poniéndose de por medio y suplicando á sus esposos, hijos ó compadres que se retiraran; pero estas nuevas Sabinas no debían de ser tan sufridas como las otras, porque los codazos y empujones que les daban para apartarlas las irritaron de tal modo que, dando al traste con el recato y la decencia, arremetieron á los que tenían al frente, prorrumpiendo en palabrotas de espantable grosería.

Las vociferaciones y los trompis se hallaban en su punto, cuando llegó á caballo Benito Labra, el inspector del distrito, seguido de dos celadores. Habían corrido á llamarlo algunas personas tímidas, en cuanto vieron el principio del alboroto.

El inspector, cuando recibió el aviso, se encontraba bebiendo en una venta cercana. Venía, pues, achispado y muy brioso, y metiendo el caballo en lo más crudo de la refriega gritaba:

—¡Aquí está la autoridad! ¡Aquí está la autoridad. ¡Dense presos, ladrones, badulaques, bribones!...

Á estas voces, los combatientes se separaron y comenzaron á retirarse disimuladamente, menos Antonio y Luis que seguían ciegos en la pelea, como toros irritados.

Apenas el representante de la autoridad vió á Luis, lo tiró al suelo de un caballazo y gritó á los celadores:

—¡Llévenme á éste!

De tiempo atrás tenía ojeriza á Luis por cierta jugada que éste le había hecho, y no descuidaba las ocasiones de vengarse, máxime cuando podía hacerlo á mansalva, como ahora.

—¡Bonito!—exclamó Luis.—Y ¿por qué no lleva también preso á Antonio? Él comenzó la pelea.

—¿Cómo es eso?—dijo el inspector alzando el ramal.—¿Vienes con preguntas á la autoridad, atrevido? Tendrás un día más de cepo.

Luis se calló la boca.

Benito miró en torno y, entre los que se retiraban, alcanzó á divisar á tres peones á quienes una vez avió dinero á cuenta de siega de trigo, y ellos nunca salieron á segar lo ni devolvieron lo aviado.

Los llamó y les dijo:

—Ustedes también van presos.

—Pero si yo no me he metido en nada. Estaba mirando—dijo uno de los peones que, en efecto, había sido simple espectador.

—¿Mirando, boquiabierto? En el cepo tendrás tiempo para mirar—replicó el inspector.

Y arreó con todos ellos y los puso en el cepo dos días, y tres á Luis.

Las mujeres de los presos, ó alguno de la familia, fueron al día siguiente á quejarse al juez de subdelegación. Juntamente acudieron allá en demanda de justicia todos los que habían salido con la manta ó la camisa desgarrada, con la cabeza partida ó lastimados de otra suerte. Los heridos se presentaron en el mismo estado en que los dejó la pendencia. Conservaban cuidadosamente las

lastimaduras sin lavarlas, para que se enconasen, y pudiesen ellos cobrar mayor indemnización. Con este último objeto, los que tenían los vestidos desgarrados, aumentaban también el daño.

El juez de subdelegación vivía á alguna distancia de Mellico.

Cuando vió el grupo de gente les preguntó:

—¿Á demandas vienen?

Una mujer se adelantó con mucha desenvoltura, y anudando y desanudando un vistoso pañuelo de narices, dijo:

—Sí, señor.

—Pues han perdido el viaje.

—¿Por qué?

—Porque hace cinco días terminó el período de mi nombramiento, de lo cual me alegro mucho.

La mujer se desconcertó. Los demás murmuraron.

—Y ¿quién está ahora de juez?—preguntó la mujer.

—Á nadie han nombrado todavía, y lo peor es que en estos nombramientos suelen demorarse por acá meses enteros. Estoy dando gracias á Dios de no ser ya juez: el cargo es harto incómodo y le pagan á uno treinta días al mes. Con este sueldo podían tener un juez para cada diez habitantes, y así sería más llevadero el empleo.

—Y ¿qué podemos hacer?

—Si les parece, pueden ir donde el juez de la subdelegación anterior, don Baltasar Leiva, que vive á tres leguas de aquí. No sé si lo encontrarán, porque hará veinte días que anda en Santiago.

—¡Buena cosa!—exclamaron los demandantes.

—Ó de no—continuó el ex-juez—si es demanda criminal la que aquí los trae, como parece ser, ocurran al juzgado del crimen.

—No dejaremos de ir allá—dijo la mujer lagrimando de rabia.—El juez del crimen no está más que á seis leguas de aquí, allá en la ciudad, y en viajes, escritos, citaciones y testigos gastaremos los centavos que hemos ganado, y cuando nos vengan á notificar la sentencia, sabe Dios si estaremos muertos y enterrados.

—En tal caso, hagan ustedes lo que les parezca—dijo el ex-juez y se entró á su casa.

Los demandantes se pusieron á deliberar.

—¿Qué haremos? ¿Qué haremos?—se preguntaban uno á otros.

—¡Qué demontres! Yo me voy á trabajar—dijo uno de ellos que venía á querellarse por un chichón que ya casi no se le veía.

—Yo también me voy—dijo otro, doliéndose para sí de haber aumentado maliciosamente la rotura de su manta.

—Y yo también me voy—añadió un tercero, bastante mal herido; pero hombre trabajador y poco amigo de perder tiempo.

Las mujeres eran las más porfiadas en no resignarse; pero hubieron de ceder.

Retiráronse todos, y unos fueron á lavar y vendar sus heridas, y otros á zurcir sus vestidos.

Tres días después, nadie hablaba de ésta pendencia; pero á Menita le dejó impresión más duradera. El noble ímpetu de Antonio la conmovió hondamente y la llenó

de gratitud que manifestaba con cierta timidez. Por eso mismo esta gratitud agradaba más á Antonio.

El cura habló varias veces á solas con Menita y tuvo el consuelo de ver que sus exhortaciones no caían en tierra estéril. Menita se resignaba y procuraba sinceramente alejar de sí el recuerdo de Manuel y, aun cuando no lo conseguía del todo, se acostumbró á mirar esos recuerdos como instigaciones del demonio.

XIV

—Manuel ¿sabes una cosa?—dijo doña Luisa á su hijo después de un largo rato de silencio. Estaban solos tomando el fresco, al oscurecer, en el jardín de la casa.

—¿Qué cosa, mamá?

—Que has llegado muy raro de «Renaico». Hace ya una semana que estás aquí y ni un solo día te he visto alegre, como solías llegar las primeras veces. ¿Te está aburriendo el campo?

—No, mamá.

—Entonces ¿qué tienes?

—Estoy aburrido; pero no del campo. Usted sabe que á veces me coge el esplín...

—Pero no tantos días, como ahora. Hace una semana que has llegado y, en todo ese tiempo, no te he visto un rato alegre, como digo.

—Quién sabe qué será—dijo Manuel encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Debe de ser la falta de sociedad. No me conformo con que estés tan solo en «Renaico», pues nada agría

más el ánimo que la soledad. Por lo que te he oído decir, allá no tienes amigos ni hay familias que visitar.

—Amigos no tengo allá; pero hay familias que me gustaría conocer. Los grandes hacendados vecinos son gente respetable: lo malo es que viven tan lejos que cada visita se vuelve un viaje.

—Al principio, Manuel—dijo doña Luisa—me imaginé que te convenía trabajar en el campo, por lo contento que te mostrabas; pero ahora veo que no te podrás acomodar en «Renaico». Aquello fué, á lo que parece, un entusiasmo ocasionado por el nuevo género de vida. ¿Por qué no te vienes acá, hijo? Vende á «Renaico».

—¡Oh no, mamá! Por nada lo vendería.

—Y ¿por qué? Ayer no más oía hablar á un caballero sobre lo valioso de ese fundo. Decía que tú habías hecho una compra excelente y que cuando quisieras, ahora mismo que fuese, podrías venderlo con mucha ganancia.

—No lo vendo, mamá, no lo vendo—dijo Manuel apresuradamente.

—Pues arriéndalo.

—Eso menos. Realmente me gusta el trabajo del campo; pero, como usted dice, la soledad me pone de mal humor. Sin embargo, luego me acostumbraré á ella.

—Y ¿por qué, hijo, no piensas en casarte?—dijo doña Luisa con frialdad y lentitud.—Me cuesta tocar este punto; pero á tu edad... ya es conveniente...

—¡Casarme!...—exclamó Manuel con un gesto de indiferencia. Después agregó con cierta resolución:—Le confesaré, mamá, que desde hace días estoy pensando en casarme.

—Aunque no puedo menos de sentirlo, Manuel, me alegro—dijo doña Luisa con modo triste.—Es necesario; es lo que debes hacer. Busca una niña buena, virtuosa, modesta, activa...—continuó doña Luisa pausadamente, recalcando las palabras, como si hablara cosas nuevas y en extremo persuasivas.

Doña Luisa era señora muy apreciable, de entendimiento mediocre, y creía cumplir grandes deberes maternales con repetir, en tono apropiado, los más vulgares consejos.

—¡Oh, mamá!—interrumpió Manuel.—Eso es claro... una que sea la *Perfecta Casada*... Pero es el caso que el enamorado siempre se imagina que la ha encontrado, y el que no está enamorado puede estarla mirando y no conocerla. Usted olvida, mamá, que, por lo menos á mi edad, uno ha de ser amante primero que ser marido, y el amante no entiende razones.

—Pero un amante juicioso...

—¡Amante juicioso!—exclamó Manuel con un tonito sarcástico y poco respetuoso, pero natural é inofensivo en un hijo mimado.—¡Amante juicioso!... ¿Dónde los ha visto? ¿Cómo puede haberlos? Sólo del buen marido puede decirse que es amante juicioso.

—Así será...—dijo doña Luisa, á quien como á toda persona de pocos alcances, fácilmente confundía una réplica viva.—Pero considera, hijo. ¿De qué sirven las prendas corporales? ¿Qué duran? ¿De qué sirve la cara? ¿De qué un bonito cuerpo? Son cosas...

—Cosas que pasan, mamá... bien lo sé... pero que mientras están pasando nos llevan tras sí los ojos y el

corazón. Mire, mamá: en este punto puede decirse que no caben consejos de palabra, sino consejos... ¿cómo diré?... El mejor consejo, el más persuasivo, sería mostrarme una niña que tenga todas esas cualidades que usted dice y que, al mismo tiempo, pueda agradarme... repárelo bien... que pueda agradarme.

—Pues te voy á nombrar una—dijo doña Luisa vivamente.

—¡Vaya, mamá! Si hubiese comenzado por ahí... Y ¿quién es ella?

—Laura Franco.

—¿Laurita, la hija de don Antonio Franco? Hace mucho tiempo que no la veo, desde que la pusieron á educarse en las monjas. Cuando he ido á visitar á don Antonio nunca me ha tocado encontrarla. Conque ¿ya está casadera? Si me parece que ayer no más... Y entonces tenía muy buena cara... Era muy seriecita... Recuerdo que llamaba la atención su modo de andar: sin tener nada de afectado, parecía el de una grave señorita.

—Ahora es una grave señorita de dieciocho años. En diciembre la sacaron del colegio de las monjas. Bien que á primera vista uno la encuentra friona y poco amable, en el trato íntimo descubre mucha sensibilidad, y una firmeza y buen juicio que sorprenden. Así me pasó con ella, y me agrada tanto que, desde el principio, pensé en ti. Toca el piano admirablemente: el profesor que ahora tiene no se cansa de alabarla. Es muy prolija. Ella corre con la casa. En cuanto á su cara y presencia, Laura no es de las vivas y simpáticas, sino que tiene

una hermosura... así... agradable... Agradable no es la palabra. Es una hermosura sólida, duradera, como esos brocados antiguos de dibujo serio y monótono, que nunca se acaban, y son más eternos que el cuero. Esas caritas que se ven por ahí tan celebradas por los jóvenes, por lo graciosas y vivarachas, se me figuran como los géneros que llaman «de novedad»: muy pintorescos y elegantes; pero que no duran más que una estación, y eso si se usan con cuidado, y después quedan inservibles. Así son estas niñas que digo. Se ven bonitas mientras están en la fuerza de la juventud, unos cuatro ó cinco años, y eso con tal que anden muy sobre sí en el arreglo de la persona y se ocultan en cada enfermedad, por poca cosa que sea, para no desengañar á los admiradores. Y si se casan, el primer año del matrimonio es para ellas el último de su belleza.

—Así es, mamá, así es—dijo Manuel sonriéndose.

—Por otra parte, Laura nada tiene qué envidiarte, en punto á fortuna y posición social, como no lo ignoras. ¿Por qué, Manuel, no vas á hacer una visita á don Antonio?... Á Laura, por cierto, no le faltan adoradores; pero, hasta ahora, ninguno puede jactarse...

—¿Visita?... dijo Manuel con modo perezoso.—Me aburren soberanamente las visitas.

—Querrás que las niñas vengan á visitarte ¿no es eso?

—No, mamá.

—¡Vaya que estás insoportable!—exclamó la señora algo incomodada.

—Es la pura verdad, mamá. Estoy insoportable. Ni yo mismo me aguanto. Pero ya que usted desea que

trate á esa niña, iré á visitar á don Antonio, é iré esta noche misma.

Manuel miró el reloj. Eran las ocho y media, y se levantó para ir á componerse.

—¿Ya te vas? dijo doña Luisa.

—Sí, mamá.

—Te repito, Manuel, que no repares en las exterioridades, porque esas son cosas de quitar y poner.

—Lo tendré presente, mamá.

Un poco más tarde se presentaba Manuel en casa de don Antonio Franco.

En la sala encontró á la esposa de este caballero, doña Juana, señora muy discreta y amable, y á Laura que estaba bordando una carpeta. No había nadie más. Don Antonio andaba de viaje con el resto de la familia.

La señora recibió á Manuel con mucho agasajo, como lo recibían todas las señoras, y le presentó á su hija.

Manuel saludó á Laura con despejada cortesía; pero como ella devolvió el saludo con reserva, no se atrevió Manuel á recordarle que la había conocido cuando ella estaba en su infancia, y entabló conversación con doña Juana.

Mientras hablaba con la señora, Manuel observaba con disimulo á la niña. Laura era verdaderamente hermosa. Las líneas de su fisonomía eran nobles, correctas, clásicas; manifestaban el reposo y la firmeza que se advierte en las estatuas de los antiguos. Si bien se le notaba en el cuerpo cierta tiesura, y la ondulación de los contornos carecía de gracia, en su porte, en sus modales

había un nosequé digno y estable que infundía respeto y atraía con fuerza.

Como lo dijo doña Luisa, Laura parecía friona, y no se notaban en ella deseos de agradar. Á las preguntas que le dirigía Manuel, contestaba con indiferencia. Doña Juana la miraba de cuando en cuando con ojos muy decidores; pero ella no se inmutaba.

Al natural desagrado que primeramente causó en Manuel la sequedad de Laura, sucedió una viva curiosidad de conocer más á fondo ese carácter frío y desdeñoso. Algunos visitantes que llegaron después, lo dejaron en libertad para acercarse á Laura.

—¡Primoroso bordado!—exclamó Manuel, examinando concienzudamente la carpeta que Laura había dejado al lado en una mesita.

—Bonito es—dijo Laura—y lo alabo porque ni el dibujo, ni la elección del matiz son cosa mía.

—Yo admiro sobre todo la prolijidad del bordado—dijo Manuel algo turbado por esa franqueza tan poco común.

—Ni aún en esto tengo mucha parte—replicó Laura. —La monja que, en el colegio, nos enseñaba á bordar, principió el trabajo.

—Sin embargo, no distingo la mano de la monja de la suya en esta carpeta... Pasando á otra cosa, supongo que tendría usted muchos deseos de dejar el colegio.

—Al contrario: mi mamá quería sacarme el año pasado y yo le supliqué que me dejara más tiempo. ¡Es tan tranquila y sosegada la vida del colegio!

—Pero monótona; usted no me lo negará. Esa tran-

quilidad y ese sosiego mal se avienen con los corazones jóvenes que principian á despertar á la vida.

—Seré rara; pero me avenía mucho.

—¿Piensa, acaso, meterse monja?

—Eso es mucho preguntar—replicó Laura sonriendo con benevolencia.

—Si la pregunta es indiscreta, la retiro; pero no habría extrañado una respuesta afirmativa.

—¿Me encuentra cara de monja?—preguntó Laura con coquetería apenas perceptible, pero que no escapó á Manuel.

—No me atrevo á contestarle.

—Y ¿por qué?

—Porque temo que usted se ría de mi poca perspicacia.

—Más claro: porque usted teme engañarse...

—Esa es la verdad—dijo Manuel algo confuso.

En esto, uno de los visitantes, el joven Arturo, filarmónico terrible, se acercó á Laura y le dijo con modo muy relamido:

—Laura ¿no nos hará el favor de tocarnos alguna cosa?

—Si usted lo desea...—contestó Laura sencillamente y se levantó.

Arturo la precedió, y con mucha oficiosidad y modo de quien lo entiende, dispuso convenientemente el banquillo, abrió el piano y se ofreció para buscar la pieza; pero Laura no admitió la oferta. Sabía que Arturo la haría tocar todas las piezas que él conocía de las que se hallaban en el estante, treta inocente de que echaba mano el mancebo para lucirse.

Mientras Laura registraba los cuadernos de música, Arturo tomó una silla, la colocó junto al piano y se sentó en la postura de un hombre que va á entregarse á profundas meditaciones.

—Arturo ¿por qué se pone usted ahí en berlina?—dijo don Roberto, caballero insensible á la música como el que más.

—Voy á gozar. ¡Déjeme usted gozar!—exclamó Arturo, extendiendo los brazos con el entusiasta ademán que usan los tenores al comenzar algún alegre que diga *O gioia! ó delizia!*

—¡Pues, hombre! Me gusta!—dijo don Roberto maravillado.—Y ¿no puede usted conversar aquí y gozar al mismo tiempo de la música?

—Usted lo puede; yo no—replicó Arturo con gravedad, y volvió á su primera posición.

Manuel, en tanto, seguía con la vista á Laura, y revolvía en su interior varios pensamientos. Ya se imaginaba que Laura ocultaba un corazón de fuego bajo las apariencias de frialdad; ya que era realmente fría y que procuraba encubrirlo con casi imperceptibles coqueterías; ya que no amaba ni era capaz de amar; ya que había entregado á alguno su corazón...

Laura comenzó á tocar la *Fantasia e Sonata* de Mozart.

Arturo arrugó el entrecejo. Aquella obra no se encontraba en su repertorio. Era versadísimo en *potpourris* de óperas italianas; pero, fuera de ahí, era de lo más lego en música. Para él Mozart, Beethoven, Haydn, sonatas, rondoes, todo lo clásico, en suma, no era más

que un hacinamiento confuso de armonías graves, de melodías no desarrolladas, de ideas musicales científicas, de disonancias atrevidas, de acordes tan extraños que obligaban al oyente á preguntarse: ¿por qué esto no me choca?

Sin embargo, Arturo no olvidó su papel de aficionado. Bien que no tenía ni idea de lo que Laura estaba tocando, desarrugó el entrecejo muy luego, é hizo un movimiento con la cabeza, como diciendo:—“Ya estoy.” Dió al semblante una expresión de hondo meditar, y llevaba el compás con su afilado pie. Esto pudo hacerlo sin inconveniente, porque Laura no obedecía á semejante batuta.

Manuel, que no era aficionado vulgar, conoció desde el primer compás la *Fantasia* y no pudo reprimir una sonrisa. ¿Cómo Laura se atrevía?.. Pero bien pronto la sonrisa se borró de sus labios. Laura tocaba con seguridad, limpieza y expresión admirables. Manuel cerró los ojos con disimulo: no quería ver artista ni instrumento; no quería que objeto alguno material lo distrajera de la contemplación de la belleza sencilla, severa, religiosa, castamente apasionada que resplandece en las obras del divino Mozart. Laura tocó el sublime adagio de la *Sonata*, como si estuviese inspirada. Fe, amor, recogimiento, ilusiones perdidas, esperanzas risueñas, imágenes vaporosas, mil afectos delicados, diversos y que se armonizaban, sin embargo, como provenientes de una causa única, eso sentía Manuel. Miró á Laura y la vió que tocaba impasible con la cabeza un poco inclinada hacia el teclado.

Cuando terminó el adagio, Laura, sin seguir adelante, se levantó del piano.

—¿Por qué no continúa?—le preguntó Arturo, asombrado de no haber oído un final bullicioso.

—Es larga la pieza...

—¡Estaba usted tocando tan bien!—exclamó Arturo.—Me hacía usted soñar.

—¿Soñar despierto, supongo?—dijo Laura sonriéndose.

—Nunca me quedo dormido cuando estoy oyendo música—replicó Arturo con seriedad.

—Muy bien, señorita. Bonita la pieza... Toca usted admirablemente—dijo don Roberto interrumpiendo una conversación sobre cierta venta de guano fiscal. Don Roberto aprovechó también la interrupción para encender un cigarro, hecho lo cual siguió conversando.

—¿Ha visto usted—dijo Manuel en voz baja á Laura—nada más imbécil que esas exclamacioncitas:—“¡Bonito! ¡muy bien!”, después de oír un trozo de Mozart?.. Si usted hubiese tocado unas cuadrillas, don Roberto habría exclamado:—“¡Sublime! ¡Divino! ¡Esto es música!”

Y Manuel, con gesto despreciativo, añadió:

—¡Qué hombres!

En seguida trabó conversación con Laura sobre música, pintura, poesía. Manuel se expresaba con entusiasmo. Laura le escuchaba sin alterarse y, de cuando en cuando, emitía opiniones de un gusto verdaderamente artístico, bien que tímido en manifestarse.

Ello es que cuando Manuel se retiró, llevaba muy alta idea de los conocimientos y del buen gusto de Laura; pero no sabía á qué atenerse respecto al carácter de

ella. Este misterio mismo en que se le aparecía envuelto, comenzaba á fascinarlo. Esa frialdad lo enardecía.

—¿Qué gozo—pensaba Manuel—hay comparable al de encender la llama del amor en ese corazón de hielo? ¿Qué placer más vivo y deslumbrante que el de hacer temblar ese cuerpo de mármol con un beso apasionado?... Y ¿por qué digo hielo y mármol? Ella es artista, no puede dejar de serlo, y el artista, por fuerza ha de amar, ha de amar... á un ideal, por lo menos. ¿Habrá encontrado Laura la realización de su ideal? ¿La andará buscando?...

Mientras más pensaba Manuel en Laura, más se transfiguraba ella á sus ojos. Como era hombre muy sensible y vehemente, con gran facilidad su imaginación emprendía raudo vuelo y en pos iban los deseos. Quería volver inmediatamente, no á sondear á Laura, sino á mirarla y oirla. Le asaltaban ímpetus de ser esclavo de aquella mujer, de adorarla, de obedecerla con sumisión absoluta. Recordó los consejos del cura Romero acerca de la elección de esposa, y le pareció que eran lo mismo que decirle:—«Cásese con Laura. Laura es la esposa que le conviene.» En efecto, con una esposa como Laura, Manuel se encontraba capaz de arrostrar á mil Menitas y á las hermosuras más provocativas del mundo. En prueba de ello, recordó sin la menor emoción aquellos momentos en que la gentil campesina lo volvía loco con la ingenuidad maliciosa y la gracia natural que poseía.

Doña Luisa aún no se había recogido cuando llegó Manuel.

—¿Cómo te fué, hijo?—preguntó la señora.

—Bien, mamá. He pasado un rato muy agradable. Doña Juana muy atenta... había algunas personas...— dijo con indiferencia Manuel, sacándose los guantes.

—Y de Laura ¿qué me cuentas?

—Que es como usted decía: algo friona; pero muy inteligente, y toca el piano como no habrá dos que la iguallen.

—¿Piensas volver?

—Volveré... he pasado entretenido... Como todavía permaneceré una semana más...

—Pudiera ser...—dijo doña Luisa con satisfacción.—Vamos... ya es hora de acostarse.

XV

Manuel despertó al día siguiente mucho más sosegado, sin aquellos transportes impetuosos de la víspera. Antes de levantarse se meció buen rato en las más agradables imaginaciones, impulsado por sentimientos tiernos y suavísimos. Veíase esposo de Laura, la cual ya había descubierto y manifestaba con infinita delicadeza un tesoro inagotable de amor. Veíase en un hogar tranquilo gozando de completa dicha:... rapazuelos que se revolcaban en la alfombra y lo incomodaban de una manera deliciosa; Laura que le interrumpía alguna instructiva lectura para mostrarle tímidamente un bordado, y, en el fondo, su adorada madre que contemplaba apacible y risueña ese grupo encantador. Y así como dicen que en el pedir no hay engaño, tampoco lo hay en imaginar, y Manuel imaginaba de tal modo que amontonaba sobre

sí, sin tasa ni medida, todos los goces del alma y todos los placeres de los sentidos compatibles con aquéllos.

El lavatorio disipó estas ilusiones, en cuya formación tiene buena parte el calorcito de la cama y la laxitud de los nervios, y Manuel volvió á la realidad para aburrirse. Respetos sociales le impedían repetir esa noche la visita. En ese día y el siguiente las horas se le hicieron interminables. La transfiguración de Laura seguía más y más: Laura era un dechado de perfección física y moral. Manuel la amaba ya con todas las fuerzas de su corazón. Á ratos obedecían sus pensamientos á un fatalismo especial y muy común en los enamorados. Entonces Manuel creía que Laura le estaba predestinada para esposa. Recordó que ella, cuando niña, le había inspirado un afecto singular; recorrió las circunstancias que ahora lo habían llevado á verla de nuevo, y le parecieron maravillosamente encadenadas y como si obedeciesen á un plan. Pero lo que más lo afirmaba en la idea de la predestinación susodicha, era la especie de amor que sentía. "Muchas veces—pensaba Manuel—me he enamorado seriamente, he deseado casarme; pero nunca he experimentado lo que ahora. No es amor como los otros: tiene algo nuevo, raro... Indudablemente, esta vez me caso." Manuel no se acordaba de que en las otras veces se había hecho exactamente las mismas reflexiones, y había creído sentir ese algo nuevo, raro; pero en casos de amor no vale más que el último.

Por fin, Manuel volvió á casa de don Antonio Franco. Este caballero había ya llegado de su viaje y recibió á Manuel con cariño; doña Juana con gozo y Laura

siempre con reserva, si bien en esta ocasión se manifestó un poco más comunicativa. Manuel habló con ella sobre diversos puntos; pero ya no estaba en situación de admirar la instrucción y sensatez de Laura, sino que, mientras conversaban, deleitábase Manuel en la graciosa boca, en el torneado cuello, en los dedos afilados en el breve pie, en el suave mirar de Laura. Á cada momento descubría en ella perfecciones que antes no había notado. La frialdad de aquella niña le pareció timidez encantadora; su reserva, discreción.

Con esta segunda visita, Manuel quedó enamorado perdidamente, y resolvió cortejar á Laura sin embozo ni disimulo, puesto que no había para qué tenerlo. Comunicó sus deseos á su madre, dándole gran gusto con tal determinación, y participó lo mismo á dos de sus más íntimos amigos, para que lo acompañasen y le hiciesen buen tercio.

Cuando don Antonio y su esposa tuvieron certidumbre de lo que sospechaban desde la segunda visita, no cupieron de contento y recibían á Manuel con agasajos extraordinarios y muy significativos.

Laura seguía sin dar señales de correspondencia amorosa; pero Manuel no lo notaba. Se había puesto tímido, ingenuo, contemplativo. Se espantaba de las atrevidas imaginaciones que hace poco había forjado. Miraba á Laura como un sér superior á él, como un ángel, como algo celestial cuyos favores no merecía. Al principio creyó muy hacedero conquistar á Laura. Confiaba en su propio valer, en sus riquezas, en su gallarda apostura; lo envalentonaba la acogida oficiosa que hallaba en todas

partes. Después le asaltó la desconfianza: no se encontraba con prendas suficientes para que Laura lo hiciera objeto de su amor, y andaba todo receloso, intranquilo, esperando únicamente en la generosidad de su altiva amada.

Á cada visita seguían conferencias interminables de Manuel con sus amigos, en las cuales se discutían con minuciosidad los actos y las palabras más insignificantes de Laura.

Manuel, de ordinario, le llevaba ramilletitos de flores delicadas y muy decidoras. En las conferencias se procuraba averiguar si Laura había hecho manifestación de amor ó de indiferencia al prenderse el ramillete al lado derecho, al izquierdo, en medio del pecho, al dejarlo como olvidado en la mesa, al tomarlo, al olerlo, al des-hacerlo distraída. Á semejantes disquisiciones daban también lugar las piezas que tocaba Laura, la manera como ofrecía á Manuel la taza de té, la respuesta que ella daba á tal observación ambigua, el lugar donde se sentaba, y mil otras pequeñeces que, para el amante, son materias trascendentales.

En las discusiones referidas, Manuel todo lo tomaba por el lado malo y se hacía el que perdía las esperanzas. Los amigos entraban á desvanecerle los temores y le probaban, con gran copia de argumentos, que Laura no hablaba ni se movía sino para manifestar su amor á Manuel. Éste no era tardo en conocer que á sus amigos les sobraba razón, y así lo declaraba con el modo de quien se reconoce indigno de una dicha muy anhelada que le sale al encuentro.

Ocasiones había en que los amigos, por echarla de

imparciales, juzgaban que algún acto de Laura era, por lo menos, dudoso. Al momento Manuel les contradecía con viveza, y sutilizaba el punto de tal manera, que convertía el acto dudoso en una de las pruebas más patentes de amor que hasta entonces había dado Laura.

Pasaban los días y, para un observador imparcial, Manuel no tenía ni el más leve fundamento para creerse correspondido; pero no se desanimaba. El amor lo había cegado y no á medias, sino completamente. En mucho contribuía á ello la conducta obsequiosa de los futuros suegros.

El verano ya estaba encima. Don Antonio se disponía á ir á pasar una temporada en Viña del Mar. Manuel, temiendo la separación, determinó declararse y pedir el sí á Laura. Antes de hacerlo resolvió ir por tres ó cuatro días á «Renaico» para dejar allá dispuestas las cosas en previsión de una larga ausencia. Una vez arreglado el matrimonio, seguiría á su novia á Viña del Mar, y no volvería á separarse de ella.

Manuel partió, pues, á «Renaico». En el viaje y, sobre todo, al llegar al vetusto caserón, recordó varias veces á Menita, pero sin desearla en lo más mínimo. Era aquél un recuerdo de aventura ya pasada, que, junto con ruborizar á Manuel, lo hacía sonreír.

—¿Cómo pude tomar á lo serio esa diablura?—pensaba.—¿Y aquellos fatídicos pronósticos del cura?... ¡Pobre caballero! Y ¡qué poco conoce el mundo! ¡Figurarse que una infeliz muchacha del campo pudiera cautivarme por toda la vida!... Vamos, es cosa de risa.

Manuel llegó á «Renaico» á medio día y, después de

conferenciar con su administrador, descansó un rato. En seguida montó á caballo y se dirigió á la éra. Estaban trillando hacía una semana.

El calor era sofocante. El cielo estaba blanquizco y refulgente. El verde manto que ostentaba la primavera en los cerros y secanos, había tomado un color amarillo rojizo, en el cual reverberaba el sol. Las masas de árboles que ahí había parecían manchas verdinegras de contornos ondulantes. Los charcos lanzaban reflejos deslumbradores. Por todas partes se oía el canto de las cigarras y el zumbido de los moscardones. Y este ruido confuso, monótono, cansado, respondía á la languidez y al aburrimiento que ocasionan las horas de calor excesivo, como al despuntar la aurora de esos mismos días se armonizan el canto alegre y variado de las aves, el vienteillo fresco y oloroso, con los bríos del ánimo y la luz de del entendimiento.

Al pasar junto á un bosque, sintió Manuel en la cara el aire frío, y oledero á poleo y hierbabuena. Entróse por la espesura, se desmontó y se tendió á gozar de la sombra. Sus ojos vagaban del sombrío ramaje á los toques de luz de afuera, y de ahí volvían á los troncos caprichosos, á las enredaderas silvestres, á las piedras cubiertas de musgo, á un hilo de agua cristalina que se deslizaba con trabajo por entre las hojas secas y las hierbas, cuyo tallo no alcanzaba á doblegar.

Luego su imaginación de artista buscó una figura de mujer que animase aquel sitio deleitable. Naturalmente evocó á Laura; pero su hermosura arrogante y severa, pedía un fondo magnífico y de lujo: cortinaje majestuo-

so, muebles ricamente incrustados, sedas y dorados artesones. Donde Laura estuviese no había de oírse el canto de las cigarras ni el murmurio de las hojas, sino sinfonías de Mozart; no había de aspirarse la fragancia de la hierbabuena, sino el perfume de esencias exquisitas.

La ninfa propia de ese lugar era Menita. Manuel, sin quererlo ni buscarlo, veía aparecer aquí y allí la fisonomía graciosamente incorrecta de la campesina, sus ojos vivarachos, su boca fresca y risueña, su cuerpo ágil, flexible, vestido con sencillez y limpieza. Oía que Menita lo invitaba á retozar en la verdura... De pronto, como el recién confesado que se coge en delectación pecaminosa y aparta de sí con energía la imagen tentadora, así Manuel. Se levantó de prisa, haciendo interiormente protestas de inquebrantable fidelidad á Laura, montó á caballo y siguió á galope hacia la éra.

Manuel muchas veces había visto trillar en los fundos que algunos de sus amigos tenían, pero nunca había puesto atención en el trabajo. La manera como se lo mostraban no era muy propia para despertarle interés.

El dueño de la cosecha, con un entusiasmo que á toda costa quería comunicar á Manuel, ni más ni menos que si la tal cosecha fuese de utilidad pública, lo cansaba á fuerza de decirle:

—Mira, Manuel ¡qué trigo! ¿Has visto grano más lleno y de mejor clase? Aquí tienes un puñado: tómale el peso... como plomo. Y ¿qué me le dices á la máquina trilladora? No hay máquina como la mía. Trilla ciento y más carretadas como nada. Acércate á ver el chorro

de trigo: grueso y limpiquito. Sale como aventado y en punto de ensacarlo. Sin embargo, lo aviento, porque no quiero que haya trigo más limpio que el mío. Los molineros mismos lo confiesan... ¡Oh! pero yo trabajo muy bien el terreno. ¡Qué sementera! ¡Qué espigas! De á cuarta y sin falla...

Y el cosechero mostraba á Manuel un manojito de espigas cuidadosamente escogidas y, sin tomar resuello y entusiasmándose cada vez más, continuaba:

—Toda la sementera está pareja. Á entradas del invierno picó la palomilla; pero no hizo daño. Ven acá. ¿Tienes miedo al polvo? ¡Estos caballeritos de Santiago!... Ninguna cosecha hay por aquí de más rendición que la mía. ¿Cuántas fanegas te parece que habrá en aquel montón? No hay menos de mil seiscientas. Pregúntale al mayordomo.

Y llamaba al mayordomo.

—Pascual—preguntaba el cosechero—¿cuántas fanegas habrá en aquel montón?

—¿En aquel montón?—repetía el mayordomo mirando el montón con semblante entre estúpido y socarrón, y sobando alguna tira de cuero.

—Sí... en aquél.

—Habrá sus setecientas fanegas.

—¿Setecientas? ¿Estás loco? Te digo en aquel montón. ¿No habrá mil seiscientas?

—¡Ah! ¿En aquel montón? Pensaba que su merced me decía en este otro. En aquél hay bien mil seiscientas fanegas. Hai mil seiscientas de sobra. Es lo que yo le calculo.

—¿Oyes, Manuel? Y este es hombre muy entendido en trillas y de muy buen ojo.

Y volviéndose al mayordomo, le decía:

—Cuéntale, Pascual, á este caballero qué tal es mi máquina.

—La máquina es superior. Anteayer se quebró el...

—Corre, Pascual, á espantar aquellos bueyes que se están comiendo el trigo.

No solamente en la éra tenía Manuel que soportar la charla y la ostentación bonachona y afanosa del huésped, sino que lo propio acontecía en donde éste tenía algo que mostrar: en la bodega, en la viña, en la quesería, en los establos, en los cercados.

Manuel, sin dejar de aprobar lo que le decían y de felicitar al agricultor, todo lo miraba como quien mira correr el agua por una acequia, pensando en distintas cosas. Así, en la éra, al mismo tiempo que decía:—«¡Qué bonito grano! ¡Qué excelente cosecha!» miraba á hurtadillas, como mozo y como artista á las muchachas que barrían los montones de trigo, ó buscaba un punto de vista para un paisaje, ó bosquejaba mentalmente, con las figuras y objetos que veía, un cuadro que se titularía «La cosecha», concebido según el estilo ideal y poético del famoso cuadro de Robert: «Segadores en los pantanos pontinos».

Tales cosas preocupaban á Manuel en eras ajenas y antes de trabajar en el campo; pero en su éra propia se volvió cosechero. Sin cuidarse del polvo y de la paja volante, inspeccionó minuciosamente el andar y el trabajo de la máquina trilladora; cogía puñados de trigo y los

hacía saltar en la mano para tantearles el peso; llamaba al mayordomo para que calculase las fanegas de los montones, y, si hubiese tenido á la mano un amigo complaciente, lo habría también cansado con datos que al otro tal vez le importarían tanto como á un minero.

Al trasmontar el sol, volvió Manuel á la casa. Iba contento, satisfecho, gozando del fresco y de la tranquilidad de la tarde.

Comió con apetito y, en seguida, se paseó largo rato en el comedor, pensando en Laura.

Retiróse á su cuarto y desenrolló el plano de la nueva casa. Vió las rayas que en él trazó su mano febril cuando estaba poseído de un deseo insano; las vió y las borró con prolijidad. Sintió un leve remordimiento, recordó un instante á Menita, la compadeció, y se puso á sacar cuentas del costo del edificio.

Pronto le cargó el sueño, se acostó y se quedó dormido con el mayor sosiego.

Al otro día, luego que bajó del lecho, entreabrió una ventana que daba al corredor de afuera, y divisó á Facundo apoyado en un pilar.

Manuel se desazonó.

—¿Para qué me querrá este bellaco?—se preguntó, y comenzó á vestirse con mucho despacio.

Manuel, cediendo á un vago temor, estuvo dudando si saldría ó no, si se haría el enfermo, si mandaría á decir á Facundo que volviese otro día.

Pero luego se recobró.

—¿Qué me podrá suceder?—se dijo.

Sin embargo, por lo que pudiera acontecer, se echó

al bolsillo un revólver que examinó previamente, y salió muy resuelto.

Facundo se dirigió hacia él, y con la humildad de siempre, se llevó la mano al sombrero.

—Buenos días, don Facundo—le dijo Manuel, tranquilizado por el aspecto respetuoso del padre putativo de Menita.

—Para servir á usted—contestó él con modo en extremo reverente.

Manuel perdió todo temor y, como si por esto debiera gratitud á Facundo, se puso muy cariñoso, y le dijo:

—Me alegro mucho de verlo. Siéntese. ¿Qué dice del calorcito?

—Así es; hace mucho calor. Siempre quema mucho el sol en el verano.

—¿Cómo le va de cosecha?

—Así, así... comenzando... Quería pedirle un favor, don Manuel—dijo Facundo con extraordinaria sumisión.

Al punto Manuel se puso en guardia y resolvió no dejarse embaucar.

Con la aspereza y recelo especial del que trata un negocio de dinero, preguntó:

—Y ¿cuál será el favor?

—Me encuentro en grandes apuros. Mis negocios no han salido bien... no he podido vender mis animales gordos... no he encontrado quién me preste... Si usted quisiera prestarme unos mil pesos, ú ochocientos que fueran, me haría un servicio muy grande. Por dos ó tres meses á lo más... Con papel... le firmaré papel... Pagaré intereses...

Manuel se rascó la barba y miró al techo.

—Si usted, don Facundo, conociera los apuros en que yo también me encuentro, no me pondría en mayores con el favor que me pide. Por ahora me es imposible prestarle ese dinero...

—Tal vez con quinientos...

—Aunque los rebaje á ciento, don Facundo. He tenido y tengo la mejor voluntad para prestarle servicios; pero respecto al de ahora... No es que no quiera, don Facundo, sino que no puedo... realmente no puedo. Una fianza... acabo de pagar una maldita fianza... Por ahora no tengo más que lo absolutamente necesario para mis gastos. En tres ó cuatro meses, tal vez antes, podré...

—Si es así... ¡qué le hemos de hacer!—dijo Facundo con cierto tono que manifestaba bien á las claras que no creía palabra de lo que Manuel decía.

Manuel, comprendiéndolo así, no siguió adelante con las excusas, antes bien, se aprontó para contestar á Facundo con rudeza, si persistía en solicitar el préstamo.

Facundo permaneció callado un rato.

—¡Qué le hemos de hacer!—repitió, y siguió callado.

Manuel comenzó á impacientarse.

Facundo, al notarlo, dijo:

—También, don Manuel, quería decirle otra cosa.

—Pues, dígala.

—El señor cura—dijo Facundo haciéndose el turbado—me ha aconsejado que case luego á Menita; pero ella no tiene dote porque no es hija mía. Como usted la ha desacreditado... me parece de razón... su conciencia lo dirá...

Manuel se cortó, no halló qué responder á esta salida imprevista.

—Créame, don Manuel—continuó Facundo—que si hubiese sido otro el que ha perdido á la niña... Más bien no diré nada. Como quiso la suerte que fuese usted, á quien debo tantos favores...

Manuel, avergonzado, confuso, y cediendo á un impulso de generosidad, dijo impensadamente:

—Que por mí no pierda casamiento Menita. Si con dote puede casarse, la dotaré. Es obligación mía. Doy mi palabra de que el día mismo que se case, mañana que sea, recibirá tal dote que... ya la verán. Puede usted afirmarlo así, don Facundo. El cura quedará encargado de entregar la suma.

Facundo se sonrió y dijo humildemente:

—Ya veo, don Manuel, que para Menita hay plata y para mí no hay.

Manuel no era embustero, y esta reflexión de Facundo lo humilló y acabó de confundirlo.

Vaciló un instante y luego exclamó levantándose.

—¡Hombre bien diablo es usted! Ande acá y venga á firmar un pagaré por los quinientos pesos que dijo.

—Señor, si usted...

—Ande, ande le digo—interrumpió Manuel, más enfadado consigo mismo que con el astuto campesino.

Entraron á la pieza de Manuel. Extendióse el pagaré á tres meses plazo, firmó Facundo y recibió un talón por quinientos pesos.

—Muchas gracias, don Manuel—dijo doblando el talón y guardándolo en su viejísima y sucia cartera.

Manuel, sin contestarle, se volvió á otro lado silbando.

—Muchas gracias—repitió Facundo.—Tal vez usted tendrá que hacer... es muy tarde... ya me iré... Adiós, señor.

—Adiós.

No bien salió Facundo, Manuel cerró violentamente la puerta y se tumbó en un sofá, renegando del campo, de los campesinos, de las campesinas y de sí propio que había dejado que le sacaran el dinero del bolsillo contra su voluntad, y que no había tenido ánimos para llamar bribón y bellaco á uno que lo era.

XVI

Tres días no más estuvo Manuel en «Renaico» y volvió á Santiago henchido de ilusiones y esperanzas. Le parecía que hacía un año que no había visto á Laura.

En la misma noche fué á casa de don Antonio.

Nada advirtió de notable, sino que Laura parecía más reservada que otras veces: y aun Manuel creyó notar en ella cierta intranquilidad. Sospechó inmediata-que los padres de Laura, temiendo tal vez que la frialdad de su hija lo acobardara, la habrían reconvenido acerca de esto. Lo confirmaron en esta sospecha las atenciones casi exageradas que le prodigaron don Antonio y la señora.

Manuel, por este motivo, redobló sus manifestaciones á Laura, trató á sus futuros suegros con la deferencia y confianza de un hijo, y se retiró más contento que nunca.

Don Antonio iba con su familia á pasearse en el Parque Cousiño en la tarde de los días festivos. Tocó que el siguiente al de la visita era domingo, y Manuel se dispuso á hacer entonces su declaración formal á Laura. ¿Qué más esperaba? Conocía á Laura lo suficiente, y él era suficientemente conocido. Pensó, además, que no sería bien visto que un joven de su edad, bienes de fortuna y posición social, cortejase tan abiertamente á señorita tan principal sin haber solicitado su mano.

Si esperarí el momento oportuno ó si lo ocasionaría, y cuáles términos sería conveniente emplear en la declaración, fueron puntos que lo preocuparon hasta encontrarse con Laura en el Parque.

El sol, en su ocaso, teñía de color de oro la copa de las árboles y la cordillera árida y sin nieve. Envolvía al Parque un crepúsculo delicioso que apagaba suavemente el verde de los árboles y del césped, y daba cierto relieve á las flores y á los trajes de color claro que lucían multitud de elegantes señoritas. El aire no estaba fresco ni bochornoso, sino tibio y suave: ocasionaba una somnolencia voluptuosa, predisponía á las amorosas ternezas y á íntimas confidencias. Se había cuidado de cortar las rosas marchitas y cubrir con los pétalos los senderos, y aquello de andar pisando rosas infundía un deleite poético indefinible. Percibíanse á ratos cuchicheos misteriosos, discretas sonrisas y un revuelto perfume de flores y esencias. Ya se oían sonoras carcajadas que partían de algún bote que bogaba en la laguna, ya la risa argentina de niños vestidos de seda y encajes que corrían en el césped.

Don Antonio y su esposa seguían á poca distancia la pareja de Manuel y Laura.

Manuel iba distraído. Hablaba poco. Hacía observaciones vulgares con voz temblorosa. Le asaltaban mil temores. Quería demorar para más tarde la declaración de su amor. En este momento decisivo, su entendimiento se había despejado; conoció con claridad que Laura no le había hecho manifestación alguna de la cual se pudiese inferir que le correspondía. Una declaración prematura ¿no le cerraría las puertas de un corazón que podría tal vez conquistar á fuerza de constancia? Pero ¡Laura era tan reservada! ¿No podría ser que en una manifestación de amor, por insignificante que fuese, viera ella un acto impropio de su sexo? Y en tal caso ¿no sería conveniente que él declarase desde luego sus intenciones sin pedirle un sí inmediato, sino resignarse á esperar lo que ella resolviese más tarde?

Laura observaba con inquietud á Manuel. Estaba más comunicativa que otras veces; pero sus frases eran breves, á menudo las dejaba sin concluir, manifestaba ideas vagas, como una persona que habla una cosa y está pensando en otra.

Dieron algunos paseos tocando varias materias. Sentáronse á descansar y volvieron á pasearse.

La luna llena había desprendido de las cumbres su disco reluciente, y convertía en bruma espesa y blanquizca la mole de granito de la cordillera. Su luz plateada, combatida por los resplandores rojizos que dejaba tras sí en la atmósfera el sol, oculto ya en el horizonte, cubría el valle como sutilísima gasa, en la cual los árbo-

les arrojaban sombras apenas perceptibles al principio, y que por momentos se oscurecían y distinguían más y más.

Manuel y Laura tomaron una senda estrecha, sombría y apartada.

Hacía rato que andaban silenciosos.

Laura, por fin, rompió el silencio con voz apagada, pero resuelta.

—Triste está usted, Manuel, esta tarde.

—¿Triste yo?... Al contrario...

—Por lo menos anda preocupado.

—De ninguna manera...

—Entonces su apariencia engaña mucho.

—Es decir... le diré... pensaba en el campo, en la soledad del campo. Tengo que irme luego á "Renaico"...

—Y si en el campo se aburre ¿para qué se va allá? Ninguna necesidad tiene usted de molestarse de esa suerte.

—No trabajo en el campo por negocio, Laura. El hombre, en llegando á cierta edad, comprende que el trabajo es cosa necesaria y natural, y entonces ó se ocupa en algo ó se entrega á la ociosidad y abre ancha puerta á los vicios, y en este caso es seguro que se le entrarán de tropel. Me he decidido por el trabajo del campo, porque es el que más bien se aviene con mis inclinaciones. Tal como yo lo tomo, es un trabajo libre, independiente, sano y saludable. Sobre todo, ofrece el espectáculo de la naturaleza, cosa inestimable para el que la ama y sabe gozar de ella. El espectáculo de la naturaleza levanta los pensamientos, infunde nobles aspiraciones y

nobles sentimientos, hace bueno y sencillo al hombre, como la contemplación de las divinas obras del arte.

Manuel calló, asombrado de haber cedido á impulsos tan ajenos de las circunstancias en que se hallaba.

Laura lo escuchaba cabizbaja y luego dijo:

—Pero todo eso no quita que usted se aburra en el campo. ¿Por qué no lleva á "Renaico" amigos que lo acompañen?

—Mis amigos tienen también sus ocupaciones, y de ir allá irían por pocos días, á dar una vuelta...

—Y si es así ¿por qué no busca una compañera? ¿Por qué no se casa?—preguntó Laura con extraña firmeza.

Manuel se sobresaltó. Había llegado el momento decisivo. Estaba perplejo.

—¡Casarme!... Y ¿quién me amará?

—¡Cómo! ¿Nunca ha amado usted?

—Sí; pero amores pasajeros...

—Y en esos, Manuel ¿no ha obtenido correspondencia?

—Sí; mas...

—Ya ve usted—interrumpió la joven.

—Laura—dijo Manuel con sencillez y tímida ternura—¿por qué se empeña en no comprenderme?... Sin usted ¿á dónde podría ir, que no hallase soledad y tristeza? En usted he cifrado toda ilusión, toda esperanza de ventura. ¡Ah! ¡Cuán feliz sería yo si desde ahora pudiese...! Laura, dígamelo: ¿me ama?

Laura inclinó la cabeza.

Un hielo mortal invadió á Manuel.

—¿Nada me dice, Laura? ¿Nada me responde?

—Le responderé — dijo Laura con suave y triste acento—le responderé, puesto que es preciso hacerlo. Otro posee mi corazón, tengo empeñada mi fe, y por nada en el mundo faltaré á ella. Él es pobre; trabaja en lugar distante; mis padres no lo quieren; pero nada me hará cambiar... Por otra parte, no creo haber dicho ó hecho cosa alguna que pudiera hacerle concebir la más remota esperanza.

—Es verdad—murmuró Manuel.

—Diré más—añadió Laura con dignidad y nobleza que nunca Manuel pudo olvidar.—El temor de que usted interpretase mal mis sentimientos me ha obligado á tratarlo á veces con indiferencia, tibieza y reserva que en realidad no sentía. Desde que lo conocí, su carácter y la semejanza de nuestros gustos é inclinaciones despertaron en mí viva simpatía, que espero ver correspondida alguna vez.

Manuel nada respondió. Había excuchado las últimas palabras de Laura como si fuesen murmullo sin significación alguna. No le parecía cierto, no podía creer que acababa de oír á su amada:—«Otro posee mi corazón,» y, sin embargo, no osaba pedirle que repitiera lo dicho. Sentía ansias de llorar, de desahogar un peso que le oprimía el corazón. Tan pronto le venían ímpetus de arrojarle á los pies de Laura y suplicarle, como una víctima al verdugo, que suspendiese ó, por lo menos, demorase la inexorable sentencia; tan pronto quería violentar á esa mujer, cometer alguna locura...

Laura tuvo miedo. Retardó el paso y, cuando sus padres estuvieron más cerca, les dijo:

—Vámonos. Ya es tarde.

Don Antonio y su esposa comprendieron que algo grave había pasado entre ambos jóvenes, y, sin replicar, se dirigieron al lugar donde los esperaba el coche.

Manuel seguía al lado de Laura; despidióse maquinalmente y cuando partió el coche, no se movió del sitio. Le pareció oír voces enojadas, sollozos...

—¡Á un lado, caballero! ¿Está esperando que lo atropellen?—gritó un cochero, torciendo violentamente los caballos.

Manuel miró el peligro con absoluta indiferencia y se apartó muy despacio.

—¡Adiós, Manuel! ¿Voló la paloma? ¿Andas buscando los rastros por el suelo?—gritaron de un faetón que pasó á trote largo.

Manuel ni siquiera hizo ademán de contestar el saludo.

Miraba con dolorosa extrañeza los coches, los paseantes, los alegres grupos de jóvenes, y hasta los árboles inmóviles y las tranquilas aguas de la laguna. Todo estaba como si nada hubiese acontecido.

Manuel sintió que su mente se adormecía, como miembro después de un golpe recio. Á ratos divagaba; pensaba en su cosecha, en sus caballos, en mil cosas.

Buscó un lugar solitario, se tendió en la hierba, y ahí estuvo largo rato mirando... una hoja seca, una rama quebrada. Sentía rumores extraños que lo sobresaltaban, forjaba quimeras...

Ya era tarde cuando montó en coche.

Al entrar en su casa, le vinieron de nuevo las ansias

de llorar y el peso en el corazón. Buscó á su madre. Por fortuna la halló sola, y, sin hablarle, se echó en sus brazos llorando como un niño.

XVII

Manuel y su madre hicieron un viaje á Valdivia y regresaron en marzo á Santiago.

El desengaño padecido ya no atormentaba á Manuel, sino que le quedaba un dejo amargo que lo volvía pesimista, un temperamento casi irritable, cierta vaga melancolía que lo apartaba del bullicio y de las sociedades numerosas, cierta sensibilidad mórbida por la cual lo atraía todo lo triste y lo lastimaba todo lo alegre. Pero estos accidentes del carácter íbanse borrando, y en ocasiones, Manuel volvía á ser el joven cortés, desenfadado é ingenioso que antes era.

No tardó en aburrirse en Santiago y determinó ir á «Renaico». Invitó al fundo á dos de sus más íntimos amigos, y también á Arturo, aquel mismo joven que se halló en la primera visita de Manuel á casa de don Antonio.

Arturo era muchacho de condición apacible, de constante buen humor, de paciencia ejemplar, llano, servicial, humilde y abierto con todos. Estas eran sus virtudes. Sus flaquezas y defectos (porque vicios no tenía) eran tales que nadie se los habría quitado, porque no dañaban á persona alguna y divertían á todos. Estaba lleno de pequeñas presunciones. Sin ser feo, se creía

bonito, y se jactaba discretamente del supuesto influjo que su buena presencia ejercía en las mujeres. Tenía un regular acopio de seducciones imaginarias, que refería de ordinario con modo tranquilo y un tanto desprecia-tivo, como dando á entender: «Esto es nada... ¡Si les contara yo...!» Pero nunca nombraba la mujer ni daba datos de ninguna clase, por los cuales pudiera sospecharse quién ella fuese. La echaba de gracioso, y no tenían pizca de gracia sus chistes y chascarrillos; pero daba risa su empeño en hacer reír y pasar por agudo. Era más que medianamente tímido, y se presentaba como héroe de lances siempre más peligrosos que el último que alguno de los presentes acababa de contar; sin embargo, ni por asomos tenía aire de fanfarrón. Poseía muy escasa renta y se bandeaba sabe Dios cómo. Esto, empero, no impedía que tuviese parte en las especulaciones más atrevidas, y se hallase á menudo en vísperas de ser hombre muy rico. Hablaba de que sus numerosas ocupaciones no le dejaban un rato libre, y á donde lo invitaban él iba.

Casi siempre se le veía en el mostrador de los cafes bebiendo pisolabis á costa ajena.

De cuando en cuando se entregaba á la melancolía, y entonces se hacía el romántico, vestía de negro, hablaba de los desengaños de la vida, decía que comprendía el suicidio, y bebía más pisolabis que nunca, porque quería ahogar en el licor sus hastíos byronianos.

Manuel creyó que nadie había más á propósito que Arturo para acompañarlo á «Renaico», y lo mismo pensaron los otros dos invitados.

Yendo Manuel á buscar á Arturo para invitarlo, lo encontró casualmente en la calle.

—¡Hola, Manuel!

—Buenos días, Arturo. ¿Andas en algún negocio?

—Precisamente iba á ver un individuo... cierto negocio...

—¿Será muy urgente?

—Así así... ¿por qué?

—Porque si no estás de prisa, podríamos ir á beber una copita...

Arturo miró el reloj.

—Sí—dijo—podemos ir. Un cuarto de hora más ó menos... El otro esperará.

Entraron á un café, y mientras bebían á sorbos lo que cada uno quiso pedir, dijo Manuel:

—¿Cómo te hallas, Arturo, para pasar algunos días de campo?

—Voluntad no me falta; pero el tiempo, hijo, el tiempo es lo que me falta.

—Vamos á ver ¿no te gustaría ir conmigo á "Renai-co"? Pasaremos muy bien. Estarás allá el tiempo que quieras: me comprometo á no ser cargoso y exigente contigo para que te quedes. La casa es vieja, fea; pero nada falta y llevaré cuanto ustedes deseen... He convidado también á Pedro y á Luis. No iremos más que los cuatro. ¿Qué te parece?

—¿Cómo me ha de parecer? Muy bien, por cierto. Algunos días de campo me vendrían de perlas, porque desde ayer estoy de malísimo humor. Todo me disgusta... no sé qué hastío... ¡qué diablos!... ¡Esta sociedad

de Santiago tan monótona! Todas las diversiones son iguales... igualmente tontas. ¡Y aquellas pequeñas intrigas de los salones!... Que Fulano dijo esto, que Zutano dijo aquello, que porque uno mira acá, la Fulanita se pone celosa... ¿Has visto nada peor que una mujer celosa? Anoche no más tuve con cierta chica una explicación... pero le hablé claro. La pobre se quedó muerta. Verdad es que así más lo quieren á uno. Ya me cargan las niñas de Santiago, y querría variar. Alguna Galatea... ¿cómo son las de por allá?

—Te advierto, hijo, que para eso no te convidó.

—¡Oh! Si te parece mal, no he dicho nada.

—¿De manera que cuento contigo?

—Hombre—dijo Arturo mordiéndose el bigote y mirando al suelo—hombre, tengo unos compromisos... ¿cuándo es el viaje?

—Pasado mañana.

—Pasado mañana...

Arturo, rascándose la barba y mirando el techo, murmuró entre dientes, pero de modo que se le entendía:

—Pasado mañana... Ahora veo á Pablo y le digo que en esta otra semana...; á Juan, que arreglaremos después... Mañana veo á la señora y á José Francisco y como no hay apuro...

En seguida Arturo, volviéndose á Manuel, le dijo con decisión:

—Te acompañaré. Puedo arreglarlo todo. ¿Nos juntamos en la estación?

—Pasaré á buscarte.

—Excelente.

Y luego se despidieron.

El día designado, los cuatro amigos emprendieron el viaje, bien dispuestos á divertirse; pero cuando bajaron del coche frente al caserón de «Renaico», los invitados perdieron el ánimo.

—¡Qué ruina! ¡Qué vetustez!—exclamaron en coro; y preguntaban á Manuel:—¿Cómo puedes vivir aquí? ¿Cómo diablos puedes enterrarte aquí?

—Á todo se acostumbra uno—replicó Manuel—y déjense de asombros y entren, que la mesa está pronta.

En esto acertó á pasar frente á ellos una mujer que caminaba á la sombra de los álamos. Con la una mano sujetaba en la cabeza un haz de leña, y con la otra—cuyo brazo arremangado, fuerte y bien torneado, pendía á lo largo del cuerpo—llevaba asido un cantarillo. Su talle era derecho, esbelto, verdaderamente escultural; las facciones toscas, el pelo negro y desgredado, la tez quemada. Vestía sucia saya de percal, de bordes andrajosos, que le llegaba á media pierna, y una chaqueta gastada y descosida en partes, sin cuello, de modo que dejaba desnudo el pescuezo corto y vigoroso. Iba descalza y pisaba con firmeza. Había tal armonía entre la fisonomía, la actitud, el porte y el vestido de la mujer; respiraba toda ella tal fuerza y vigor de ánimo; daba tales indicios de abrigar pasiones vehementes y sensuales, que suspendió y maravilló á los jóvenes santiaaguinos.

Arturo comenzó á guiñar un ojo á los demás y á toser como si tuviese carraspera. La mujer, que bien comprendió lo que aquello significaba, volvió desdeñosa-

mente la cara, como queriendo decir:—«¡Con merengues no me alimento yo!»

—¡Ay, hijos!—exclamó Arturo con modo sentimental.—Esto abre el apetito... ¡Á la mesa!

Como la comida fué abundante y las libaciones copiosas, después quedaron los amigos buenos para nada, sino para embromar á Arturo; y discurriendo cómo pasarían el tiempo, acordaron levantarse de madrugada el día siguiente, é irse á almorzar á un monte muy espeso que había en «Renaico» por el lado de la cordillera.

Si bien habían dudado de que se verificase el paseo por la hora tan temprana á que era preciso salir, lo hicieron como lo habían pensado. Levantáronse al rayar el alba, con la presteza y ánimos del que esto hace una ó dos veces al año, montaron á caballo y emprendieron la caminata, acompañados de un baquiano que arriaba una mula bien cargada de provisiones.

El amanecer estaba fresco, alegre y muy sereno. Con tiempo tan agradable, nuestros jóvenes se sentían con ánimos de andar hasta el fin del mundo; y como cuando uno va contento y satisfecho, en todo se goza y todo lo celebra, iban ellos admirando cuanto veían, y lanzaban exclamaciones de entusiasmo, ni más ni menos que si estuviesen leyendo versos de sublime poesía. El baquiano, buscando lo que ocasionaba tales exclamaciones, no lo encontraba, y decía por lo bajo:—«¿Qué estarán viendo estos caballeritos?» Los caballeritos, empero, cansados de ver adoquines, asfalto, líneas rectas, estrechas fajas de cielo, artificio y simetría en parques, jardines y alamedas, no podían contemplar sin entusiasmo vastos ho-

rizontes, senderos tortuosos, verdura, praderas, la vegetación libre y espontánea, la naturaleza en su bello desorden. Y esto á la hora en que el alba difundía su claridad indecisa y flotante, como neblina sutil y luminosa, suavizando los contornos, igualando los tintes y devolviéndoles en transparencia y poética vaguedad lo que les quitaba de variedad y viveza.

Al principio llamaron la atención de los jóvenes los canelos y arrayanes apiñados en los terrenos vegosos, y cuyo tupido follaje se hacía más impenetrable con las varias enredaderas que lo cubrían, entre las cuales atraía la vista la que llaman *cabello de ángel* por sus hojas y filamentos rubios como el oro. Cuando veían un mai-tén, no dejaban de aplicarle el epíteto de "bonito", dirigido más bien al hermoso verde de sus hojitas y á la gracia femenina de sus delicadas ramas, que á la forma del árbol, copuda, sin vigor ni atrevimiento. Al pasar algún manantial, deteníanse á mirar las pataguas de torcido y nudoso tronco, que se agrupaban á una y otra orilla, más cuidadosas de ocultar el agua cristalina que de remontarse en busca de aire y de luz. En las laderas contemplaron con curiosidad los boldos y maquis, arbolillos vulgares, pero de sabrosísimo fruto.

Luego comenzó el terreno á presentarse muy sinuoso, con puntos de vistas que abarcaban hondonadas oscuras, vallecitos pintorescos con alguna choza solitaria, de la cual se desprendía una columnita de humo azul; cerros caprichosos; nieves lejanas, y encima un cielo transparente, variado por ligeras nubes que reflejaban el fuego de la aurora.

El camino que seguían, ya se internaba por espesuras de peumos, quillayes y robles, entrelazados por los robustos y desnudos tallos del cóguil, que solían pender de las altas ramas como serpientes que se descolgasen al suelo; ya trepaba por el talud de una quebrada profunda, y se veía el talud opuesto cubierto de gigantescos árboles, y en él aparecían aquí y allí toques de tierra rojiza, ó el lustre ceniciento de algún despeñadero, ó el brillo de un salto de agua, cuyo rimbombo acompañaba largo rato á los caminantes.

El sol ya calentaba, é hicieron alto para almorzar, bajo una espesa sombra, al lado de un inmenso peñasco desprendido quién sabe de dónde y que se había detenido junto á una vertiente. Descargóse la mula, hicieron un gran fuego, y al poco rato comían con un apetito que Arturo calificó de «encantador».

Después de reposado el almuerzo, Pedro y Arturo se fueron por un lado á cazar. El baquiano los llevó á una vega donde, según dijo, solían parar muchos patos, y, si no los había, no dejarían de encontrar bandadas de loros en el camino. Manuel y Luis, que trajeron útiles de pintura, se fueron por otro lado en busca de paisajes.

Hasta la tarde no volvieron á juntarse en el mismo lugar. Los cazadores no trajeron más que media docena de loros; los pintores aprovecharon más bien el tiempo, y mostraron numerosos bosquejos.

Hicieron las onces y, al caer de la tarde, tomaron la vuelta de la casa.

—¡Qué cazadores!—exclamó Luis.—¿No les da vergüenza de haber gastado la pólvora en salvas?

—Despacio—replicó Pedro.—Averigüe primero si hemos gastado la pólvora.

—Pues ¿en qué se han llevado?

—Pregúntenlo á Arturo—dijo Pedro.—Antojósele pasar á un rancho á tomar agua, y, como es tan comadrero, se sentó á buen viaje á conversar con la gente que ahí había.

—Especialmente—interrumpió Arturo—con un par de muchachas ariscas, selváticas y, con eso, vivas y agudas como el diablo.

—Ello es—continuó Pedro—que no pude sacarlo del rancho. De ahí no pasamos. Cuando nos pareció avanzada la hora nos volvimos. Estos loros los cazamos de paso.

—Por lo visto—dijo Manuel en tono de broma y señalando á Arturo—este badulaque quiere desmoralizar á mi gente.

—Hombre, tanto como eso no—replicó Arturo.—Algunos requiebros... La verdad es que me entretuve muchísimo con la dueña de casa, una vieja bruja...

—Y ¿qué conversabas con la vieja?

—Le pregunté cómo le iba, y me contestó con una sarta de quejumbres: estaba muy pobre, no tenía qué comer, no le daban ración de tierra, á su marido no lo dejaban parar en la casa, no le permitían tener ni á uno de sus chicuelos para traerle leña, sino que todos habían de salir al trabajo, y qué sé yo qué más. Y todo ¿por qué? Porque el capataz, que es hombre viejo y casado, andaba prendado de una de las muchachas.—"Pobre soy, señor, me dijo la vieja, pero nadie me gana á honrada, ni nadie es más cuidadosa de sus hijas que yo y que

lo digan todos los que me conocen. De otras sé yo que dejan alojar forasteros en la casa, y consienten que sus niñas anden solas por donde les da la gana. Esas viven como ricas, y el capataz y los mayordomos no les exigen ni peones, ni nada, y les dan las mejores raciones. En una cargan la mano... ¡Cómo ha de ser! Á la honradez, pobreza, y cargarle la mano. Pero más que así sea: primero está mi conciencia y después lo demás. El capataz me ofrece lo que yo quiera; pero yo sorda como tapia, y él de puro enojado nos pone mal con el administrador y el administrador con el patrón.»

Manuel llamó en este punto al baquiano, y le preguntó:

—¿En qué rancho estuvieron?

—En el de mi compadre Juan Soto.

—Está bien.

Y Manuel, volviéndose a sus amigos, les dijo:

—Pues, oigan ustedes, para que conozcan lo que es esta gente.

—Espera que acabe mi cuento—interrumpió Arturo.—Después que la vieja me hubo referido eso y mil cosas más, me suplicó con gran humildad que consiguiese del patrón don Manuelito, caballerito el más bueno que había estado en «Renaico», que le aviara una ovejita, y le prestara una yuntita de novillos para el barbecho que tenía que hacer en la primavera, y que le diera una carretadita de carrizo para el rancho que se llovía todo, y que le diera un peoncito para techarlo, y que le diera de ración de tierra una lomita que había junto al rancho y que el patrón no sembraba, y que...

—Basta, hombre—interrumpió Manuel—y déjame hablar. Les advertiré que si hubiesen parado en otro rancho, es seguro que habrían oído las mismas quejas ú otras parecidas. Es una costumbre de esta gente: quejarse cuando hay quien los oiga ó pueden hacerlo con fruto. Si algo consiguen con sus quejas, bueno; si nada sacan, quedan lo mismo: sólo hacen un gasto de mentiras y falsos testimonios, que para ellos es nada. Cuando me hice cargo de «Renaico», los inquilinos venían por docenas con tales quejas: á uno le tenía ojeriza el mayordomo, á otro le habían quitado injustamente su rancho, á éste no le permitían tener sus animalitos en la parte donde siempre los había tenido, á aquél no le querían dar cercado junto á su vivienda. Yo, recién llegado y novicio en asuntos de campo, les prometí atender todos los reclamos. Singularmente me inspiraron compasión la mujer de Juan Soto y otras mujeres que se presentaron con reclamos parecidos al de ella. Entré en averiguaciones y me convencí de que, salvo en uno ó dos casos, no había pizca de verdad en lo que me habían contado. Respecto á Juan Soto, supe y conocí que el tal es un taimado que no pára en la casa por correr la tuna, y nunca cumple sus obligaciones de inquilino; su mujer, la vieja, siempre anda de parranda con las muchachas y sabe cerrar un ojo cuando le conviene. El capataz es hombre excelente y muy formal. Verdad que es un poco aficionado á la fruta del cercado ajeno, pero no abusa de su mando. Sin duda la vieja ha querido que el capataz abusase del mando en provecho de ella; el otro no habrá consentido, y de ahí viene...

—¡Y uno—exclamó Luis—que se imagina á estos campesinos como corderillos inocentes!

Manuel movió la cabeza como vacilando y dijo:

—Lo cierto es que estos infelices son, por lo común, buenos en el fondo, y aun desprendidos y generosos; pero la perpetua necesidad en que viven, ahoga en ellos los buenos sentimientos y desenvuelve sus malos instintos. Entre éstos, los principales son la codicia y el egoísmo. Todo bien considerado, lo natural es que sean codiciosos, egoístas, astutos, rateros, y, si no lo fueran, sería cosa de admirar. Según nuestro rancio sistema de inquilinaje, el patrón puede, el día que quiera, quitar el rancho al inquilino ó despedirlo. ¿Cómo podrá el inquilino cobrar cariño al lugar donde vive, al techo que lo guarece? ¿cómo podrá formar un hogar y darse aquellas comodidades elementales que impulsan al orden y economía, si sabe que un capricho del patrón puede mañana mismo quitarle la miserable choza y el pobre huertecillo, y echarlo á vagar tierras? El que no tiene hogar, ni espera tenerlo, no mira lo porvenir, y el que no mira lo porvenir, una vez satisfechas sus necesidades primordiales, disipa el resto de su haber y adquiere y alimenta hábitos viciosos. Ahora bien, el que apetece dinero para satisfacer vicios no es menos codicioso y sin escrúpulos que el avaro que lo apetece para guardarlo.

«El inquilino—continuó Manuel—no pierde ni gana con que el patrón gane ó pierda. Su condición no cambia en lo más mínimo. ¿Por qué había de interesarse en las cosas del patrón? ¿Por qué le ha de importar que el patrón gane? Y si está viendo en el patrón un ejemplo

de supremo egoísmo y, con frecuencia, de rapacidad é injusticia ¿no es natural que el inquilino y el peón sean más egoístas y más rapaces? El patrón suele echar en olvido que los trabajadores de su fundo son hombres como él, y á menudo más inteligentes que él, y por un puñado de trigo y otro de frejoles, se cree con derecho á exigirles, no sólo trabajo, sino también actividad, fidelidad y escrupulosa honradez. Por otra parte...

—Hombre—interrumpió Arturo—suspendamos la dilucidación de este problema. Quedará en tabla para la sesión nocturna. Yo formo incidente previo sobre cierto asuntillo...—agregó carraspeando mucho y mirando á Manuel con ojos picarescos.

--¿De qué se trata?—preguntó Manuel.

—¿De qué? ¿De qué? Adivina—repuso Arturo acercándose á Manuel.

—No adivino—dijo Manuel algo confuso, porque sospechó la broma.

—Mira, bribonzuelo—prosiguió Arturo—nada nos habías contado. Entre amigos... ¿ó se acabó aquello?

—¿Qué cosa, hombre?—preguntó Manuel casi fastidiado.

—Vamos. Si te enojas, no digo nada.

—Ni he pensado enojarme.

—¡Cómo habías de enojarte por tan poco!

—¡Oh!... Di luego—exclamó Luis con impaciencia.

—La cosa nada tiene de particular—dijo Arturo.—Una conquista de Manuel... cierta Menita que es de lo mejor que pueda hallarse en estos contornos.

—Nada...—dijo Manuel siguiendo la brema.—Recién

llegado al campo... la novedad... Fué cosa de unos pocas días y ya pasó.

—Y el lugar que ella dejó ¿todavía está vacante?— preguntó Arturo.

—Vacante... y quedará vacante—repuso Manuel con el desgano del que trata de cosas del todo indiferentes.— Fué una niñería...

Á pesar de la indiferencia que Manuel procuraba manifestar, conocieron sus amigos que el asunto le desagradaba, y llevaron la conversación á otro terreno.

Al ponerse el sol llegaron á la casa muy quebrantados por la caminata. Al día siguiente no se movieron, y en los otros se contentaron con breves excursiones por los alrededores; pero Manuel tuvo buen cuidado en no llevarlos á Mellico.

Como á la semana, Pedro y Luis se volvieron á Santiago. Arturo habló de una carta de su agente, en la cual le comunicaba que no había por lo pronto negocios que reclamaran su presencia, y dijo que permanecería algunos días más en "Renaico".

XVIII

Mucho desazonó á Manuel esta resolución de Arturo, no tanto porque á solas con él cansaba su conversación frívola é inocentemente jactanciosa, como por temores de muy diversa especie. Arturo era muy comadrero, como se ha visto; pronto averiguaría dónde vivía Menita, desearía conocerla, iría á casa de Facundo, y con su despejo y llaneza se insinuaría con toda esa gente y podría

cautivar á la niña. No hay que decir que Arturo se enamoraría de ella la primera vez que la viese. Y ¿qué podía hacer Manuel para evitar que Arturo la viera? Nada. No podía exigir á su amigo que lo acompañase el día entero. Menita no vivía en «Renaico» ni dependía de Manuel. Y, sobre todo, ¿no había confesado con entera seriedad que lo de Menita había pasado para no volver?

Manuel comenzó á conturbarse. Sentía celos, despecho. La idea de que Arturo podía tener en sus brazos á Menita, lo asediaba.

Hacía tiempo que no había visto á Menita. ¿Cómo estaría? ¿Habría cambiado? ¿Qué vida llevaba?... Le acudieron vehementes deseos de volverla á ver y, al propio tiempo, de protegerla. Si bien él la había deshonorado, no la había corrompido, y era obligación suya impedir que alguien la empujase del todo al precipicio. Como estos eran sentimientos nobles y honrados, Manuel se entregaba á ellos sin reserva, esforzándose en convencerse á sí propio de que no lo movía más que la honradez y que, por cierto, no se trataba de volver á las andadas.

Arturo no había vuelto á pensar, desde el día del paseo á la montaña, en aquella Menita de la cual le habló la vieja. Se quedó en «Renaico» sin ninguna mala intención, no más que porque ahí lo estaba pasando á maravilla; bien comido, bien bebido, bien dormido, y enteramente dedicado á la caza, su diversión favorita.

Sucedió, empero, lo que Manuel temía.

En una de sus excursiones, Arturo llegó á Mellico y, al pasar frente á la tienda de Facundo, preguntó al

mozo que lo acompañaba que de quién era esa tienda.

—Es de don Facundo—contestó el mozo sonriendo-se con malicia.

—Y ¿qué tiene ese don Facundo que te da risa?

—Nada, señor.

—¡Hombre!...—exclamó Arturo, asaltado por idea súbita.—¿Esto es Mellico? ¿No vive por aquí una Menita?...

—Aquí vive, señor. Esta misma es su casa.

—Pues, hombre... voy á apear-me. Dicen que es muy buena gente. Á ver si me dan algún refresco...

Arturo se desmontó y entró á la tienda.

—Buenos días, señora. Amigo, para servir á usted—dijo saludando cortesmente á Facundo y á Josefa, que estaban contando dinero en un extremo del mostrador.

—Sigan no más... no corre prisa...

—Ya vamos á acabar...—dijo Facundo.—¿Necesita algo?

—Sí; un pañuelo de narices... aunque sea de algodón... Acabo de perder el mío...

Mientras Facundo buscaba en los escaparates, Arturo, recorriéndolos con la vista, decía:

—¿Saben ustedes que la tienda está muy surtida? No creía encontrar por acá tiendas como ésta, ni campos tan cultivados como los que he visto por el camino.

—¿Usted no ha andado nunca por estos lugares?—preguntó Facundo, presentando á Arturo algunos pañuelos.

—Es ésta la primera vez. Soy del norte, de Aconagua. Tengo allá una hacienda... No sé por qué me ima-

ginaba que en estas provincias del sur había mucho atraso. Para quitarme esta idea, me invitó Manuel á «Renaico»... Supongo que ustedes conocerán al dueño de «Renaico»—agregó Arturo con muchísima naturalidad.

—¿No lo hemos de conocer, si es nuestro vecino?—contestó Facundo.—Es caballero muy bueno y muy cumplidor.

—Y muy buen amigo. Me invitó, como digo, y me he convencido de que aquí trabajan... como se debe. Tomaré este pañuelo. Páguese usted—dijo Arturo entregando un billete.—Y no escasea la caza. Soy loco por ella.

—¿Le gusta cazar?—preguntó Facundo, muy relamido.

Desde que oyó que Arturo era amigo de Manuel, dejó cierto mirar desconfiado y tomó un modo de persona dispuesta á complacer y servir.

—Mucho—dijo Arturo—pero es diversión que cansa y acalora... ¿No vende usted uva? Diviso desde aquí un emparrado con racimos que me están tentando.

—Pase usted á la pieza y le serviré.

—Mil gracias, amigo.

Entraron á la pieza, y Facundo, luego que ofreció asiento á Arturo, salió al pasadizo y gritó:

—¡Menita! Trae un plato de uvas.

Arturo, al oír esto, cobró nuevos ánimos.—«Bien va la cosa», se dijo para sí. Del tono semiserio en que había comenzado, pasó á la familiaridad campechana. Cuando entró Menita al rato, los halló conversando como dos amigos.

—Señorita, mil gracias—dijo Arturo, levantándose para recibir el plato de uvas; y volviéndose á Facundo, le preguntó:

—¿Es hija suya?

—Sí.

—Pues, amigo, le juro que en mi tierra no se conoce fruta tan bonita.

—En el huerto—dijo Facundo—hay uva mejor y más bonita; pero...

—¡Qué uva ni qué calabazas! Estoy hablando de su hija. Hágase el que no entiende...

Menita, que se había puesto muy colorada, hizo ademán de retirarse. Arturo, al notarlo, comenzó á hablar del extraordinario parecido de Menita con una señorita muy principal de Santiago, grande amiga suya. Menita, por no interrumpir el examen y la comparación de Arturo, tomó asiento.

Arturo saboreó las uvas una por una y, mientras tanto, contaba cuentos é inventaba mentiras sin pestañear. Lo singular era que daba minuciosas noticias de cómo se hacían las labores agrícolas en Aconcagua. Cuando Facundo le preguntaba por eso, Arturo decía: —"Pues, y aquí ¿cómo hacen este trabajo?"—"De tal y tal suerte", respondía Facundo.—"Allá es casi lo mismo, con pequeñas diferencias"... decía Arturo, y repetía con variaciones insignificantes lo que acababa de oír. Facundo le escuchaba con grande atención y creía que estaba oyendo cosas nuevas.

Arturo no alargó mucho la visita, ni anduvo con miradas á hurtadillas á Menita, ni con requiebros malicio-

sos, con lo cual se acreditó de caballero franco, llano y alegre.

Al tiempo de subir á caballo, dijo Arturo:

—Han de saber ustedes que en Aconcagua, la gente es más cortés que aquí. Cuando uno va por primera vez á una casa, se la ofrecen...

—Si aquí no ofrecen la casa, en cambio siempre están las puertas abiertas—replicó vivamente Menita, mientras Facundo se sonreía estúpidamente sin saber qué decir.

—Me alegro de saberlo—dijo Arturo—porque he descubierto por aquí cerca un lugarcito donde hay muchos pájaros y, como lo he hecho hoy, vendré estos días á comerle las uvas á don Facundo. Que lo pasen ustedes bien.

—Con tal que no se vuelva zorzal...—le gritó Facundo, riéndose de la gracia con una risa estrepitosa que parecía nacerle del fondo del vientre.

Arturo no salió de la casa de Facundo tan despreocupado como parecía. No creyó que Menita fuese lo que era. Pensó ver á una buena moza provocativa, y se halló con una señorita tras de la cual habría bebido los vientos si la hubiese encontrado en algún paseo.

El desengaño y la tristeza habían dejado huellas en el rostro de Menita; pero sin desmejorarlo. No ostentaba, como meses antes, frescura y lozanía. En cambio, el suave livor de las ojeras y la palidez de las mejillas, daban á la mirada de Menita mayor fuerza de expresión, que ya no era de malicia y viveza sino de melancolía. Nunca la tristeza parece más poética y amable que cuando imprime sus señales en una fisonomía viva y

graciosa. Cuando roba los colores y demacra á una cara redonda, llena, que manifiesta principalmente buena salud y vigor físico, le da un aspecto de resignación forzada que sólo infunde lástima. En la primera uno lee el recuerdo de dichas é ilusiones ya pasadas, en la segunda ve dolor por el bienestar perdido y disgustos por las incomodidades presentes.

Arturo se sintió atraído hacia Menita por irresistible simpatía, que él atribuyó á la compasión que inspiraba esa encantadora niña, y se preguntaba:—“¿Cómo Manuel ha podido abandonarla? ¿Cómo ha tenido ánimo para separarse de ella? En su lugar, yo no habría podido...” Y Arturo, sin pararse á reflexionar en lo ilícito de semejante unión, se indignaba con Manuel. Le encontraba un corazón frío y egoísta. Determinó que, en llegando á la casa, le echaría en cara su conducta y le haría una pintura tan viva de Menita, de su pena, de lo que ella merecía, que lo haría volver á los brazos de la bella campesina.

Como no la tenía delante, la veía imaginariamente diez veces más hermosa y celestial, y otras tantas veces más digna de compasión, de tal modo que, al llegar á “Renaico”, Arturo juzgó prudente no decir á Manuel nada de lo que había pasado, ni aun contarle sencillamente que había estado en casa de Facundo. No se encontró con la calma ó, más bien dicho, con la indiferencia suficiente para hablar de esto á Manuel. Temió manifestar demasiado calor en la pintura de Menita, y tener poca paciencia para soportar las bromas de Manuel, porque éste no dejaría de llamarlo “Don Quijote, am-

parador de doncellas». Y si Manuel le dijese:—«Hombre, tu vienes enamorado de Menita» ¿no es verdad que, si bien eso no era cierto, lo pondría en gran confusión? Era preferible quedarse callado y no dar importancia al asunto.

Cuando Manuel vió á Arturo á la hora de comer, le preguntó, como de ordinario:

—¿Por dónde anduviste?

—Anduve cazando cerca de Mellico. ¡Un hallazgo!... En una vega con lagunillas me encontré una cantidad de patos. Ni un tiro perdido... Voy á volver mañana y pasado mañana... Tengo para una semana. Los patos los dí por el camino...

Arturo comenzó á referir con minuciosidad y entusiasmo sus supuestas hazañas. Manuel lo dejaba hablar ni una sola vez lo interrumpió y, cuando Arturo no halló más que decir, pasó un largo rato sin que ni uno ni otro hablasen.

Al día siguiente, Arturo volvió á Mellico. No quiso ir con sirviente; dijo que no lo necesitaba y que ya sabía bien el camino.

Demás está decir que Arturo, desde que resolvió no contar á Manuel la visita á casa de Facundo, tuvo que confesarse á sí mismo que no era pura compasión lo que Menita le había inspirado, y cuando iba de nuevo por el camino de Mellico, no veía en la hija de Josefa una criatura digna de compasión, sino digna y muy digna de amor.

Todo pasó como la otra vez. Facundo esperaba al joven. Luego trajo Menita el plato de uvas, y entraron

en conversación. Pero Arturo no pudo disimular algunas miradas decidoras y expresivas que dirigió á Menita, y cierta deferencia y particulares deseos de agradarla. Menita no podía menos de complacerse en ello y no ponía mala cara.

Arturo, según queda dicho y se ha visto, era muy ladino para insinuarse; pero, como carecía de penetración, cuando el asunto se volvía delicado no daba en el blanco y perdía la ventaja alcanzada.

Volvió á «Renaico» muy contento después de la segunda visita. Creyó que Menita estaba poco menos que cautivada y Facundo bien engatusado. Por lo que toca á Josefa, desde que la vió conoció que era un sér pasivo incapaz de hacer ó deshacer algo.

El cautivado y engatusado era solamente el pobre Arturo. Á Facundo nada le importaba que el joven tuviese fundos en Aconcagua. Desde allá no le había de mandar agua para regar, ni leña, ni le podía prestar bueyes ó aperos. Menita, por su parte, celebraba las gracias de Arturo y le agradaba que la lisonjease; pero no lo apreciaba más por eso. Menita no era de alma vulgar; aun tenía instintos aristocráticos. Le caía mal la familiaridad de Arturo con un hombre como Facundo; no podía creerla sincera, y mentalmente la comparaba con el trato de Manuel, despejado y cortés, pero reservado y un poco altanero. Este modo le parecía más franco y propio de un caballero.

Siguió, pues, Arturo visitando diariamente la casa de Facundo. Á su parecer, la conquista adelantaba viento en popa, y tan absorto andaba en esto, que no advertía

la aspereza cada vez mayor con que lo trataba Manuel.

Por entonces vencía el pagaré firmado por Facundo. El día del vencimiento, Facundo se echó al bolsillo quinientos pesos y fué á «Renaico» á la hora en que Arturo estaba en Mellico.

Encontró á Manuel en uno de los caminos del fundo y se le acercó.

—Buenos días, don Facundo—dijo Manuel.

—Para servir á usted—contestó Facundo llevándose la mano al sombrero.

Siguió al lado de Manuel sin decir nada, como siempre.

—¿Qué se le ofrece?—preguntó Manuel con sequedad, y manifestando visiblemente que le importunaba aquella entrevista.

—Venía, señor... porque no sé qué hacer... Quién sabe si á usted no le parezca bien... pero...

Facundo, mientras esto decía, tomaba y soltaba los billetes en el bolsillo.

—No le entiendo, don Facundo.

—Don Arturo se va todos los días á mi casa y se lleva en bromas con Menita. Como yo no puedo echarlo...

—¡Echarlo!—exclamó Manuel mirando de alto abajo á Facundo con soberano desprecio.—¡Sería bueno que usted echase de su casa á un amigo mío!

—Es lo que digo yo—replicó Facundo impasible.—Por eso no sé qué hacer. Que usted y Menita se hayan tenido afición... no digo nada; pero que todos...

—Arreglaré eso—interrumpió Manuel.—Ahora hablaré con Arturo.

Siguieron caminando sin hablarse.

Facundo tomaba y soltaba los billetes. Una vez los sacó del bolsillo y los guardó de nuevo.

—Ya es tardecito... Si se le ofrece alguna cosa...

—Nada. Gracias—dijo Manuel distraídamente.

—Si tiene algo que mandarme...—insistió Facundo apretando sus billetes.

—Nada, don Facundo.

—Entonces me iré. Tengo que ver un trabajito... Adiós, señor.

—Adiós—murmuró Manuel.

Manuel llegó á su casa con terrible mal humor.

Pensaba no guardar consideración alguna con Arturo, sino referirle el denuncia de Facundo y afearle con dureza su proceder abusivo y desleal. Después de esto, Arturo, si no había perdido la vergüenza, se iría de "Renaico", y esto era lo que Manuel quería.

Esa tarde llegó Arturo más contento que otras veces. Como Facundo fué á "Renaico", Arturo estuvo casi á solas con Menita, porque Josefa no más se halló presente, y pasó entretenidísimo conversando con la niña, sin preocuparse de Josefa. Ya pensaba en dar por terminada la conquista.

Así que conoció Manuel el contento de Arturo, lo atribuyó á algún favor que Menita le hubiese concedido, y le vino por esto tal arrebató que, temeroso de propagarse á injurias, formó la resolución de no tocar el punto de Menita hasta el día siguiente, cuando pudiera hacerlo con tranquilidad y sin provocar altercado.

Pero, aun cuando consiguió por corto momento re-

frenar su rabia, no pudo reportarse del todo y comenzó á embromar á Arturo con rudeza y pesadez. Arturo lo soportaba, y con esto más cargoso é insoportable se ponía Manuel; pero una vez Arturo replicó con acritud. Entonces Manuel le dijo impetuosamente y como provocándolo:

—¡Cállate, imbécil!

Arturo lo miró de frente y le vió los ojos agrandados, la pupila brillante, la nariz dilatada, la boca apretada, en suma con todas las señales de un hombre á punto de estallar. Arturo nada dijo, sino que se volvió á otro lado, como si no hubiese oído la injuria.

La humildad de Arturo hizo volver en sí y avergonzó á Manuel. Su irritación y mal humor se disiparon instantáneamente. Pensó dar explicaciones, pero no halló qué decir. Lo humillaba la falta de educación que había cometido, más grave por ser en mengua de un huésped. Se vió como hombre ridículo al querer disputar á otro una querida ya olvidada.

Le pareció preferible borrar la falta con atenciones y obsequios á Arturo, y dejar que atribuyese aquello á un rato de mal humor.

Después de comer, Arturo se puso á leer los diarios y exclamó de pronto dando un golpe en la mesa:

—¡Hombre! Tengo que irme mañana.

—¿Por qué?—preguntó Manuel.

—Sale aquí un aviso de que, en tres días más, se rematará una propiedad en la cual tengo interés...

—¡Oh! Pero es en tres días más. Puedes irte pasado mañana—dijo Manuel.

Bien conoció que lo del aviso era pretexto, y sinceramente deseaba ahora que Arturo no se fuese.

—No... gracias. Necesito estar allá.

—Vamos. ¡Qué apuro! Te irás pasado mañana.

Arturo vaciló. Luego que lo echó de ver, Manuel se arrepintió de haber insistido. Si Arturo se quedaba el día siguiente, ya no se iría tan pronto é inventaría pretextos, que para eso le sobraba ingenio.

—¿Resuelves irte mañana?—preguntó Manuel con indiferencia.

—No sé si está mi agente en Santiago. Si supiera...

—Entonces voy á dar orden de que esté pronto el coche. Supongo que te irás en el tren de la mañana...

—Sí—dijo Arturo con desgano.

Al día siguiente partió Arturo con harta pena. En la estación, un sirviente de «Renaico» le entregó una boleta y le dió parte de que había embarcado para él un magnífico caballo, obsequio del patrón.

XIX

Después de la partida de Arturo quedó Manuel aliviado de un gran peso. Verdad es que algo lo preocupaba la manera como había despedido á su huésped; pero, á los dos días, recibió de su amigo una carta en la cual le agradecía en los términos más amables el obsequio del caballo, y recordaba con singular complacencia los días pasados en «Renaico».

Hasta una semana duró la tranquilidad de ánimo de Manuel. Parecía que aquel desahogo cuya víctima fué

Arturo, le había servido de válvula. Luego volvió á excitarlo el deseo de ver á Menita. Este deseo se le presentó al principio como simple curiosidad; pero no tardó en ramificarse, por decirlo así. Ya no solamente quería ver Manuel si había experimentado algún cambio el aspecto de Menita; sino también si interiormente había ella cambiado. ¿Habría olvidado ella á su amante? Arrepentida de su falta, como debía de estarlo, ¿resistiría con firmeza á nuevos asaltos? Y Manuel, poniéndose en el caso de una resistencia firme de parte de Menita, sentía ímpetus diabólicos de subyugar de nuevo á la pobre campesina, de pervertirla, de obligarla á dejar sus buenas resoluciones.

Poco á poco la soledad del campo hizo convergir á este punto los deseos de Manuel. No se le ocultaba la maldad de su intento, ni dejaba de execrarlo. Sin embargo, aún no se habían borrado en su pecho ciertos instintos vengativos y odiosos que le había ocasionado el rechazo de su amor por Laura, y una avidez, despertada también entonces, de emociones fuertes y trastornadoras, como son las que uno experimenta cuando obra contra su conciencia y contra aquellas reglas de honra que se ha acostumbrado á respetar desde la infancia.

Cansado Manuel de luchas y vacilaciones, tomó un día resueltamente el camino de Mellico. Era un triste día de otoño. El cielo estaba cubierto por una espesa capa de nubes uniformes, muy elevadas y que parecían inmóviles. Su color gris sólo era interrumpido en una parte por una grieta azul. Manuel iba con la vista fija en a grieta, observando las lentas transformaciones de los

bordes. Mientras tanto pensaba en mil cosas, menos en el intento que lo guiaba. No quería pensar en eso.

Había tomado el camino más cómodo, y esta vez no cortó por atajos ni atravesó cercados. El caballo, con la rienda suelta y el cuello lacio, caminaba muy al paso. Manuel evitaba cuidadosamente los barrizales y charcos de agua cubiertos de hojas secas, que continuamente encontraba en el camino.

Al avistar á Mellico, divisó por entre los árboles casi desnudos y amarillentos, el techo rojo de la casita de Facundo que resaltaba con viveza entre la insípida y monótona variedad de grises que encontraba la vista en todas partes.

Manuel vaciló; estuvo por no seguir más allá. En ese momento no sentía en sí propio ninguna vehemencia amorosa, ningún movimiento de curiosidad. ¿Con qué objeto iba á casa de Facundo? ¿Era propio de un alma como la suya, intentar así fríamente lo que habría condenado en otro, aun cuando éste hubiese obrado á impulsos de la pasión? Manuel siguió reflexionando de este modo. Sujetó el caballo y volvió atrás, desandando el camino, siempre al paso. Pero á medida que se alejaba de Mellico, iban flaqueando sus resoluciones. Vaciló de nuevo.

—Si no veo á Menita—pensó Manuel—me acudirán como antes la intranquilidad y los deseos. Lo mejor es salir de esto de una vez.

Volvió rápidamente el caballo y le dió un espolazo. El bruto irguió el cuello, dió un salto y emprendió un precipitado galope hasta la casa de Facundo.

Nadie había en el corredor. Manuel preguntó por Facundo á un vaquero. Contestóle el vaquero que su patrón se hallaba en la siembra.

—Díle que venga pronto, que yo estoy aquí—dijo Manuel con impaciencia; y desmontándose se sentó en el escaño del corredor.

Pronto llegó Facundo.

—Buenos días, don Facundo. ¿Sembrando?...

—Sembrando, señor—contestó éste, y se llevó respetuosamente la mano al sombrero.

—Siéntese. Conversaremos un rato—dijo Manuel como si fuese el dueño de casa.

Hablaba con modo desenfadado y un tanto despreciativo.

—Y ¿es mucha la siembra?—agregó Manuel.

—Poquita cosa, señor, poquita cosa; pero para nosotros los pobres...

—Ahora que dice «nosotros los pobres»—interrumpió Manuel—¿sabe que ya venció aquel documento por quinientos pesos...

—Pues ¿no lo he de saber? Nunca olvido mis deudas, y que lo digan cuantos me conocen.

—Bueno, bueno. Entonces ¿puedo contar con esa suma?

—Señor—dijo Facundo—yo soy hombre muy honrado, aun cuando no me esté bien el decirlo; y que lo digan...

—Cuantos lo conocen. Siga no más, don Facundo.

—Sí, señor, que lo digan, y usted también lo dirá. El día que se venció mi documento, me eché al bolsillo

quinientos pesos bien contados y fui á pagárselos. Usted se acordará de aquella vez que lo encontré en un camino de «Renaico». Varias veces le pregunté si tenía algo que mandarme y si necesitaba algo de mí. Como usted me respondió que no se le ofrecía cosa alguna, pensé que usted no necesitaba el dinero y quería hacerme la merced de dejarme más tiempo los quinientos pesos; fiado en esto, los ocupé en otra cosa.

Tan maliciosa candidez hizo disparar en larga risa á Manuel.

—¡Cuando digo, don Facundo, que usted es hombre bien diablo!... ¡Vaya, vaya!... ¿Tiene uvas?

—Sí.

—Pues hágame servir un plato.

—¿Por qué no entra á la pieza? Ahí estará más cómodo.

—Vamos allá.

Entraron á la pieza. Facundo ofreció una silla á Manuel, y salió al zaguán y gritó:

—¡Menita! ¡Menita! Trae uvas.

Facundo volvía á la pieza cuando Manuel le dijo:

—Don Facundo, váyase no más á atender su siembra. Tomaré un racimo... Luego me iré...

—Llamaré á Josefa para que lo acompañe.

—Eso no... no... Váyase no más...

—Entonces, con su permiso...—dijo Facundo.—Tengo un mayordomo muy flojo... Me desocuparé luego. Tal vez lo encuentre aquí.

Saludó y se fué.

Manuel permaneció en la misma postura. Su sem-

blante, entre sonriente y pensativo, manifestaba simple curiosidad.

Sintiéronse los pasos ágiles y breves de Menita. Manuel—y el corazón le latió entonces más aprisa—se levantó con presteza y se ocultó tras una hoja de la puerta que daba al zaguán.

Menita, creyendo que el plato de uvas era para Arturo, á quien no veía hacía tiempo, entró muy risueña á la pieza y, no hallando á nadie, dejó el plato en la mesa y se puso á mirar por la ventana que caía al corredor de afuera, á ver si andaban por ahí Arturo y Facundo.

De improviso Manuel cerró violentamente la puerta y se puso delante. Al ruido, Menita volvió asustada la cabeza y, no bien vió á Manuel, se quedó sin moverse, perdió el color, no halló qué hacer. Quiso sonreír y no se abrieron sus labios. Bajó la vista y maquinalmente se puso á doblar y desdoblar su delantal. Manuel, no muy sereno, murmuró un—“¿Cómo te va, Menita?” que no obtuvo respuesta, y se adelantó hacia ella. La pobre niña, sin poder más, se dejó caer en una silla y, llevándose el delantal á los ojos, se echó á llorar.

Manuel se turbó. Habíase imaginado que esta entrevista sería una escena de negativas preliminares, y luego de quejas, recriminaciones, de ostentación de firmeza, y, para terminar, un leve desmayo seguido de rendición incondicional; pero aquella confusión ingenua é infantil, aquel llanto sincero le conmovieron. Acercóse más á Menita, le tomó con suavidad la cabeza y la besó en la frente. Después le dijo al oído:

—Vendré esta noche... bajo los castaños...

Le dió otro beso y salió.

La noche era bastante oscura. Manuel iba, casi á tientas, buscando los castaños. De repente sintió un rápido crujimiento de hojas secas, y se paró á escuchar, no sin sobresalto.

Menita salió de entre las sombras, se echó en brazos de Manuel y, abrazándolo apasionadamente, le dijo:

—¡Manuel!... ¡Creí que ya no venías!

XX

Manuel, de vuelta de la cita, tuvo que aguantar en el camino una nubada que lo caló hasta los huesos. Este contratiempo lo llevó á pensar que las noches de otoño son bien diversas de las noches de verano, y que no había para qué estar haciendo el papel de Leandro, el amante de Ero. Seguro de disimulada complicidad por parte de Facundo, echóse Manuel á discurrir algún pretexto más ó menos decente para llevar á Menita á «Re-naico», y encontró uno como mandado hacer para el caso.

Dos meses antes había llegado á Mellico, en busca de trabajo, Domingo Inostrosa. Este tal se presentó como tío de Josefa, y lo era en efecto. Ella lo conoció cuando niña; después Domingo salió á vagar tierras, Josefa hizo lo mismo por su parte, y no se habían vuelto á ver. Josefa lo reconoció y, á instancias suyas, proporcionó Facundo á Domingo un rancho donde pudiese vi-

vir con su familia, y le buscó trabajo en el vecindario.

Domingo había sido aprendiz de varios oficios. Sabía levantar una pared á plomo, blanquear, labrar yugos y catres de carretas, hacer riendas, empapelar, herrar, enllantar, y otra porción de cosas. Manuel lo había ocupado varias veces, y le gustaba el carácter de ese hombre ya viejón; pero vivo, ágil, alegre, un poco charlatán con ribetes de cínico, que en todo entendía y para todo se daba trazas. Resolvió nuestro joven mandarlo llamar y hacerle proposiciones tan ventajosas para que viviese en «Renaico» que no podría dejar de convenir en ello. Le insinuaría después que invitase á su hermana Josefa á visitarlo, y Domingo, como era tan avisado y corriente, luego entendería el plan, y todo saldría á pedir de boca.

Y así salió en efecto. Domingo aceptó las propuestas de Manuel, y tan ventajosas las consideró que, al punto, le asaltaron sospechas acerca del intento del joven, cuanto más que la casita que le ofrecía (que era una recién edificada para el llavero) estaba á menos de una cuadra de la casa del fundo. Notó, por otra parte, que Manuel le hablaba como vacilando, que no se explicaba claramente y demoraba sin objeto el arreglo definitivo.

Aunque no había temor de escandalizar á Domingo, Manuel no podía resolverse á hablar claro, con cinismo, como era menester. Sentía invencible repugnancia para entrar en tales tratos. Domingo, que estaba en autos de las relaciones de Manuel con Menita y que, en su vida aventurera, más de una vez se había encontrado en pa-

recidas circunstancias, juzgó prudente enseñar el vado á Manuel, y descubrir por ahí si sospechaba lo cierto, y le dijo:

—¿Me permitirá su merced tener alojados en la casa?

—Según quiénes sean.

—Pensaba—dijo Domingo con socarronería y poco artificioso disimulo—pensaba convidar á una sobrina mía, hija de la Josefa, para que acompañase á mi mujer que está enferma. Si á usted le parece...

Manuel se puso colorado, se sonrió, miró á otra parte y dijo:

—¿De manera que quedamos convenidos?

—Convenidos—contestó Domingo.

—Pues lleve de aquí carretas y peones para traer sus trastos.

Y Manuel, sin mirar á Domingo, se retiró.

No hay que decir que Domingo consiguió traer á su casa á Menita. Josefa hizo amago de oponerse; pero Facundo le cerró la boca con un par de groserías que la obligaron á bajar humildemente la cabeza.

Antonio, cuando supo que Domingo iba á llevar á Menita, se tomó la libertad de manifestar su desagrado á Facundo y de hacerle algunas reflexiones. Facundo lo escuchó con paciencia, y le contestó que, si no conociera á Domingo, no le habría confiado á su hija; pero que era honrado á carta cabal y no había motivo para negarle el favor de que Menita acompañase por algún tiempo á su mujer.

Muchas tentativas inútiles hizo el cura Romero para remediar el mal. Vió varias veces á Facundo; pero éste

le dijo con mucha impavidez que Menita estaba en casa de su tío, y que Domingo era hombre muy de bien. No hubo forma de sacarlo de ahí.

El cura nunca pudo encontrarse con Manuel en «Renaico». El joven se escondió una vez con tal descaro, que el cura hubo de convencerse que nada podía hacer, y se alejó muy afligido, y diciendo para sí:

—Era para visto. ¿En qué otra cosa habían de parar? Y don Manuel lo ha querido... Más claro no pude decírselo. La flaqueza es flaqueza hasta cierto punto, pero aquí pasó la raya.

XX

Transcurrieron algunos meses.

Manuel iba á Santiago deseoso de ver á su madre, de conversar con sus amigos, de asistir á bailes y tertulias, y volvía á «Renaico» deseoso de ver á Menita. Llevaba la vida más tranquila que puede desearse en tales casos; vida que á los demás no ocasionaba escándalo, ni á él molestias de ningún género. La familia de Manuel y la sociedad que frecuentaba ignoraban la vida que llevaba en «Renaico» y, por cierto, no se preocupaban de averiguarlo. En «Renaico», esa misma vida no escandalizaba más á los rústicos que el ver borrachos en días de pago. Menita era sumisa y nada exigente; procuraba evitar á su amado el menor sacrificio, y prevenía sus deseos con singular delicadeza.

Con todo, sentía Manuel cierto malestar moral comparable al que ocasiona, en los habitantes acostumbra-

dos al clima de nuestro hermoso país, una continuación de días nublados. Uno desea entonces rasgar esas nubes que parecen eternas, para ver el cielo puro y azulado, bañarse en torrentes de luz, contemplar colores brillantes y alegres, sin el reflejo gris que los deslustra y oscurece. Manuel ansiaba un amor noble, generoso, ardiente, que lo levantase á sus propios ojos, que lo impulsase al heroísmo; deseaba también un hogar tranquilo y sosegado, en el cual ocupara su madre el puesto que le correspondía.

Y las nubes se espesaban más y más. En los ratos de fastidio, pensaba Manuel hacer un supremo esfuerzo y vender á «Renaico»; pero no podía llevar á cabo su resolución, no podía sacudir el yugo de la suavidad y gentileza de Menita. El trabajo del campo lo tenía ya aburrido: como no le importaba la ganancia ni iba tras ella, pasada la novedad, y viendo que en vez de fortificar en el campo su carácter y aprovechar útilmente el tiempo, se había agravado el mal, acabó por no tener más interés en los trabajos que el que tiene en un juego de naipes una persona que apuesta solamente fichas que ningún valor representan. En Santiago, sobre todo, asaltaban á Manuel estos ímpetus de vender el fundo. Doña Luisa lo alentaba en su propósito. Manuel oía propuestas más ó menos ventajosas, decía que las iba á tomar en consideración y, de vuelta á «Renaico», se apresuraba á escribir que dichas propuestas no le convenían.

Hallándose Manuel en su fundo recibió una carta de su madre. Entre otras cosas le decía lo siguiente:

«He encontrado por casualidad una mujer excelente

y de mucha razón, para que reemplace á Juana. Ya es tiempo de que descanse esta pobre vieja. La mujer de que te hablo sabe como pocas manejar una casa, es económica y entendida en guisos y postres como un cocinero de fama. Te aseguro que te llenará el gusto. Ya estamos convenidas, de manera que sólo estoy esperando, para mandarla, que me avises el día en que la vayan á buscar á la estación.»

Manuel acabó de leer la carta y la dejó indiferente en la mesa. De pronto, le acudió una sospecha y volvió á leer el párrafo que se ha transcrito.

Juana era una antigua sirviente de la casa: había criado á Manuel y lo quería con la ternura exagerada que de ordinario se encuentra en estas mujeres. Se vino con Manuel á «Renaico», y ella corría con la casa. Era poco entendida en guisos y postres; pero el que vive solo en el campo no es muy exigente en la comida ni en el arreglo, de modo que, con Juana, Manuel se encontraba suficientemente atendido. La vieja sabía bien toda la historia de Menita; pero nunca se dió por entendida de ello, y ni á golpes habria confesado la verdad á doña Luisa.

—¿Habrás sospechado algo mi mamá?—pensó Manuel.—Ella bien conoce que por Juana nunca ha de saber nada. Esta mujer que ahora quiere mandar, viene sin duda á espiarme. Si me resisto á admitirla, mi mamá se confirmará en sus sospechas é insistirá en mandarla. Si la admito, no pasará una semana sin que mi mamá esté informada de todo, y entonces ni un día más me dejará en «Renaico».

Manuel comenzó á intranquilizarse, y poco á poco llegó á sentir verdadero sobresalto.

Realmente el caso era apurado.

Manuel, era mayor de edad y libre administrador de sus bienes; mas nunca se aprovechó de estas circunstancias para oponerse á los mandatos de su madre. Doña Luisa no dominaba á Manuel. Antes bien podía decirse lo contrario; pero en aquellos puntos que la señora consideraba de trascendencia, no se paraba á reflexionar y discutir con su hijo como si éste fuese persona independiente, sino que ponía en la balanza todo el peso de la autoridad maternal. En tales casos Manuel la obedecía con la sumisión de un niño. Amaba á su madre en extremo, y le parecía crueldad é inhumanidad inconcebibles que un hijo único se pusiese á punto de romper con su madre.

Ahora bien, doña Luisa, señora de conciencia muy escrupulosa, en todo podría deferir al sentir de su hijo ó disculparlo, menos en asuntos de moralidad. No bien supiese que Manuel tenía una querida, lo pondría inevitablemente en la disyuntiva de renunciar al cariño de su madre ó separarse de la intrusa. Sólo el pensar en esta disyuntiva avergonzaba á Manuel. Miraba en este caso la voluntad de su madre como fuerza invencible, que únicamente se atrevería á desafiar en un raptó de verdadera locura, y de tal raptó no había síntoma el que menor.

Manuel creía firmemente que su madre sospechaba algo de lo que pasaba en "Renaico". ¿Por quién lo había sabido? ¿De qué modo? No acertaba á explicárselo.

Lo cierto era que doña Luisa no abrigaba sospecha alguna. El envío de la mujer susodicha no era más que una simple medida preventiva. Hé aquí cómo la señora determinóse á tomarla.

En esos días había muerto su confesor, sacerdote virtuoso y prudente que la tenía por hija espiritual hacía más de treinta años. Fué ésta una pérdida dolorosa y casi irreparable para doña Luisa, porque, era de conciencia asombradiza y fácil de alarmarse, y se necesitaba un conocimiento especial de esa conciencia para tranquilizarla y sacarla de los enredos y dudas que la conturbaban. Buscó otro director, y lo halló tan prudente y virtuoso como el que había perdido; pero era preciso que pasara algún tiempo para que el nuevo director adquiriese la autoridad suficiente y doña Luisa tuviera en él plena confianza. Mientras tanto, la conciencia de la señora estaba en perpetua alarma y descubría mil responsabilidades que la abrumaban.

Conversando un día con un caballero amigo suyo, le preguntó por uno de sus hijos, de quien era ella madrina y el caballero le contestó:

—Ahí está... Ahora se le ha puesto irse á trabajar al campo. Casi me saca el juicio... Pero yo no se lo permito. Tengo varias razones; pero, sobre todo... usted comprende... un mozo soltero, tan muchacho y no de mucho juicio... ¡Hum! Yo sé lo que es eso.

La conversación no siguió sobre este punto; pero doña Luisa se quedó pensando en él y recordó otras opiniones de personas experimentadas, parecidas á la que acababa de oír. No fué menester más para que, aten-

dida la docilidad de su hijo, se creyese estrictamente obligada á informarse de la vida que llevaba en «Renaico». En caso que su conducta fuese sospechosa, le ordenaría perentoriamente que se viniese á su lado. Doña Luisa pensaba que su responsabilidad, en este caso, era igual á la influencia que ejercía en su hijo, y como ésta era grande, aquella le parecía lo mismo. En vida de su antiguo confesor, no tuvo ocasión de sentir esta nueva carga, porque aquel buen sacerdote era el amigo de la casa, había bautizado á Manuel y éste le tenía filial respeto. Cuando doña Luisa quería reprender á su hijo ó aconsejarlo, lo comunicaba al confesor, el cual tomaba la cosa como suya y llamaba á cuentas al joven.

Era difícil y delicado vigilar de cerca á Manuel. Felizmente doña Luisa anduvo con mucho tino. Contrató una ama de llaves y determinó enviarla á «Renaico» sin decirle una palabra acerca de Manuel. Bien presumía doña Luisa que el ama sabría pronto cómo vivía su patrón. Pasadas algunas semanas, la llamaría á Santiago por pocos días, con cualquier pretexto, y le sonsacaría todo.

Manuel, que estaba con su pecado escondido, no podía imaginarse sino que su madre sospechaba las relaciones con Menita, ó que había prestado oídos á algún rumor de esta clase. Mientras más pensaba en esto, más claro y evidente le parecía el objeto del envío de esa mujer.

Por lo pronto, y por darse tiempo de reflexionar, contestó al párrafo de doña Luisa transcrito más arriba, lo siguiente:

«Mucho le agradezco esa doña Perfecta que me piensa mandar. Le hallo, sin embargo, un pequeño inconveniente: Juana y ella no podrán avenirse, y será preciso mandar á mi vieja á Santiago. Pero la pobre no consentirá en dejar solo y en manos extrañas al «niño», como todavía me llama. En cuanto á mí, con Juana tengo de sobra. Poco prolija es; pero su abnegación todo lo suple. Si, á pesar de lo que le digo, usted quiere hacer la prueba, no tiene más que decirlo.»

Á esto doña Luisa contestó:

«Respecto á doña Perfecta, como la llamas, te repito que es mujer excelente, humilde, y, en las otras casas en que ha estado, se ha avenido muy bien con la servidumbre. No abrigo, pues, los temores que tú. En todo caso, hagamos la prueba, porque esta mujer me agrada mucho y no querría que parase en otra parte.»

Cuando recibió Manuel esta respuesta, que esperaba, ya había resuelto vender á «Renaico». Su madre sabía de antemano que deseaba venderlo, y no le tomaría de nuevo la noticia. No halló otro modo de impedir la venida del ama de llaves. ¡Si hubiese dejado á Menita en Mellico!... Habría podido entonces negar sencillamente lo que de él hablasen los sirvientes; atribuirlo á rumores sin fundamento, á pláticas de comadres. Pero esto era imposible y ridículo después de haber traído á Menita á dos pasos de su casa, y de verla públicamente, puede decirse. Ya no era tiempo de deshacer lo hecho. Y Manuel, en medio de su desasosiego, con rubor sentía cierto contento triste y mezquino, al considerar que una voluntad ajena lo obligaba á romper las suaves cadenas

de Menita, cuando él apenas si tenía ánimos para desearlo.

Escribió á uno de los que se mostraban más interesados en comprar el fundo, que, en pocos días más iría á Santiago, bien decidido esta vez, á arreglar la venta, sin dejar la resolución para más tarde. Á doña Luisa le comunicó que acababa de recibir una propuesta muy ventajosa y que pronto arreglaría definitivamente el negocio de la venta de "Renaico". Á la carta agregó esta posdata:

"Me parece que ya no hay que pensar en la venida de doña Perfecta."

Doña Luisa, alegre sobremanera porque su hijo dejaba el campo, no volvió á hablar del ama de llaves.

Resuelta ya la venta del fundo, otras preocupaciones asediaron á Manuel. ¿Cómo hacerla de modo que Menita no lo notase? ¿Qué suerte correría la pobre niña? ¿Á qué extremos podría llevarla su desesperación al verse abandonada cuando lo esperaba menos? Manuel se hallaba perplejo. Resolvió ir á ver al cura Romero. Vergüenza le daba presentarse delante de este buen sacerdote, á quien tan groseramente había desairado; pero las circunstancias eran apremiantes.

Fuése muy de mañana á la parroquia. El sacristán lo llevó á la pieza del cura. Manuel no quiso ser anunciado, sino que él mismo golpeó la puerta.

—Adelante—gritó el cura con sosiego.

Manuel entró.

—¡Cómo!... ¡Mi señor don Manuel!... ¿Qué milagro es éste? Porque realmente es un milagro...—exclamó el cura, saliendo alborozado al encuentro de Manuel.

—Buenos días, señor cura.

—¡Pues hombre!... Siéntese usted. Sin ceremonias... ¡Qué humorada!

—No es humorada, señor—dijo Manuel, queriendo salir cuanto antes de una situación algo ambigua.—No es humorada, y ya que me ha puesto en camino, le manifestaré sin rodeos el objeto de mi visita. He venido, en primer lugar, á darle explicaciones...

—Pasemos al segundo lugar, al segundo lugar—interrumpió el cura con benevolencia.—No hablemos de eso... ni me acuerdo... Son cosas pasadas.

—Mil gracias—dijo Manuel.—Vengo, pues, en segundo lugar... Bien sabe usted que nunca es tarde para tomar el buen camino y poner en práctica los consejos de alguna persona prudente y experimentada. He conocido y palpado que usted tenía mucha razón cuando me pronosticaba lo que sucedería si volvía á tener relaciones con Menita. Pues bien—añadió Manuel bruscamente—he resuelto cortarlas. Voy á vender á "Renaico".

—Bien hecho. Eso se llama ser hombre—dijo el cura con un gesto enérgico.

Manuel se ruborizó. No merecía la alabanza; pero como no se trataba de una confesión, dejó que el cura lo creyese más hombre de lo que era en realidad.

—Ahora bien—continuó Manuel—deseo consultarle sobre dos puntos. Uno es cómo podría vender el fundo sin que Menita lo sospeche. El segundo... Usted comprende, señor cura, que para mí es punto de honra asegurar la suerte de Menita. Me echaría encima un nuevo y más grave cargo de conciencia, si dejase á esta pobre

niña expuesta á seguir la senda que toman ordinariamente las que se ven abandonadas como ella. Pienso dotarla en tres mil pesos. Espero que usted consentirá en ser depositario de esta suma. Puede disponer de ella en favor de Menita como lo crea más conveniente, y aun no entregarla, si el novio no es de agrado de usted.

El cura, como hombre práctico, no pensó en hacer reflexiones á Manuel ni en abrumarlo con moralejas inoportunas. Veía resuelto al joven, y lo urgente era allanarle el camino. Entrar con él en consideraciones sobre sus actos pasados era obligarlo á mirar atrás, y lo que importaba era que saliese luego del pantano. Tiempo habría después para hablar de la imprudencia y de la escapada.

—Respecto á la manera de vender el fundo—dijo el cura—sin que Menita lo sospeche, no veo otra que la de hacerlo ocultamente, porque pensar en que sería posible alejar á Menita de «Renaico», mientras se llevase á cabo la venta y la entrega, es pensar en lo excusado. Facundo y Domingo serían los primeros en comunicar á Menita la noticia, ella lo sujetaría á usted de la capa, y usted... hablemos claro... no dejaría la capa... Realizar la venta sin que aquí lo noten, es sencillísimo. Su administrador es hombre juicioso y discreto. Comuníquele que va á vender el fundo; pero que le interesa sobremanera que nadie, nadie, ni los sirvientes de más confianza tengan noticias de ello. Para asegurar el secreto, haga un regalito al administrador. En connivencia con él, hace usted el inventario y tasación, separa sus ganados, los pone en parte donde puedan ser fácilmente

vistos y entregados. Hecho esto, y prevenido el administrador de atender á los compradores que se presenten, se marcha usted á Santiago sin decir chus ni mus y sin volver la cabeza. Los sirvientes hablarán de las cuentas tan minuciosas y de la revista general y detallada que se hará; pero, antes que entren en suposiciones, adelántese usted á decir que quiere hacer una cuenta general por tal y tal motivo. Diga usted lo que diga, los dejará satisfechos, porque estos rústicos sólo son maliciosos en los asuntos que les interesan; en lo demás, miran y no ven.

—Aprobado—dijo Manuel.

—En cuanto á Menita, no tenga usted cuidado por ella. Yo mismo le daré la noticia, y tomaré las precauciones necesarias. Como usted lo ha dicho muy bien, es preciso casarla. Sólo así podrá verse libre de peligros y de las marañas de Facundo y Domingo. Pero es el caso que á esta bonita pareja tal vez no le acomodará que Menita se case, ó podría suceder que el novio que yo elija no sea del gusto de ellos, lo cual es casi seguro. Si hubiera algún medio para obligar á Facundo...

—Hay uno—interrumpió Manuel.—Tengo un documento de plazo vencido, firmado por Facundo. Se lo endosaré á usted. Poca es la suma, quinientos pesos...

—La mitad que fuese... Con eso sobra para entrar el resuello á Facundo. ¡Si es un mezquino!... Y me parece que sobre esto no hay más que hablar.

Levantóse el cura, y dando á Manuel golpecitos en la espalda, añadió con modo vivo y entusiasta.

—¡Ánimo, amigo mío, ánimo! Cierre los ojos y clave

las espuelas al caballo, y, con el favor de Dios, saldrá del atolladero. Es preciso ser hombre alguna vez. Le quedarán rasguños, pero en un par de meses, no habrá ni señales.

Y tomando á Manuel del brazo, le dijo:

—Vamos ahora á ver mi altar mayor que, gracias á su limosna, lo tengo como una plata.

XXI

Hiciéronse las diligencias como el cura lo había indicado, y sin que nadie sospechase que se trataba de una venta. Menita ni se imaginaba tal cosa. Veía á Manuel tan amoroso y rendido, y tan convencida estaba de la lealtad de su amante, que le habría parecido locura pensar que él ocultaba designios traidores.

Manuel, como de ordinario, le había prevenido que uno de esos días iría á Santiago á visitar á su madre. Menita, en tales casos, lejos de oponerse á los deseos de Manuel, lo incitaba al viaje, y así lo hizo entonces. Ni siquiera advirtió en Manuel cierta emoción profunda, cierta compasión afectuosa y solícita que él se esforzaba en ocultar. Desde días atrás, Manuel la trataba así, y ya no era cosa que Menita extrañase. Manuel la miraba como se mira á un enfermo minado por enfermedad incurable y próximo á morir. Pero en los últimos días el joven se volvió brusco y raro. Al ver á Menita tan sin sospecha y llena de confianza, pensaba en la doblez de su propia conducta, y se ensimismaba, se manifestaba indiferente y frío; un disgusto inexplicable se apoderaba

de él, cada caricia le parecía una mentira y un nuevo engaño. Otras veces, cuando consideraba que pronto no la volvería á ver más, sentía levantarse en su pecho oleadas de ternura que desahogaba con locas caricias. Menita, por perspicaz que fuese, sin tener experiencia de la vida, no podía adivinar lo que pasaba en el interior de Manuel. Por otra parte, nunca había olvidado que ella era una pobre campesina. Amaba á su amante con amor humilde, si bien vehementísimo, y lo miraba con cierto respeto que le estorbaba analizar los bruscos cambios de Manuel, cambios que ella no podía menos de notar.

La última entrevista fué fría por parte del joven, y más corta que las otras. Manuel, temeroso de dar algún indicio de su partida, se fingió distraído y con el ánimo ocupado en graves asuntos. Habló de cartas recibidas á última hora, en que se le comunicaban noticias de importancia, entre otras, la enfermedad de un pariente cercano y muy estimado. Poco le costó dominarse. Manuel había ya aceptado como irrevocable la separación: la cadena estaba rota, sólo faltaba separar los pedazos.

Después que Manuel contestó el—«¡Hasta la vuelta!» de Menita con un triste—«¡Adiós!...» y se separó de ella, se miró como un sér despreciable, débil juguete de voluntades ajenas y de sus propios deseos. Seductor sin quererlo, iba á convertirse ahora, también sin quererlo, en amante falso y desleal. Distraíanlo de esto pensamientos angustiosos sobre la desesperación de Menita, temores de lo que pudiera acontecer á la pobre niña, raptos de ternura, y, por fin, venía la resignación forzada y el encogerse de hombros, diciendo para sí:

—¡Bah!... Tonterías... Desde que no tiene remedio... Tarde ó temprano había de suceder... Y luego, más vale que esto haya terminado sin bulla ni escándalo...

Al día siguiente partió de «Renaico» para no volver.

XXII

Cerca de un año después, recibió Manuel la siguiente carta del cura Romero:

«Mi muy apreciado don Manuel:

«Usted me encargó que le escribiese sólo cuando tuviese buenas noticias que comunicarle. Ahora no más puedo complacerlo.

«Pasaré por alto—puesto que son noticias desagradables—la sorpresa, la aflicción desesperada y una enfermedad de Menita que me alarmó realmente. Ni le referiré lo que tuve que batallar para que se conformara con su suerte. Por fin, todo se sosegó y, gracias á Dios, ya estamos al otro lado.

«Esta mañana casé y velé á Menita con un carpintero que me había hecho algunos trabajos en la iglesia, mozo muy cumplido, hábil en su oficio, sin vicios por dentro ni defectos por fuera, y muy digno de ser esposo de Menita. Y vea usted cómo se cumplió lo que yo había previsto respecto de Facundo. Cuando le hablé que el susodicho joven era buen partido para Menita, me dijo: —«Mucho lo siento, señor cura; pero ya hay otro». —«Y ¿quién es?»—le pregunté.—«Antonio Zambrano», me contestó.

«El tal Antonio, don Manuel, es un simplón, apasionado desde tiempo atrás de Menita, y á quien Facundo trataba como sirviente. Sucede que muere el padre de Antonio. Sin contar algunas cuabras de tierra y no pocos animales, dejó un talego con onzas antiguas, cóndores y monedas de plata que sumaban una cantidad respetable. Antonio era el hijo mayor. Dos muchachos que lo siguen en edad, andan vagando tierras y no se sabe dónde paran. En la casa no quedaron más que dos chicuelas y la madre, vieja de noventa y tantos años, y demente. El padre de Antonio se casó de diecisiete años con una mujer de treinta. La ocasión no podía ser más propicia para Facundo. Si lograba casar á Menita con el simplón de Antonio, podía incautarse todo el haber de esa familia.

«Hablé con Menita, la cual me suplicó que impidiese á toda costa el matrimonio. Se lo prometí, y me encaré con Facundo. Pero el hombre me salió con un:—«Así «será, señor cura; pero...» Y se plantó en eso. Lo amenacé entonces con el cobro inmediato del documento que usted me dejó. Facundo se asustó al principio; pero luego reflexionó y me dijo:—«No se me da nada el co-
«bro; no tengo la plata, pero la dará Antonio».—«Pues
«anda á pedírsela, repliqué; y si mañana no me la entre-
«gas, pongo mi demanda».

«Pensé que si por acaso Antonio largaba el dinero, lo cual yo dudaba, porque en asuntos de dinero los simplones del campo tienen muchos momentos lúcidos, pensé, digo, no cobrar á Facundo los quinientos pesos, sino dejárselos y ofrecerle quinientos más, de la dote de Meni-

ta, con tal que desistiese de casarla con Antonio. El caso era para obrar así.

«Al día siguiente llegó Facundo á verme. Estaba mohino y cariacontecido. No traía el dinero y venía á rendir armas. Me contó lo que había pasado y fué lo siguiente. Pidióle el dinero á Antonio y éste le contestó, supongo que con mucha flema:—«Le prestaré los quinientos pesos; pero después que me case.»—«Pues ¡cómo puede ser eso! replicó Facundo. El dinero lo necesito mañana mismo y tú no puedes casarte mañana.»—«Después que me case se los prestaré», replicó Antonio sin inmutarse, y lo repitió cuantas veces tuvo que contestar. Facundo se irritó, injurió á Antonio y le dijo que no pensara más en casarse con Menita ni en ir á la casa.—«Á tal punto ha llegado la desvergüenza de este tonto, me dijo Facundo, que hace poco le encontré en el camino, y acercándose á mí me dijo:—«Don Facundo, no crea que estoy sentido por lo de ayer. Estoy dispuesto á prestarle lo que me ha pedido; pero después que me case, como se lo he dicho.»

«Hablé, pues, con mi carpintero. Le previne lo que en conciencia debía prevenirle, y lo animé á que visitase á Menita. No quise decirle nada de la dote, porque éste era aliciente que guardaba en reserva y que á nadie había comunicado. El carpintero tenía algún dinerillo economizado y no quería yo que anduviese la codicia revuelta con el cariño. Gustóle Menita; ella supo apreciar lo que el mozo valía y aceptó sus obsequios. Hoy, como he dicho, les puse las bendiciones, y después entregué la dote con la delicadeza que pude. Estoy muy contento,

porque tengo la seguridad de haber unido á dos jóvenes dignos el uno del otro.

«Aunque va larga esta carta, creo que no le disgustará saber algunas noticias de estas tierras.

«El nuevo propietario de «Renaico» ha resultado ser de la misma escuela de don José María. Es cicatero y esquilmador como él solo.

«Facundo ha perdido la tranquilidad por unas aguas cuyo uso usted le había permitido, y que el caballero de «Renaico» le ha quitado.

«Los inquilinos de la hacienda no se conforman con la partida de usted. Hablan de los tiempos de don Manuelito como de la edad de oro. Cuando vienen á la parroquia á bautizos, entierros ó casamientos, les cuesta mucho pagar los derechos, y yo les digo:—«Pero, hijos, no estamos en los tiempos de don Manuelito. Él era caritativo, generoso; pagaba por ustedes; pero ya no está, y si ustedes no dan cómo sostener el culto y sostenerme yo, tendré que irme.»

«No le haré perder más tiempo con mi charla.

«Que Dios lo haga feliz, son los deseos de

S. S. y C.

JULIÁN ROMERO»

Hacía tiempo que no ocupaba el pensamiento de Manuel aquella época de su vida. Representósele en conjunto después de leer la carta, y le causó una impresión de suave tristeza. Los días de gozo y los de fastidio y luchas consigo mismo se confundían en su memoria, como

se confunden en la vista las desigualdades de un terreno contemplado á gran distancia. Y ¡cosa rara! lo que más le conmovió de la carta del cura, fué aquella parte en que hablaba del afecto de los inquilinos de «Renaico», y las palabras «los tiempos de don Manuelito». Los campesinos se transformaron á los ojos de Manuel en los seres bonachones, sencillos y fieles de la tradición. Luego se exaltó: le acudieron sentimientos de generosidad extraordinaria. Resolvió enviar una gruesa limosna al cura Romero, pagar los derechos parroquiales por los inquilinos de «Renaico», doblar la dote de Menita, y aun suministrar á Facundo el dinero necesario para comprar el agua de la loma del Manzano. Quería que todos fuesen felices, que bendijesen su nombre...

En ese momento, entraron á la pieza de Manuel precipitadamente y con gran bulla algunos amigos suyos. Se trataba de un baile improvisado en casa de una señora. No había tiempo que perder. Nuestro joven, quieras que no quieras, hubo de vestirse apresuradamente y salió con sus alegres compañeros. Los recuerdos de Menita, de «Renaico», del buen cura se disiparon como las imágenes de un sueño al abrir uno los ojos...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

FIN

